

AMERICA



85-86

**BANCO
DEL
PICHINCHA**

COMPANIA ANONIMA FUNDADA EN 1906

CAPITAL PAGADO Y RESERVAS :

\$ 8'500.000,00



SERVICIOS AMPLIOS Y EFICIENTES
EN TODAS LAS RAMAS DE ACTIVIDAD
BANCARIA

En la Sección Ahorros recibe depósitos
desde UN SUCRE

SORTEOS MENSUALES Y EXTRAORDI-
NARIOS PARA LOS CLIENTES DE LA
SECCION AHORROS



BANCO DE ABASTO

Sociedad Anónima.

CAPITAL Y RESERVAS: \$ 3'645.000,00

Al servicio del Comercio, la Agricultura,
la Industria y el Público en General

PRESTAMOS HIPOTECARIOS
A LARGO PLAZO

Negociación de Cédulas Hipotecarias
del 7% y 9 %

Préstamos sobre firmas y con prenda de
mercaderías y otros valores

Depósito en Cuenta corriente, y a plazo

Cartas de Garantía sobre el Exterior e Interior

Operaciones Bancarias en General

LOCAL: Venezuela N° 872 y Chile (Portal Municipal)

QUITO—ECUADOR

Taller Mecánico

DE REPARACIONES EN GENERAL

AMABLE PAEZ

(Caucara)

TECNICOS EN MOTORES DE GASOLINA Y PETROLEO

ESTOS TALLERES ESTAN DOTADOS CON

MAQUINARIAS DE ALTA PRESICION:

TORNO, SUELDA ELECTRICA Y AUTOGENA MODERNA

INSTALACION AUTORIZADA DE PINTURA "DUCO"

CARROCERIA, TAPICERIA, CARGA DE BATERIAS

Y BATERIAS NUEVAS DE LA ACREDITADA MARCA:

"SEIBERLING"

Remachadora automática de frenos.—Remachada Gratis

C U E N T A A D E M A S :

Con equipos completos de lubricación y engrase

Con un poderoso levantacarros para el ajuste general de los vehículos.

El Propietario y sus expertos colaboradores garantizan con su larga práctica el esmero y cumplimiento en toda obra.

Dirección: Calles Santiago y Salinas

TELEFONO: 73-02 MARISCAL

Chocar es malo, pero mucho peor es no llevar el corra donde su amigo CAUCARA

Almacén
DE
Tejidos Nacionales
DE
J. Benjamín Cháves S.

Renovación del surtido
de
CASIMIRES NACIONALES

Calle Guayaquil N° 721

Pasaje Tobar

José Miguel Yépez

Sastre—Fabricante

CASA FUNDADA EN 1925

TODA CLASE DE VESTIDOS PARA CABALLEROS.

ESPECIALIDAD EN UNIFORMES MILITARES.

FABRICANTE DE SACOS DE CABUYA Y LIENZOS

Venezuela 10—25 — Casilla 2088 — Telfs. 17—21 — 14—33

Quito — Ecuador

D A N D Y

IMPORTADORES

Quito-Ecuador—Venezuela 1004—Apartado 656

**Radios—Vitrolas
y todos los Artículos para
Señoras**

LIBRERIA "JUAN MONTALVO"

ESPECIALIDAD LIBROS ECUATORIANOS

COMPRA LIBROS Y BIBLIOTECAS

OFRECE el surtido completo de libros y revistas de toda clase.

Texto para escuelas y colegios

DIRECCION: Montúfor 1063 y Esmeraldas

Dirección Postal

Juan J. Concha

Librería "Juan Montalvo" — Apartado 4—6—8

Quito — Ecuador.



A M E R I C A

AMERICA

PUBLICACION DEL
GRUPO AMERICA

Comisión directiva:

ANTONIO MONTALVO
AUGUSTO ARIAS
JOSE ALFREDO LLERENA



ENERO — DICIEMBRE 1946

AÑO XXII

Nos. 85 — 86

Talleres Gráficos Nacionales

AMERICA

GRUPO AMERICA

Casilla número 75

Quito — Ecuador

C O N T E N I D O

Nuevos Rumbos de la Solidaridad Continental * NN

ANTONIO SANTIANA
Cómo Debemos Enseñar?

ANTONIO MONTALVO
Tú y el Mar
Estampa de Walt Whitman

GUSTAVO ADOLFO OTERO
Los Ideales de la Mujer Boliviana

AUGUSTO ARIAS
La Mujer en la Letra del Hombre
La Poesía Guayaquileña

IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO
El Magisterio de las Letras

SILVIO JULIO
Montalvo en América

JOSE ALFREDO LLERENA
El Hombre de la Armadura

ALFREDO BAQUERIZO MORENO
Con Horacio. Traducciones y Divagaciones

HUMBERTO VACAS GOMEZ
Pablo Palacio

REMIGIO ROMERO Y CORDERO
Alejandro Cárdenas

ALFREDO MARTINEZ
Humo de Perennidad

J. A. FALCONI VILLAGOMEZ
Traducciones

GUILLELMO BUSTAMANTE
Trabaja tú... — Por Humilde y por Bueno

G. HUMBERTO MATA
Cusinga, Capullí en Lys

HUMBERTO NAVARRO
Consideraciones Acerca de la Poesía Ecuatoriana

Bibliografía. Crónica. Biblioteca de Autores Americanos

A.M.

NN

NN

NUEVOS RUMBOS DE LA SOLIDARIDAD CONTINENTAL

Para los pueblos del Continente americano, la guerra última, cuyas cenizas no acaban de enfriarse totalmente, ha dejado, entre muchísimas otras, una experiencia que ha de serles benéfica: aquella que entraña la necesidad de marchar juntos, unidos, compenetrados, en la trayectoria de su destino. La guerra, en verdad, ha venido a confirmar la urgencia de la solidaridad para los pueblos americanos. Pues, ya no es posible concebir el hecho de que una nación, por más grande o por más pequeña que sea, pueda vivir aislada de las demás. Los mismos adelantos de la civilización actual están forzando al acercamiento de los países entre sí, a su mutuo conocimiento, al estrechamiento de relaciones, a la formación de un nuevo sentido de la convivencia internacional, y, por lo que a América respecta, a la vida práctica de una auténtica comprensión y solidaridad continentales.

Cada pueblo americano, en la medida en que concibe y siente la necesidad de esta solidaridad, y en la medida de sus posibilidades, se esfuerza por llevar a cabo, por dar una justa realización a estos ideales de solidaridad, en el convencimiento de que sólo ellos propiciarán la conformación de un estadio de cultura, en el cual nuestro Continente muestre su capacidad para elevar las aspiraciones de sus conglomerados sociales a un plano superior de la convivencia humana. Por esto es que, nunca como en las horas actuales, el esfuerzo que se ve desplegar a todas y cada una de las naciones americanas por estructurar y definir sus propias personalidades, habla muy claramente de un anhelo común, de una significativa actitud mental, en la cual, con deliberado propósito, se revela la existencia de una misma certidumbre en la vida y destino de este Continente, y en la vida y destino de su cultura.

Se ha comprendido, desde luego, que la conciencia de solidaridad no podrá formarse sino cuando las barreras espirituales que la obstaculizan, sean borradas por una sistemática lucha en favor del acercamiento e interconocimiento de nuestros pueblos. Pues, ahora mejor que nunca también, se ha visto que a pesar de los magníficos esfuerzos desplegados, existen todavía lamentables lagunas de mutuo desconocimiento entre los pueblos de América. Y no es que se desconozcan las trascendentales proyecciones que los frecuentes Congresos científicos internacionales, que las Conferencias de prensa, de Historia, de Geografía, del Arte y de la Literatura en general, que los intercambios estudiantiles, que las mutuas concesiones de becas, y tantas otras formas del intercambio cultural, tienen para el fomento de las relaciones y del conocimiento entre los países de América. Pero es necesario comprender también que el problema de la lucha por el acercamiento y solidaridad continentales, entraña, en primer término, ese subproblema de los idiomas, que puede considerarse como una de las barreras espirituales de mayor volumen que existe. En este aspecto son los Estados Unidos de Norte América, los que mayores atenciones vienen prestando por su parte a su solución. Supuesta la convicción de que es la letra impresa, o la literatura más precisamente, el vehículo de mayor trascendencia para propiciar el conocimiento de la realidad, hallanse empeñados, con ejemplar afán, en una vigorosa campaña de aprendizaje y difusión idiomática. Lo más revelador en este aspecto son las versiones del inglés al español y viceversa en que vienen emprendiendo de las obras de la literatura contemporánea.

Reconociendo, por otra parte, que las relaciones de índole comercial o financiera ejercen también su poderosa influencia en el interconocimiento de los países, no sería desacertado afirmar que son las relaciones de carácter cultural las que en forma más trascendental y definitiva contribuyen a la realización de este propósito. Son los mismos Estados Unidos, por ejemplo, los que, infundiendo un nuevo sentido a la vida del panamericanismo, han abierto sus puertas para dar cabida a un intercambio cultural de vastas proporciones, que está proporcionando los más benéficos y saludables resultados para los propósitos de borrar esas barreras de mutua ignorancia que han impedido hasta ahora el mejoramiento, progreso y afirmación de la conciencia de solidaridad continental.

Idénticas actividades se vienen desarrollando entre las naciones sudamericanas. El Brasil, país al cual, antes de ahora, se le pudo considerar

—al menos lingüísticamente como una isla en las relaciones de la cultura del hemisferio— se halla asimismo empeñado en una campaña de difusión de su realidad cultural que comprende desde los más interesantes congresos científicos, hasta el intercambio bibliográfico, llevado a una encomiable profusión.

Si todas y cada una de las naciones americanas ponen en marcha sus propios planes de difusión cultural, de intercambio intelectual, correspondiendo así a las exigencias de una necesidad histórica, la solidaridad continental no será ya más una simple alegoría sentimentalista, una simple palabra de protocolo diplomático, sino un hecho palpitante y vital, sobre el cual podrá edificarse la grandeza y prosperidad de un continente que aspira al perfeccionamiento de la convivencia social, a su perfección política y cultural.

COMO DEBEMOS ENSEÑAR?

HACIA LA REFORMA EDUCACIONAL

Después de algunos años de trabajo en la Cátedra Universitaria —he dado clases de Anatomía y realicé todas las labores anexas desde que seguía como alumno de Tercer Año de Medicina—, me creo obligado a resumir la experiencia recogida y las ideas que me ha sugerido el trabajo, en el presente artículo. Aunque existe una literatura abundante y muy valiosa sobre el tema, en la que pedagogos eminentes se han ocupado de todos los aspectos generales y particulares del mismo, aportando con su experiencia su originalidad, yo no apelaré a ella sino en pocas y determinadas ocasiones, valiéndome ahora, como he dicho, ante todo de lo que he visto, de lo que he aprendido de la realidad, abordada directamente. Al atravesar el dintel de esta pieza de ensayo quiero, siguiendo el consejo de Claudio Bernard, dejar afuera toda idea preconcebida o malsana, ya sea fruto de la simple erudición o se trate de un prejuicio sentimental. Que hable, pues, la experiencia y con ella el sentimiento, pero que éste sea puro, sincero y generoso.

REVISION DEL PASADO A TRAVES DE LA EXPERIENCIA
PERSONAL

*¡No digáis ninguna cosa a medias:
Que cause trabajo el completar!
¡No digáis nada en tono grosero:
La verdad se dice en tono puro!*

Goethe

La infancia no fué para mí una pradera soleada; la escuela la ensombreció. Cuando recorro mi vida para ver serenamente cuál ha sido la más gris de sus etapas, reconozco que ésta fué la de la infancia escolar. Aparece aquí una multitud de significativos aunque pequeños detalles, de hechos inexplicables en apariencia pero cuya significación freudiana se impone.

Excepto el rostro rubio y bondadoso del "hermano" Director de la Escuela y el simpático y moreno de un ecuatoriano que alcanzó más tarde cierta popularidad deportiva, no recuerdo el de ninguno de mis profesores; pero veo aquella figura inmóvil, sentada sobre el estrado o recorriendo a grandes pasos la sala de clases mientras nos echaba una mirada severa. Veo con nitidez la "señal" en su mano derecha: ese pequeño instrumento de madera que hacía tanto ruido y que estaba suspendido siempre, amenazador, sobre nuestras cabezas.

Un rostro que no he podido olvidar es el de mi preceptor en la escuela de iniciación: era una cara enjuta y cobriza, con frente estrecha y bigote apenas visible en los extremos. La boca entreabierta era jugosa y unos ojos lánguidos, enrojecidos por la embriaguez, le daban una expresión cínica y cruel. Este rostro se ha grabado para siempre en mis recuerdos, no porque me hubiera inspirado respeto o simpatía, sino terror. Es el rostro que se contraía burlescamente cuando, por cualquier falta leve, se nos flagelaba. No se aún cual era el aspecto más atroz de este suplicio: si el dolor de los latigazos que caían sobre la carne desnuda, o la vergüenza de recibirlos ante nuestros estupefactos y curiosos compañeros.

Me veo también, en la misma época, mientras cruzaba todas las mañanas y a través del año y durante varios años la plaza de San Francisco. Eran las seis o las seis y media y las mañanas eran generalmente lluviosas y frías. Iba camino de la escuela. Sabía que mi desayuno me esperaba en casa hasta mi regreso, a las doce. Hasta tanto debía permanecer arrodillado o sentado sobre un banco duro, cinco horas seguidas, con pequeños intervalos, escuchando inmóvil y aprendiendo de memoria cosas que ni comprendía ni amaba. Por esto la escuela fué para mí un lugar de tedio y aburrimiento y en ciertas horas de horror. Cuando durante la clase de Matemáticas nos dirigíamos uno a uno, sobrecogidos de espanto, hacia el pizarrón para resolver, bajo la vara levantada de nuestro valiente profesor, los problemas que se nos planteaba, ¡qué horrible angustia sentíamos! Jamás se borrarán de mi memoria, porque fueron grabadas por el dolor, esas figuritas de niños que, inmóviles y silenciosos y con el rostro pálido y sudoroso esperaban su turno de pie, cerca de la pizarra. Yo he conocido el tormento de la espera angustiosa, como Dostoiewski lo ha pintado en sus páginas magistrales.

Estudiábamos, pero era esa una actividad monótona, desalmada e insípida, un modo de aprender hosco y yermo de materias escolásticas que debíamos creer y repetir como autómatas. Por otra parte, si bien esos profesores eran exigentes y a veces crueles, no cumplían su misión como simples burócratas; se advertía que ponían en ello un empeño muy personal y que su conducta se ajustaba a las normas de una disciplina férrea. Su trato carecía de afectividad, era cuartelario e impersonal; se miraba en nosotros unos simples objetos más bien que personas y jamás se nos preguntó qué deseábamos aprender. Cuando a raíz de una falta leve se nos reprendía, era empleando una broma, con lo cual se buscaba el ridículo que hacía reír a costa nuestra a los alumnos de la clase.

El profesor, siempre inmóvil en su alto estrado, nos parecía un semidiós inabordable, cuyas opiniones eran infalibles. Le debíamos una subordinación absoluta, sin tener derecho a preguntar ni a reclamar nada. ¡Cuántas veces he sentido desde entonces el "complejo de inferioridad" que generó en mi subconsciencia ese

método absurdo de educar, y cuánto daño habrá causado a otros que, menos afortunados que yo, no les ha conferido la vida una oportunidad para sobreponerse!

El ingreso al colegio nos trajo un cambio súbito y agradable. Fué el advenimiento de la alegría y la libertad; una época de nuevas e inefables emociones. El espíritu, oprimido hasta ahora, se desbordó. Todo contraste era una sorpresa. Aquí se nos llamaba cortésmente "señor" y aunque había castigos, que consistían en quedarse un rato leyendo después de las clases, esto resultaba muy suave y hasta entretenido si se compara con lo que acabábamos de pasar. A decir verdad, había aquí exceso de libertad; exceso hasta el abandono. El establecimiento carecía de los medios suficientes para ejercer un control mayor y sobre todo más individual sobre los alumnos, que ya entonces eran numerosos. A ciertas horas nos encontrábamos completamente solos. Era realmente demasiado brusco el cambio que se había producido en nuestras vidas al pasar de la escuela al colegio, pero tenía un sentido más humano y por ello era agradable.

Mas, a pesar de todo, aprendíamos bien, porque nuestro espíritu se encontraba gozoso en su libertad. Empezábamos a comprenderlo que aprendíamos y por ello a amarlo. En aquel tiempo constituía el profesorado de nuestro colegio una élite de hombres cultos, de profesionales distinguidos, que después ocuparon los más altos puestos del Estado. Eran maestros serios y probos que se hacían querer y admirar; maestros que nos examinaban con una comprensiva y bondadosa sonrisa. Paralelamente, de entre las filas de los alumnos de los cursos superiores, que no eran más que unos jovencitos, surgía en aquel entonces un selecto grupo de escritores y artistas que amaban "el arte por el arte" e iban en busca de la humanidad por los caminos espectaculares y floridos de la Filosofía y la Literatura. Fué una élite que dió a las juventudes de todo el país un ejemplo no repetido hasta ahora; un hecho que se recordará siempre con entusiasmo. Eran aquellos unos muchachos soñadores de costumbres delicadas, de vidas a la vez un poco bohemias y austeras y de modales distinguidos. Frecuentaban las bibliotecas y en sus tertulias recitaban poemas. Su "Vida Intelectual" exteriorizaba el alto vuelo de su espíritu. Ellos pro-

baban, sin proponérselo, que la libertad es el buen clima del arte.

Cuestiones relacionadas con la profesión de mi padre determinaron nuestro traslado a provincias, donde terminé mis estudios. Conocí otros tres colegios. Me esperaban otras tantas sorpresas.

En provincias la vida se deslizaba lenta, tranquila y silenciosamente, asiéndose con vigor al pasado. La primera impresión que me produjeron las nuevas aulas fué desagradable. Retornaba el viejo sistema de lecciones recitadas, sin cuidar que se entendiera lo que se decía; de las lecturas en clase de los textos oficiales y de las amenazas y castigos frecuentes. De nuevo me fué dado sentir la presencia de una mano invisible que nos oprimía, en un sistema fundado en el tradicionalismo. Nuestros profesores tenían aparentemente propósitos definidos, aunque nada nos decían de ellos. Pero pasó pronto esa primera impresión de dureza y entonces pude ver las grietas de aquel sistema. Eramos niños y estábamos por ello atentos a las oportunidades de ocio. Estas no se hicieron esperar mucho tiempo. Nuestros profesores se mostraban severos e inaccesibles en clase, pero esto —ahora lo he comprendido— era sólo un recurso destinado a disimular su falta de preparación técnica. Dos veces tuve un médico de profesor en Matemáticas; un médico también me enseñó Filosofía; dos médicos me enseñaron Física y, por fin, otro médico me enseñó el inglés. Esto, para referirme sólo a mis colegas. Es innecesario decir que tales profesores no sentían la vocación de enseñar; eran simples funcionarios que a la hora de clase hacían lo que debían hacer: ocupar un puesto en la cátedra. En cuanto a nuestros inspectores, eran unos pequeños diablos que aunque se mostraban severos con nosotros se reían para sus adentros y a la menor oportunidad desaparecían. Así el edificio dejaba escaparse por sus amplias aberturas nuestro comprimido anhelo de libertad para la holganza.

Si bien habían algunos buenos profesores —a veces verdaderos maestros—, aquel sistema impedía el aprovechamiento de los valores individuales. Funcionaba sin articulación y a medida que avanzábamos en la tarea de aprobar los cursos, más se rompían los hilos que nos ligaban a la Institución, más se estiraba la disciplina, más elásticas eran las exigencias, menos estudiábamos y, paradójicamente, más altas calificaciones obteníamos. En los

alumnos, salvo en raras excepciones, no se exteriorizaba aún alguno de mejoramiento. En su manera de divertirse y en sus bromas habian tal rudeza y vulgaridad, que decidí aislarme. Habia comprendido al fin que de aquella Institución poco bueno podría esperar en lo sucesivo, por lo cual atendí yo solo a la formación de mi carácter y leí libros para formar mi cultura. Esto duró los dos últimos años de colegio que fueron de grata soledad; hasta el día en que, aprobado en la prueba de bachillerato, regresé, entristecido y esperanzado a la vez, a mi ciudad natal.

La Universidad, con su histórica tradición y sus claustros silenciosos, con el brillo de sus facultades y su profesorado selecto, me produjo una impresión halagadora en los primeros tiempos. Más bien dicho, quería tenerla. Creía que aquí iba al fin a encontrar los grandes maestros, aquellos de los que mi padre me había hablado con entusiasmo en numerosas ocasiones y por los que sentía, sin conocerlos, una admiración ilimitada. El tránsito del colegio a la Universidad fué un cambio tan agradable y me trajo un ambiente tan nuevo, como el de la escuela al colegio. Anhelaba el estudio y el recogimiento, pero también una plena libertad para guiar yo mismo mis pasos. Desde ahora no debería asistir más que a clases y, aún esto, no constituía un requisito obligatorio. Ya no tendríamos que recitar lecciones ni hacer deberes, sino que examinar la vida de las mismas fuentes en que brotaba y moría. Aún los trabajos prácticos, que se ejecutaban en muy contadas cátedras, no tenían el carácter de una exigencia obligatoria. Como eran voluntarios, contados alumnos los hacían. Cuando, ya en los últimos años, al terminar el curso un profesor quiso exigirnos cierto número de ellos, nos sublevamos. El se puso en sus trece y nosotros nos declaramos en huelga. Claro está que aunque, según decían, había sido un maestro eminente, ese año nos había dado una enseñanza irregular y muy incompleta. Mas, a pesar de todo, ese hombre había envejecido en la cátedra y merecía nuestras comprensivas consideraciones. Desde entonces, justa o injustamente, el número comenzó a estrellarse sistemáticamente contra la individualidad y varias veces logró abatirla. Esto, como se comprende, es completamente extraño al espíritu universitario.

Uno de los rasgos característicos de la enseñanza médica en aquella época era su tendencia teorizante. Como quiera que no se contaba sino con un pequeño laboratorio, prestado por un hospital pobre y viejo, se sacrificaba conscientemente la práctica a la teoría, excepto en lo relacionado con el trabajo anatómico y el examen de los enfermos, material del que disponíamos libremente, bajo el control técnico de nuestros profesores. Las conferencias de algunos de éstos estaban saturadas de erudición y nosotros sabíamos los tres o cuatro nombres de cada cosa, las decenas y decenas de signos y síntomas de cada enfermedad, a la mayoría de las cuales sólo le quedaba su valor histórico. Mientras en visperas de las pruebas, que en aquella época eran anuales, conocíamos hasta los más olvidados rincones del texto, la viva y generosa realidad, en sus comunes y raros aspectos, era lo único que ignorábamos. Se nos exigía —de acuerdo con antiguas tradiciones pedagógicas— capacidad para la repetición, sin averiguar mucho lo que comprendíamos; antes que guiarnos hacia la verdad a través de la selva de los fenómenos y de los hechos, se nos convertía en prosélitos de una doctrina o de una escuela científica. No se nos inducía a ver primero, a observar con atención, a oír con sentido crítico, a interrogar con curiosidad, a discutir con desinterés personal, sino a creer, con el sumiso abandono de nuestra propia personalidad.

Aunque el sistema general de la enseñanza se asentaba sobre tales moldes y tenía una fuerza de atracción de la cual era difícil sustraerse, algunos profesores lo habían logrado con éxito y nos daban una enseñanza realista y práctica que, a veces, se complementaba en sus propios domicilios, sirviéndose de sus laboratorios particulares.

Junto a tales maestros, que así daban un bello ejemplo de entusiasmo y desinterés y a los cuales será siempre grato recordar, estaban los sonrientes eruditos, los teorizantes y elucubradores y, cerca de ellos, otros tan incapaces y desprovistos de honradez que ni siquiera lograban la erudición, contentándose con unas cuantas clases al año y haciendo en conjunto una especie de folletín plagado de lugares comunes y de chistes a menudo pornográficos. Mientras el buen profesor nos atraía, nos retenía

en el trabajo, éstos nos evitaban apareciendo y perdiéndose como las sombras, mas, al fin del curso, nos pagaban con brillantes notas.

Sin embargo leíamos mucho, nos preparábamos bien "para no perder el diez", y es así como al terminar los estudios de Medicina, aunque estábamos tan "afilados como navajas de barba", completándonos en hacernos mutuos y rebuscados interrogatorios a los que respondíamos con ingenua presteza, y aunque estábamos entregados a la adoración del detalle, habíamos perdido el concepto de lo fundamental, carecíamos de la indispensable visión general y sintetizadora de las cosas. ¡Cuánto derroche de esfuerzo y de paciencia debimos hacer entonces y cuán poco, buena parte de ello nos ha servido después!

Podría creerse que después de todo, todo aquello se proponía un elevado fin: proporcionarnos una cultura general y médica que, aunque teórica, hiciera el honor a la institución universitaria. Mas esto no era así. Puesto que la enseñanza no se había dispuesto como un todo armónico, bien medido y formando una unidad; como no se desenvolvía de acuerdo con un plan meditado y preciso sino que se dejaba a los profesores la más absoluta libertad para desenvolverla en cuanto a la cantidad, a la calidad y a la forma, cada cátedra desarrollaba su programa con una completa desvinculación de las otras, aún de las más afines, y si existían afanes individuales estos estaban destinados a perderse en la aridez del conjunto. Por lo demás la revisión completa de la materia en clases era un deber que se cumplía sólo en algunas cátedras, debiendo en consecuencia contentarnos con conocimientos fragmentarios, sobre los que se gustaba insistir, con poca habilidad pedagógica, en los cursos más avanzados.

Tal es el resumen de mi experiencia de alumno. Esta y la que he recogido como profesor, me han sugerido las páginas que siguen, donde aparecen reunidas algunas ideas dispersas, expuestas durante varios años en conferencias y discursos, o publicadas fragmentariamente en revistas. Al ofrecer una contribución tan modesta como sincera a la rica literatura pedagógica de nuestros

días, creo cumplir un deber fundamental con la cátedra y el alumnado.

PARTE PRIMERA

PERSONALIDAD

I.—EL MAESTRO. Amor, vocación, sacrificio.

*"Conforme el sol ha saludado a los planetas
El día en que viniste al mundo
Creciste y te desarrollaste
Según la ley bajo la que te iniciaste.
Tal eres; no puedes huir de tí mismo
Dijeron ya sibilas y profetas;
Y no hay tiempo ni fuerza que destruya
La forma acuñada, mientras progrese con vigor".*

Goethe

Todo hombre lleva en las remotas profundidades de su ser el impulso espontáneo hacia lo bueno, lo noble y lo mejor; un ideal de belleza y una aspiración definida o vaga hacia lo grande y perdurable. Lleva en sí, por la razón de existir, una partícula del noble ideal, profundamente escondida en la subconsciencia. En el Maestro toda es conciencia, es carne viva. En él se exterioriza, se hace vibración y emoción, se transforma en enseñanza. Como es natural, nadie puede dar de aquello que es suyo, de lo que más aprecia y yace, integrando una parte de su ser, a quien no ama o hacia quien no siente la inclinación amistosa de la simpatía. Por ello, es requisito esencial de la actitud del maestro la digna y amorosa inclinación hacia el que recibe sus enseñanzas. Cuando esto falta o cuando se interponen entre el maestro y su alumno el temor, la desconfianza, el egoísmo, el odio o

el cálculo utilitario, entonces la labor del que enseña, así posea toda la sabiduría deseable, está condenada al fracaso, un fracaso inevitable.

La inclinación digna y cordial del maestro hacia su alumno debe pues ser sincera, es decir debe venir de la fuente inagotable de la vocación. Esta es el amor específico que sentimos hacia una actividad determinada, en este caso la de enseñar. Sin ella el maestro se convierte en funcionario, la cátedra en oficina y las lecciones, esas horas gratas en las que se entrega generosamente todo, en frías conferencias oficiales en las que se mira el reloj cada diez minutos. En la Universidad no caben las oficinas excepto en las secciones de administración, y los funcionarios sólo deben encontrarse aquí. El resto, o sean las aulas y laboratorios, son lugares de trabajo permanente, de honda y sana preocupación, donde la curiosidad y el anhelo dan vida a las cosas y donde están proscritos los honorarios y programas limitadores. Aquí se trabaja no por la subvención económica, aunque se tenga que vivir pendiente de ella, ni por la conveniencia de mantenerse en un puesto honroso, sino por la inclinación vocacional de enseñar. Por lo demás, ningún beneficio económico que es siempre limitado, podrá pagar la obra del maestro, que es ilimitada. ¡Cuanto daño ha causado aquí, en la institución universitaria, esa oficinesca manía de paralizar el esfuerzo y la iniciativa con horarios y reglamentos limitadores, que nivelan maestros con funcionarios y transforman lo que se creó para ser taller de trabajo continuo en mansión oficinesca.

Es por fin maestro el que sabiendo de antemano que nunca o casi nunca, mientras viva, habrá alguien o algo que pueda valorar justamente sus esfuerzos, sin embargo lo dá todo: es decir maestro es el que sabe que su destino es el sacrificio. Y es esta la primera y la última virtud del maestro, la que resume todas; porque ser maestro es llevar en sí, convertida en sangre y aliento, en alma y anhelo, la capacidad de dar todo sin recibir nada en cambio. Tales son las virtudes del maestro, en grado superlativo ciertamente, pero a las cuales tendrán que aproximarse todos los que aspiren a serlo.

En los últimos años los grandes trastornos universales y los propios han producido en nuestro país condiciones de desorden e

inestabilidad, que debían tener una fatal repercusión en los claustros universitarios. Por estas, pero también por otras razones, fáciles de comprender, la autoridad moral del profesor y la disciplina de la Institución se han visto muy amenguadas. Es por tanto deseable el pronto restablecimiento de la autoridad del que enseña, de la jerarquía fundada en el mérito, de la continuidad en el esfuerzo, de la seriedad de los estudios y de la colaboración recíproca. Naturalmente, la autoridad del profesor no ha de estar sostenida por medios artificiales, mediante fuerzas extrañas al espíritu universitario, sino que ha de emanar de las fuerzas morales y científicas del maestro, ha de ser fruto de sus méritos y de su idoneidad para la cátedra. Si, desgraciadamente, no se logra esto, no podrá haber paz en las aulas y todo silencio sería el silencio de la senectud o de la complicidad. Confiemos en la juventud. Hay en ella un impulso permanente y generoso que todos han podido reconocer, y los maestros saben que no existe contribución más abnegada y dócil que la que presta el joven que siente que es un maestro su guía.

Más, no basta con enseñar las cosas ya conocidas, es decir no terminan aquí los deberes del profesor. Hay otro, el de la investigación científica y la creación artística, que por ser fundamento del orgullo de las naciones y porque revela la personalidad de los pueblos no debe dejarse al arbitrio de los individuos, sino que su obligatoriedad debe ser implícita a su presencia en la cátedra universitaria. Cuando nos preguntamos por qué la Universidad a través de los siglos ha podido mantenerse erguida hasta el día de hoy en tanto que todo sucumbía o se transformaba a su alrededor, encontramos la explicación del fenómeno en la investigación científica que ha realizado. En este aspecto el profesor puede y debe dar un bello ejemplo a sus discípulos: No necesita para ello acumular una gran sabiduría, ni son siempre necesarios los valiosos y complicados aparatos de que disponen hoy día los grandes laboratorios. Recordemos sólo cómo Darwin llegó a la teoría genial de la lucha por la existencia como medio de selección natural; Lavoisier a la teoría de la combustión; Pasteur a los conceptos de asepsia y antisepsia; Galileo a las leyes de la gravedad y, para dar un ejemplo reciente, los esposos Curie al descubrimiento del radio.

En todos estos ejemplos se exterioriza que lo primero ha sido siempre realizar la premisa de poner el corazón y la voluntad al servicio de un noble ideal. Ramón y Cajal, esa cima científica de toda la hispanidad, ha dejado páginas inolvidables sobre dicho tema. Esas platónicas protestas de amor a la investigación científica, seguidas de las sordas quejas acerca de la pobreza de los medios materiales que proporciona el Estado, sobre la falta de comprensión y la indiferencia de todos, sobre las condiciones adversas de la época y, en fin sobre la necesidad impostergable de ganarse el pan, tienen ciertamente un fundamento, mas son al fin las excusas que formulan aquellos en quienes el primero y más formidable obstáculo surge en el seno de su propio yo.

II.—EL ALUMNO. Voluntad, disciplina y acción.

*"No quiero parecer,
cuando ser yo puedo".*

No ver en el alumno más que un recipiente que hay que llenar con una cantidad abundante de conocimientos, es tener una idea demasiado pobre de las finalidades de la institución a la que se sirve y asumir una actitud que no dignifica a la cátedra, que rebaja al que enseña y perjudica al que aprende.

Una de las tareas fundamentales de la vida, que poco se le recuerda a la juventud, es la de formar la voluntad. Voluntad firme, implacable ejecutadora de la razón sana y honrada, es la primera condición del hombre que aspira a ser, del joven que tiene ideal. Por tanto, en la cátedra deberá el maestro aprovechar las ocasiones oportunas para demostrar la importancia de este aspecto de la educación. Si insiste, no será adoptando autoritaria actitud, sino por medio de la comprensión, sugiriendo el convencimiento íntimo y duradero. Aún con las verdades más pristinas no se logra muchas veces el convencimiento para convertirlas en realización sino después de repeticiones frecuentes, porque ellas, aunque actúan sobre la razón que las acoge, chocan con prejuicios

que moran en el seno de la subconsciencia o con hábitos arraigados.

Si la voluntad es teoría al principio y más tarde acción, la disciplina es siempre acción. La disciplina es una norma de comprensiva obediencia que nos imponemos a nosotros mismos. La aceptamos, no con la resignación del impotente esclavo, sino con el propósito deliberado del ser libre. No importa a quien debamos obedecer: a nuestra conciencia, a la razón, a nuestros superiores o a las leyes y reglamentos, si esa obediencia es condición de nuestro progreso moral o del de la institución a la que servimos. Un sistema de trabajo serio y disciplinado debe adoptarse donde quiera que la juventud se presenta en demanda de ayuda para su educación. Trabajo ordenado y arduo ha sido siempre una disyuntiva entre el éxito y el fracaso. La disciplina, fuente de altas realizaciones, es la sabiduría de saber obedecer y de hacer cumplir una obligación; es una técnica útil que debe enseñarse desde tempranas edades para forjarla en acero durante la juventud. Si se comprendiera la necesidad de la disciplina y se inculcara su hábito, el número de los fracasados sería infinitamente menor y el progreso social llegaría con mayor rapidez.

Sin pretender que todo debe someterse en la vida a un orden metódico y sistemático —cierto desorden forma parte de la belleza—, es evidente la ventaja —cuando se tienen deberes que cumplir— de una ordenación de las funciones de cada día. Hacer comprender su utilidad, es lo que le corresponde al maestro. Es por ello que todo maestro deberá dejar un margen en su labor de cátedra, destinado a la educación integral de sus discípulos. Ahora que hay tanta irregularidad como resultado del tránsito entre dos épocas diferentes de la vida social humana, cuando la frivolidad campea por todas partes su velo reluciente y desgarradizo, ésta es más necesaria. Se empezará sentando el principio goetheano de que sólo es digno de la existencia el que se la gana cada día mediante el duro trabajo. Por tanto, el mandato supremo del trabajo debe acatarse comprensivamente, tomándolo como un bien antes que como un castigo y realizándolo con placer, con lo cual es más fructífero. El maestro llevará a sus discípulos al convencimiento de que siendo el trabajo fuente de dignificación, eleva la personalidad no sólo en el sentido presente e individualista sino

también en el histórico y social, pues la historia del hombre ha comenzado, precisamente, cuando dejó de ser nómada para volverse sedentario, laboró la tierra y construyó su casa, es decir cuando empezó a trabajar.

La historia del progreso humano demuestra que fundamento de toda creación ha sido el trabajo. Por esto, todo aquel que ha querido hacer algo elevado, debió entregarle a su obra su libertad, su inteligencia, su calor y su vida que se convertían en obra sublimándose en acción, transformándose en trabajo.

Cuando contemplamos la obra de un Rembrandt, de un Greco, de Goya o de un Rodin; cuando leemos a Cervantes, a Montalvo, a Goethe o a Shakespeare; cuando escuchamos a Mozart, a Beethoven, gozamos de los productos de su genio a la par que de su trabajo. La aptitud para el trabajo, especialmente para el trabajo largo y penoso, ha sido siempre una de las condiciones más características del genio, y muchos hombres geniales se perdieron por carecer de la misma. Así se revela en la vida de los grandes hombres y en la génesis de las grandes obras. Sólo ciertos artistas dotados de una inspiración excepcional, como Mozart, Schubert, Bach y Rossini, estaban exentos, al parecer, del cumplimiento de esta ley, aunque, bien miradas las cosas, se descubre en la dedicación de su vida al arte una sujeción al trabajo. Pero ya en Beethoven, cuyo genio era de rango igual o superior al de los artistas nombrados, aparece el proceso de la composición lento y dificultoso, "menos divino que en Mozart, pero más humano". * En tanto que el inmortal himno de Francia, "La Marsellesa", fué el producto de una noche de vino y de emoción inspirada por la guerra que la Francia revolucionaria acababa de declarar a los reyes de Europa, "The Raven", la famosa poesía americana de Edgar Poe, poeta nato y genial, fué el producto de un trabajo lento y laborioso en el que cada palabra fué escogida y empleada "con la precisión y consecuencia de un problema matemático". En tanto que Lope de Vega era capaz de escribir un drama en tres días, Goethe, cuyo rango es más elevado, empezó su drama "Fausto" cuando tenía dieciocho

(*) S. Zweig, Los Creadores.

años y lo terminó a la edad de ochenta y dos. Haya o no inspiración, venga pronto o tarde, la ejecución de la obra artística, como de cualquiera otra, requiere siempre trabajo. Así ha podido decir Stefan Zweig: "La fórmula verdadera de la creación artística —y de la científica, añadimos nosotros— no es, pues, inspiración o trabajo, sino inspiración más trabajo, exaltación más paciencia, deleite creador, más tormento creador."

No se pretende, naturalmente, que los jóvenes deban sacrificar los más justos y gratos derechos inherentes a su condición biológica; que deban apartarse de todo aquello que no sean las aulas y sus obligaciones conexas. Hay que empezar respetando su personalidad total, y es seguro que ningún sistema pedagógico fundado en la usurpación de la misma dará los resultados que busca. Lo que se les pide a los jóvenes es que dediquen primordialmente su atención al diario cumplimiento de sus obligaciones universitarias.

PARTE SEGUNDA

ELEVACION

I. NO EL TEMOR, SINO EL AMOR. NO EL AZAR SINO EL TRABAJO.—El sistema de enseñanza que hemos recibido en herencia no se propone realmente cumplir la función de educar. Se funda en el temor que sabe inspirar. Es el sistema de la amenaza y el riesgo, de la incertidumbre y la sorpresa. La promoción al curso superior aparece en él, no como la conquista lograda por el alumno, gracias a su propio esfuerzo, sino como el premio que confiere la magnanimidad profesoral. Colocadas sobre tales términos las relaciones entre el profesor y el alumno, tienen inestables bases: el alumno recela del profesor, le teme, lo identifica con el peligro. El profesor, por su parte, sospecha de sus alumnos, pierde la confianza en ellos y esto le impide abordarlos con franqueza

y sinceridad; vive prevenido y así se establece entre ambos un vicioso círculo que los mantiene alejados. Ausente la mutua e íntima confianza, esa cordial estimación que les permite conocerse y comprenderse, se pierde un requisito sin el cual la enseñanza no rinde sus mejores frutos.

Hay que empezar demostrándole al alumno que en un sistema de promociones, fundado en el trabajo continuo, quien califica en realidad es él mismo, a sí mismo, por medio de un autorreconocimiento de los frutos de su perseverancia y esfuerzo. Que el profesor, cuando es imparcial —como es su deber serlo siempre— desempeña en este caso un papel sólo para la comprobación técnica y la sanción legal. Para realizar estos actos, es decir para "dar" una cosa que pertenece a la institución y que "se ha ganado" el alumno, el profesor debe asumir una actitud de rigurosa imparcialidad y honradez. Sólo entonces estará capacitado moralmente para realizar un acto que no consiste en "dar", sino en "reconocer".

Lo que constituye el fin primordial de la Cátedra Universitaria, enseñar y educar, no ha llegado aún a la conciencia de todos los profesores. Castigar o "eliminar" es algo tan secundario, tan ocasional como lo es el delito. La selección es un proceso lento, espontáneo y continuo, que se produce a través del curso, mediante los trabajos y las pruebas. Lo permanente es la enseñanza, el proceso educador, que hay que relacionarlo con las pruebas, que se convierten en permanentes también. Así enseñanza y pruebas quedan involucradas en el mismo acto, y esto es justo porque ambas concurren a la misma finalidad.

Los modernos conceptos de la represión psicológica y del inconsciente, que debemos a Freud, son el fundamento de la renovación de las ideas pedagógicas que en nuestros días se opera. Lo que se deduce en este aspecto de la Psicología moderna es que, a causa de los profundos conflictos, queda oculta, desperdiciada o deformada una cantidad muy apreciable de energía mental —en su sentido más amplio y popular—. Gran parte de ella está contenida, en vez de quedar libre y disponible para funciones mentales externas o más elevadas. Otra parte queda encerrada y a un bajo nivel, en modo que deforma la actividad, llevándola por canales

destructivos o por escapes fantásticos, es decir ausentes de la realidad.

El problema básico de la educación ha dejado de ser intelectual; es un problema profundamente emocional y consiste en el ajuste del conflicto y en la abolición de la represión en forma que quede disponible la mayor cantidad de energía para las actividades útiles. La represión en el sentido psicológico-técnico puede ser abolida, pero el conflicto no, y el hombre está sujeto habitualmente al conflicto psicológico. En tanto que en el hombre adulto los impulsos que chocan pueden hallarse simultáneamente en la conciencia, el conflicto resultante puede ser resuelto en forma consciente, a la luz de la experiencia y la razón. Esto es imposible en el niño, que carece de la experiencia necesaria. La represión es un mecanismo para impedir los conflictos en las primeras fases de la existencia humana. Los diversos "complejos" y la estructura general de la psique, son resultados permanentes y semipermanentes de la represión infantil trasladada a la vida del adulto.

Realizamos pues nuestra labor con personas que sufren en cantidad mayor o menor la acción deprimente y debilitadora de "complejos" organizados desde la infancia. Pero el problema de eliminar las represiones indeseables puede ser tratado por métodos científicos. Fomentar la propia expresión por medio de la actividad creadora, que a la vez es libre y auto disciplinada, es quizá el método más importante. La actividad creadora, que puede tomar muchas formas, debe fomentarse desde la infancia y proseguir en la juventud, aplicándose especialmente a la Universidad. Para ello es indispensable establecer las condiciones que fomentan la confianza del individuo en la capacidad física propia y en la perseverancia, vencer su miedo al fracaso y a que le juzguen inepto y, por fin, crear en él la necesidad de sentirse útil, querido, apreciado.

La antigua costumbre de dar a las pruebas un aire lóbrego y solemne, crea una perspectiva falsa de las finalidades de la vida estudiantil, llevando a los alumnos a ver como primordial lo que sólo es ocasional y secundario. Así se llega progresivamente a invertir las finalidades inmanentes de la institución, y en vez de aprender para saber, dada la utilidad que ello tiene en la vida prác-

tica y profesional, se aprende para la prueba, para pasar el trance, es decir se aprende a recitar, muchas veces con el vanidoso anhelo de ganarse las calificaciones más altas. Para ello no es necesario saber qué es lo realmente útil, sino empaparse en esas descripciones de los textos, que son generalmente monótonas, abstractas y redundantes y a las que sumisamente copian los programas oficiales.

En la cátedra se deben emplear todos los recursos técnicos de que dispone con el fin de proporcionar a los alumnos una enseñanza correcta. En una cátedra fundamental y tan objetiva y práctica como es la Anatomía, se abrió hace tiempo el camino a la participación activa de los ayudantes en el proceso de la enseñanza, mediante las revisiones práctico-demostrativas de lo que el profesor había enseñado en sus clases. Así el alumno, después de haber oído al profesor en una primera exposición, que es teórica en parte, nuevamente "ve" los complejos anatómicos, ahora demostrados por el ayudante, para pasar después a realizarlos él mismo, o sea a descubrirlos mediante la disección. Esta constituye la parte continua, organizada y metódica de la enseñanza, en la que participa todo el personal agregado a la cátedra bajo la dirección del profesor. No se debe por tanto, como se hace hasta ahora en algunas cátedras, identificar los trabajos prácticos con las pruebas en el sentido de abandonar a los alumnos durante su ejecución y de convertirlos de un medio de capacitación y enseñanza en obstáculo, en objeto útil para la eliminación. Los trabajos prácticos constituyen, como he dicho, una labor continua, durante cuya ejecución cada alumno revisa, revive por así decir, bajo control y con el mayor interés, la materia vista en clases. Bien podría una organización adecuada relacionarlos con las pruebas, pero dando a estas la indispensable continuidad, el justo valor permanente de que han carecido hasta ahora. Después de lo dicho hasta aquí, resulta evidente que si se lleva debidamente a la práctica tal organización, *el maestro enseña y el alumno se califica.*

Esta disciplina, la Anatomía, a la que recorro como ejemplo por haber adquirido casi toda mi experiencia con ella, se desarrolla en un ambiente muy peculiar y hasta cierto punto extraordinario. Llega a las aulas de la cátedra y discurre por entre las mesas en las

salas de disección una juventud recién egresada del colegio, que viene generalmente de provincias con un arsenal muy variado de conocimientos y con un resumen multicolor de costumbres, ideas, hábitos e inclinaciones. Sobre ella debe actuar la Facultad a través de todas sus cátedras y la de Anatomía en primer lugar. Es grande la responsabilidad y la tarea intensa. Hay que darle solidez a su moral, firmeza a su personalidad, rectitud a la conducta, elevación a los ideales, profundidad a la ilustración, curiosidad investigadora a su simple deseo de aprender y, por fin, el título profesional que anhela. Este título se simboliza en una herramienta cuyo manejo tiene sus condiciones. Es evidente que no todos los que aspiran a él han valorado suficientemente todas las circunstancias inherentes a la carrera elegida, en relación con sus propias aptitudes e inclinaciones. Las carreras intelectuales, en las que el elemento psicológico desempeña un papel primordial, exigen —la Medicina en particular— ciertas cualidades del espíritu, una inclinación especial, un impulso espontáneo, una admiración, un amor, todo lo que integra aquello que se ha llamado *Vocación*. Quien con ligereza se empeña en adoptar una de estas carreras, la Medicina por ejemplo, sin considerar otra cosa que el beneficio utilitario, difícilmente podría sobrellevar su peso porque la Medicina, que es arrogante y hermosa en el laboratorio, es miserable y doliente en el lecho del enfermo. Es por eso que se puede ser mal médico, siendo un científico o gran erudito, y buen galeno aunque no se sepa gran cosa. Ello explica también ciertos triunfos y fracasos espectaculares y paradójicos.

Debe pues presentársele al alumno a la par que la belleza de la ciencia victoriosa y organizada, el dolor y la miseria de la carne en que actúa. Hay que borrar todo espejismo. Así el estudiante podrá medir bien sus fuerzas y revisar sus inclinaciones en el momento inicial, que es solemne, cuando un oportuno cambio de ruta no implica el fracaso en modo alguno. He aquí una base filosófica para la selección universitaria. No se puede, en efecto, hablar más que de *selección*, que es consciente, justiciera, oportuna y desinteresada, y proscribir la *eliminación* por arbitraria e injusta y, también, porque se funda muchas veces en el privilegio. Si todos los aspirantes demuestran su capacidad por medio del mérito, "todos" deben triunfar: tal es la norma del verdadero maestro.

II. COMPRENDER PARA SABER. SINCERIDAD EN LA ENSEÑANZA.—En cierta ocasión, refiriéndonos a este aspecto decíamos: "Naturalmente, no podemos suponer que hemos alcanzado la cima en lo que se refiere a orientaciones pedagógicas para la enseñanza de Anatomía. Hacia allá encaminaremos los pasos. El año último hicimos una profunda revisión de las mismas, considerando sus diversos aspectos y pesando sus consecuencias. Hemos comprobado entonces que, a pesar de todo, la actitud espiritual del alumno sigue siendo "saber para complacer!". Complacer a quién? Esto no queremos averiguarlo. A semejante actitud nosotros opondremos la consigna "comprender para saber", porque en Medicina en general y Anatomía, en particular, no todo lo que se "sabe" se comprende y, en cambio, lo que se comprende se sabe, y la finalidad no es tanto "saber" —vale decir recitar— cuanto comprender, o sea saber real, sincera y verdaderamente". Comprender para saber, tal era pues la consigna que en aquella ocasión lanzamos para profesores y alumnos.

Quedan por fortuna atrás aquellos tiempos de retórica semi-escolástica en que se consideraba al estudiante un objeto pasivo, en vez de ser respetado como sujeto activo. Tenía entonces, como hemos dicho, que aprender una cantidad de fórmulas, carentes en su mayoría de valor para la vida práctica. El estudiante debe, desde luego, estar bien versado sobre lo general y las particularidades de las ciencias, que son la base de las aplicaciones útiles; pero es necesario que descubra "el mismo" los hechos que constituyen tales bases, que los intuya y los busque, los analice y reúna, que, en fin, elabore cortas y amplias síntesis. Es necesario pues que participe en la búsqueda de los hechos, en vez de contentarse con recibirlos de segunda mano. Así el estudiante podrá llegar a ser sujeto activo o sea colaborador consciente.

Si nuestros alumnos deben hacer gimnasia científica, entonces habremos de ser sinceros con ellos. Puesto que los conocimientos no han surgido de repente del intelecto humano, debemos primero hacerles conocer su desarrollo histórico. El estudiante debe saber de la marcha de la ciencia que aprende y de su vida real y, por otra parte, no debe ocultársele la relatividad de los conocimientos.

que ha de aceptarlos y esto sólo después de juzgar el pro y el contra de los mismos.

Si los estudiantes juzgan por esfuerzo mental propio las observaciones tomadas para llegar a formarse su propio concepto, entonces el estudiante llega a ser nuestro "colaborador". Como a tal debemos respetarlo. Hoy no podemos "dictar" las clases ni decretar los conceptos, sino sólo *disertar* sobre las observaciones o argumentos y puede el alumno adquirir en el proceso mismo de la enseñanza, la facultad de no estar de acuerdo con el concepto del maestro. Por esto, no es posible la educación científica sin *respeto por la individualidad del estudiante*.

Tales métodos sólo pueden fundarse en la *participación activa del estudiante en la enseñanza universitaria*. Debe hacer, él mismo las observaciones en que se funda su concepto científico. Debe estar no sólo en la solemne sala de clases en la cual se decretan las verdades, sino también en el laboratorio junto al profesor que le guía.

Es gracias a tal gimnasia científica que llegará el estudiante a poseer el pensamiento propio y profundo, el pensamiento dialéctico que le permite comprender como cada estado presente procede de otro anterior y genera, destruyéndose a sí mismo, un futuro estado. Esto, que con tanta evidencia se revela en el desarrollo embrionario de los individuos y en la evolución de las sociedades humanas, nos permite comprender el progreso de las ciencias y es de suma utilidad en la investigación científica y en la vida en general.

III. CIENCIA "PURA" Y CIENCIA "APLICADA". ORGANIZACIÓN DE LA ENSEÑANZA.—La oposición que se ha querido establecer entre ciencia "pura" y ciencia "práctica" o "aplicada", es un error no sólo teórico sino también muy perjudicial para la práctica de la docencia universitaria. Ya hemos dicho que, en Medicina, cada enfermo nos ofrece en la fase del diagnóstico un caso de ciencia "pura". El desenvolvimiento de nuestra civilización revela, por otra parte, que las adquisiciones prácticas de que hoy, con razón, se enorgullece la humanidad fueron, en sus etapas iniciales, investigaciones de "ciencia pura".

En la Universidad, menos que en parte alguna, se podría establecer tal diferencia. Aquí la enseñanza profesional —insistimos en ello— debe tener un carácter científico definido, no con el fin —que sería ilusorio e innecesario— de convertir a cada estudiante en un hombre de ciencia, sino para lograr que en el futuro ejerza su profesión guiándose por un criterio científico. Es por ello que en la enseñanza universitaria, que hoy día es más compleja, no basta con "dictar" clases o con presentar los hechos científicos acabados; se trata de hacer vivir a los jóvenes la vida de la ciencia misma, para lo cual es necesario establecer en la Universidad la escuela de trabajo continuo.

El moderno trabajo continuo universitario relega a secundario plano las clásicas conferencias magistrales. Confiere una importancia mayor a lo demostrativo y práctico, a lo sencillo y continuo. La enseñanza empieza generalmente con una o varias demostraciones hechas por el profesor, al fin de las cuales "diserta" sobre ellas. Expone entonces la formación de los conceptos científicos, partiendo de los hechos observados; cuenta la forma como se supo una verdad científica y se refiere luego al desarrollo de las teorías. Es así como empieza a formarse la actitud crítica del estudiante, proceso que continúa y se profundiza cuando pasa a ser actor, es decir cuando con sus propias manos reproduce los fenómenos, a los cuales había asistido sólo como espectador en las clases. Así, con tales métodos, la Universidad deja de ser la institución burocrática encargada de la formación de profesionales y se convierte en un laboratorio nacional para la investigación científica.

Lo que antecede nos lleva a la conclusión de que el problema que en primer lugar tiene que resolver la Universidad, el problema fundamental lo constituye la formación de un cuerpo idóneo de profesores, formado por hombres que se dediquen a la investigación científica. Sólo aquellos que están encargados de las ciencias técnicas "aplicadas" pueden dividir su tiempo entre la labor de cátedra y el ejercicio profesional, por considerarse que este proporciona la experiencia que exige aquella. Es por ello que la Universidad debe admitir en sus aulas y laboratorios sólo a aquellos que por su labor como ayudantes han revelado aptitud para la in-

investigación científica. La Universidad debe no sólo facilitar al profesor la investigación científica, sino también exigir que sea el profesor capaz de realizarla, de atraer a los mejores estudiantes, ayudantes y colaboradores, de formar una escuela científica. La Universidad debe exigirlo así, porque sólo por la participación de los mejores elementos estudiantiles y de los ayudantes en la investigación científica se llega a formar profesores nacionales.

Ahora podemos formular con franqueza esta pregunta: Tiene la juventud universitaria latinoamericana en general y la ecuatoriana en particular, capacidad para tomar la enseñanza científica profesional, y tiene las aptitudes necesarias para realizar la investigación científica? Todas las respuestas que se han dado, tanto por investigadores europeos como americanos son afirmativas e incluso elogiosas. Existen indudablemente en nuestra juventud valores espirituales que no han podido exteriorizarse hasta ahora, ya por las adversas condiciones del ambiente o por otras causas que derivan de la organización universitaria, sea en aspecto espiritual o simplemente en el material.

En la evolución de la cultura se realiza un proceso que se desenvuelve de acuerdo con leyes no bien conocidas hasta ahora. Parece en efecto que de un modo general y especialmente en América la cultura de los pueblos atraviesa tres etapas: la primera es de simple asimilación teórica, durante la cual las instituciones y los individuos quieren ante todo leer, instruirse, aprender las cosas. Para lograrlo se acude a clases y conferencias o se recurre a los libros. De este modo se adquiere una instrucción teórica, libresca. Aparecen los eruditos, algunos de ellos provistos de un saber que si bien es teórico es profundo y amplio y bien meditado.

La segunda etapa se caracteriza por un impulso inicial hacia la investigación científica, que se aplica a los objetos cercanos, se dirige al medio ambiente que se quiere estudiar y conocer. Es una investigación modesta pero realizada en lo propio, que empieza a ser objeto de examen y crítica en sus aspectos múltiples: jurídico, social, económico, físico, geográfico, histórico, biológico y artístico.

En la tercera etapa el movimiento científico, que ha superado el ambiente nacional, adquiere caracteres universales. La universalidad es su nota predominante. Es la ciencia ilimitada. Entonces

se toma el fenómeno como un hecho universal, haciendo abstracción en sus particularidades de espacio y tiempo y se lo estudia pasando de un hecho a otro, de uno a otro descubrimiento, analizando y sintetizando, induciendo y deduciendo, buscando los eslabones de la cadena infinita de los hechos en esa serie interminable de dudas, avances y retrocesos, fracasos y alegrías, desmayos y esperanzas que constituyen el proceso espiritual de la investigación científica.

Las tres etapas del desarrollo de la cultura no tienen, por otra parte, límites bien definidos; hay entre ellas cierta interpenetración, siendo posible que en ciertos casos se encuentren juntas, al mismo tiempo y en el mismo lugar.

El desarrollo de la cultura tiene que ser protegido y estimulado en cada una de las etapas, y esto no sólo en virtud de intereses particulares, sino también colectivos. Cabe aquí recordar las palabras de María Curie, (*) quien en sus memorias escribe: "Cuál es el interés de la sociedad? No debe ser el de favorecer el nacimiento de las vocaciones científicas? Está tan sobrada de ellas que pueda sacrificar las que se le van a ofrecer? Creo más bien que el conjunto de aptitudes exigidas por una verdadera vocación científica es una cosa infinitamente preciosa y delicada, un tesoro raro, que es criminal y absurdo dejar perder y sobre el cual hay que velar con toda solicitud a fin de darle todas las probabilidades para su desarrollo."

Desde el punto de vista que nos ocupa es muy significativa la obra de ciertas figuras de la intelectualidad ecuatoriana, como González Suárez, Espejo o Juan Montalvo. Tiene también mucha significación la tendencia que se advierte en nuestro país, especialmente en los últimos años, en el sentido de dirigir la atención hacia lo nuestro, afrontándolo directamente, sin prejuicios y sin temores.

Tal movimiento hacia la introspección, dirigida por hombres cultos, se extiende, vacilante todavía, de la escuela a la Universi-

(*) Eve Curie, La Vida heroica de Marie Curie, la descubridora del Radium.

dad; va de los laboratorios oficiales a las salas de arte y merece ser estimulado y protegido. Si su realización tiene lugar en proporciones continentales, hará el nuevo "descubrimiento de América", porque la realidad americana, aunque haya sido estudiada en muchos de sus aspectos por los científicos europeos, no será conocida total y verdaderamente sino cuando los mismos americanos abordemos su examen. Es cierto que todo conocimiento de América es útil, pero tendrá singular significación cuando se lo alcance por la obra de los americanos, como el del Ecuador por la de los ecuatorianos.

IV. EL DETALLE, NO; LO FUNDAMENTAL.—Uno de los errores de la enseñanza en el pasado ha sido, como hemos dicho, el de insistir demasiado sobre el detalle, adherirse a lo pequeño sin preguntarse si esos detalles merecían realmente ser "aprendidos". En aquellos tiempos brillaba el profesor durante sus clases solemnes, en las que "dictaba" con acopio de detalles un capítulo del "texto oficial". Repetía entonces, sonriente y complacido, ese voluminoso o pequeño libro que sus alumnos buscaban con desesperación al comienzo del curso y sobre cuyas páginas su suerte era dictada. Los alumnos contemplaban al profesor con atención sobrecogida; era una mezcla de incertidumbre y sobresalto, de interés y admiración. Al tiempo que escuchaban maquinalmente, veían con su imaginación un libro abierto cuyas hojas se levantan y pasan; y su primer deseo, al terminar la clase, no era otro que el de saber cuántas habían sido.

En aquellos tiempos no se comprendía que lo que cabalmente no importa es el detalle, ese detalle que carece de importancia para la práctica profesional o para la comprensión científica de los fenómenos, detalle del que tan saturada se encuentra hasta ahora la ciencia oficial, y que, en cambio, sobre lo que hay que insistir, para conocerlo bien, es sobre lo básico, sobre lo fundamental. La superabundancia de detalles nos lleva a la miopía mental: el hábito de ver sólo los rasgos pequeños de las cosas nos hace perder la capacidad, el valor de salir fuera del edificio científico y contemplar su magnitud, forma y ubicación, su color.

Mas, esto no es todo. La tarea del profesor no termina con la

revisión objetiva y científica de su materia; debe a la vez crear insensiblemente en el alumno la capacidad de ir solo, de seguir con recursos intelectuales propios, de buscar con propia iniciativa, de guiarse a sí mismo y de distinguir lo esencial de lo secundario, lo general de lo particular, lo permanente de lo pasajero. Crear en el alumno la capacidad para auto dirigirse intelectual y científicamente, es la labor que sintetiza todas las tareas técnicas del maestro y en la que culminará su obra.

Creer algunos, especialmente cuando carecen de experiencia, que el maestro debe decir en clase a sus alumnos "todo" lo que él sabe. No. Quien quiera enseñar bien puede a menudo silenciar lo mejor de su saber, mas este saber no será en todo caso igual al que habrían de aprender los alumnos, es decir no debe ser el corriente. En otros términos, si hay límites para el saber del alumno, no debe haberlos para el del maestro, porque éste extrae de su saber "ilimitado" aquella síntesis sabia y armoniosa, aquella enseñanza que no se integra tanto por el dato objetivo como por la inducción subjetiva.

Será igualmente un gran error el creer que los métodos de investigación científica sólo sirven para los laboratorios y gabinetes. Insistimos en que todo caso que se nos presenta por primera vez —a los médicos especialmente— nos ofrece un problema de ciencia pura, que debemos resolver empleando los métodos generales científicos de sistematización, análisis, síntesis. Para realizar tal trabajo debemos, como es natural, poseer un vasto conjunto de conocimientos; saber "todo" sería lo mejor; mas ello no es posible, ni tampoco deseable, porque en el trabajo científico las palabras importan menos que la melodía misma y la melodía son las asociaciones, análisis y síntesis, las inducciones que consciente o subconscientemente elabora el observador mientras estudia su "caso". La capacidad para desarrollar con recursos propios y en correcta forma esa melodía es, como he dicho, lo que se debe crear. Repetir palabras, saber detalles, no es lo más importante; crear con inspiración la armonía científica, he ahí lo útil y hermoso!

V. SENTIDO SOCIAL DE LA ENSEÑANZA.—Hasta ahora hemos considerado a la Medicina como la ciencia y el arte destina-

dos a poner fin a las enfermedades, a curarlas. Hasta ahora, por otra parte, las dolencias incluso las producidas por agentes microbianos y también ciertos procesos normales de apariencia morbosa, como el embarazo— se consideraban estados, transitorios o definitivos, que sólo podrían interesar al individuo enfermo o, a lo sumo, a sus parientes más próximos.

Todos sabemos que en estos momentos se opera una renovación fundamental no sólo de los principios teóricos sino de todo el vasto dinamismo de la vida humana, y que el individuo ha dejado de estar solo, operándose su asimilación por el engranaje social. Se considera en consecuencia que sus intereses, sus necesidades, sus deberes y derechos, afectan también a la colectividad en cuyo seno vive. La salud y las enfermedades del contribuyente de la colectividad, que es el individuo, se convierten así en cuestiones de orden general, en problemas sociales, en "cosas" del Estado en vez de ser, como hasta ahora, meras situaciones individuales o familiares. La Medicina se transforma en una "carrera social" y deja poco a poco de ser "profesión liberal". Su primer objeto ya no es el individuo sino el conjunto de los mismos, la comunidad, y su función ya no es sólo "curar" sino ante todo "prevenir" las enfermedades. Una medicina social y preventiva es, según todas las apariencias, la que sucederá a la clásica medicina utilitaria, liberal e individualista.

Igual evolución, quizá menos evidente y rápida, seguirán todas las profesiones universitarias en un futuro próximo.

La Facultad de Medicina, que en nuestro país, como en todas las partes del mundo—excepto la Unión Soviética— se ha regido por las normas del severo clasicismo; ella que ha gustado tanto de la teoría elucubrada y de la retórica, de lo tradicional y del convencionalismo, pronto tendrá que modificar toda su posición. Deberá empezar adoptando el concepto nuevo de que no es el individuo lo que más importa sino la colectividad, y que una de sus principales finalidades ya no es sólo "curar", sino ante todo "prevenir" las enfermedades. Nuevo espíritu, nuevo arte, nuevas ciencias surgirán en el futuro del seno de la Medicina renovada, y entonces el individuo ya no enfermará para morir en abandono, ni el enfermo deberá pagar por su curación, ni el pobre merecerá

dé la caridad. En adelante la salud de los individuos será controlada como función de Estado, y curar los enfermos será la excepción en vez de ser, como hasta hoy, la regla principal.

El cambio que de acuerdo con estos nuevos principios deberá operarse en la enseñanza universitaria, es profundo.

Un sistema de enseñanza proyectado adecuadamente como función social, es decir en íntima relación con las necesidades, las tendencias y con las aspiraciones de la sociedad a la que está destinado a servir, constituirá una poderosa ayuda a su unificación, para formar su conciencia y para lograr su progreso. Si, por el contrario, dicho sistema no sirve aquellos intereses, su fracaso es inevitable. Semejante falta de realidad social haría que los alumnos miren con recelo la instrucción que se les facilita. Ellos saben percibir de modo infalible lo que es irreal; y la realidad de la enseñanza, es decir su utilidad, deberá tener el doble aspecto individual y colectivo. En Medicina se enseñará al estudiante no sólo lo que le es útil directa o indirectamente desde el punto de vista del ejercicio profesional —dejándole en capacidad para consultar, por sí solo, los detalles o aspectos de la ciencia como requieran sus intereses particulares—, sino también lo que a la sociedad le importa en las actuales circunstancias y desde el punto de vista de la salud pública, especialmente en el aspecto relacionado con la prevención de las enfermedades.

PARTE TERCERA

REALIDAD

I.—MAS ALLA DE LOS LIBROS.

Quizá sea un lugar común lo que en estas breves líneas diré; pero así como para comprender la realidad hay que observarla muchas veces y con detenimiento, así también, para comprender una verdad hay, a veces, que pensarla y repetirla otras tantas. Como los hábitos de estudio, buenos o malos, se adquieren durante la juventud, estas palabras están destinadas a los estudiantes de Medicina y a ellos las dedico.

a) EL PRIVILEGIO DE LA MEDICINA.—Seré sincero. Todavía recuerdo, no sin cierta emoción impregnada de nostalgia, aquellos días en que nuestras aspiraciones en la Facultad se reducían a saber unos cuantos textos y a ganar unas calificaciones. Desde entonces han pasado algunos años y ahora me encuentro poseído por el afán de examinar la realidad directamente, en sus fuentes originales.

Se ha operado, pues, el tránsito del libro a la realidad, este es el proceso que se produce normalmente en todos los que deben seguir estudiando.

Estudiar, es decir leer, observar, perseguir los hechos para descubrirlos, analizarlos, reunirlos en abstractas síntesis y, luego, elaborar un cuerpo de doctrina científica, tal actividad es una de las nobles y bellas atribuciones de la Medicina, no sólo de aquella que se hace en la cátedra y el laboratorio, sino también de la otra, la de la sala de hospital y del domicilio del enfermo.

Porque si el ejercicio de la Medicina estuviera reducido al modesto trabajo de descubrir los síntomas de la enfermedad para indicar los correctivos correspondientes, tal práctica no sería ni más noble ni más agradable que la ocupación de poner unos ladrillos sobre otros o unas piezas a continuación de otras. En el hecho de encontrarnos siempre ante lo desconocido, en el incesante peligro de incurrir en error y en la necesidad de conocer más bien que la verdad de las cosas el volumen de lo que se ignora, es en este carácter de la Medicina, repito, en el que reside la causa de todas sus glorias y el deleite de sus estudios. Y el día en que no quede en Medicina una cosa que no se comprenda ni un hecho que se ignore, y en que desaparezca la necesidad de formular una hipótesis, ese día no será de mayor felicidad para los médicos, pero sí el último en la gloria de las Ciencias Médicas.

Afortunadamente, esto no ha de ocurrir. En Medicina y en Biología, el volumen de lo que se ignora será siempre mayor del que tiene lo que se conoce, y el hecho de que hay enigmas que probablemente no serán nunca revelados, como el origen y objeto de la vida, no se ha de considerar, como erróneamente se hace, un motivo de inquietud y de desencanto, sino, por el contrario, una fuente de sana alegría y de indicación al trabajo. En Medicina,

como en los demás aspectos del saber humano, "apreciar cada vez más completamente la extensión de lo que se ignora, es todo lo que tiene derecho de aspirar el hombre" (*).

El privilegio de la Medicina, como el de todo nuestro saber, es, por tanto, perseguir eternamente una verdad inalcanzable.

b) LA REALIDAD Y LOS LIBROS.—La realidad, sea cualquiera el aspecto en que se la considere, es tan grande e infinitamente variada, tan extensa, profunda y múltiple, que nuestra inteligencia, por poderosa que sea, adquiere junto a ella las proporciones de una mosca al pie de la montaña. "Nada hay más fantástico que la realidad", decía Dostoiewski. Aspirar a abarcarla toda, a comprenderla íntegra, es, sencillamente, una ilusión. En Biología y en Medicina, los medios de observación más modernos nos han permitido descubrir un nuevo reino de seres, que no por haberlos visto sabemos lo que en esencia son. Aquí, como en todas partes, la multiplicidad de las formas y reacciones es tan grande que se substraen a las más ingeniosas clasificaciones del pensamiento abstracto. No existe aquí el término absoluto, porque todo está sujeto a variación. La morfología ya no es estable sino también dinámica, y sabemos que el peso de cada órgano varía con factores dependientes de la edad, sexo, raza, talla y otros individuales. La función, que es esencialmente dinámica, varía con factores aún más numerosos, incluso los de carácter racial. Es la variabilidad la que en Patología nos ha hecho pasar del concepto de enfermedad al de síndrome para quedarnos, por fin, con una frase tan antigua como sabia y sencilla: "No hay enfermedades, sino enfermos".

Resulta de lo dicho hasta ahora que la Medicina es ciencia en evolución, en desarrollo permanente, es ciencia experimental. Aprender Medicina es tomar contacto con un sistema inseguro de verdades. Pero ¿dónde estudiar la Medicina? Sería definitiva la respuesta que afirmase: en el laboratorio, en el hospital, en los libros. Analicemos la última parte. Cuando serenamente contemplamos

(*) Maurice Maeterlinck. La Muerte.

nuestro pasado estudiantil, al poner en la balanza por un lado el trabajo y el tiempo empleados y en el otro lo que aprendimos, se evidencia que el esfuerzo fué considerable y la ganancia modesta. Esto se debe tanto al número de años exigido para terminar los estudios —que es mayor del necesario— como al sistema vigente de pruebas, que antepone en la voluntad del alumno la conveniencia de aprender los limitados esquemas de clase a la necesidad de conocer sinceramente algo de lo que en sí es ilimitado. En segundo lugar, se debe a los libros.

Los libros aspiran en Biología y en Medicina a traducir la realidad, pero resultan esquemas abstractos, que presentan algunas verdades incompletas, deformadas o mutiladas, expuestas con una sucesión muchas veces ilógica e incoherente. Admitir que un libro pueda traducir exactamente toda una realidad determinada, equivale a creer que se encuentra el sol en la luna. Si en el libro no hay más que lo que dejamos dicho, la ingenua creencia de que en él encontraremos una fuente de verdades perpetuas, no sólo es ilusoria sino también peligrosa.

De lo dicho se desprende que el libro —por lo menos en Medicina— no puede ser elevado a la categoría de elemento primario de información para extraer de él las "verdades"; debe mantenerse en su lugar específico, en cuanto es guía que nos conduce a través de la selva de los fenómenos biológicos, como Virgilio condujo a Dante a través de los variados y amplios espacios del infierno. El libro propiamente no da, orienta; es brújula, no fuente. La gran producción científica de nuestros días —de la que debemos enorgullecernos— y sobre todo el desarrollo de las empresas editoriales que nos proporcionan al fin de cada trimestre montones de libros, revistas y monografías, nos ha hecho perder la perspectiva de las cosas, anteponiendo lo que sólo es efecto y es secundario a lo que es causa y esencia. Así se originan esas pintorescas personalidades que viven en el mundo suprarreal de los libros en tanto que desconocen las peculiaridades del ambiente en que actúan, de la realidad en la que profesionalmente trabajan; se amargan y desconciertan ante los primeros fracasos; luego adoptan una actitud de inadaptados superiores y, por fin, caen vencidos bajo el peso de los volúmenes.

c) UNA SUGERENCIA.—Es posible que los que lean estas líneas adquieran la convicción de que su autor es un adversario del libro. Puedo afirmar —no tanto con el fin de que se modifique ese concepto, cuanto para lograr una actitud correcta hacia el libro— que los mejores momentos de mi vida han sido los que pasé con un libro entre las manos. Después, mis inclinaciones espontáneas y la vida me pusieron frente a la realidad.

Se trata de mantener la atención distribuida justa y equitativamente entre la realidad y los libros. Sólo la realidad, caeremos en el empirismo; sólo los libros, llegaremos a la abstracción. La Medicina carece de bufete; tiene blusa y guantes. Se la aprende en el hospital, en el laboratorio, en el domicilio del enfermo, con la guía del maestro y del libro. No es el mejor profesor el más erudito sino el que mejor guía y orienta; y el que mejor guía y orienta no es en medicina el que ha leído más, sino el que más, con el libro como guía, se ha acercado a la realidad hasta familiarizarse con ella. Ya dije que hay en la realidad cosas que no podrán abarcar los libros jamás. Aún en Morfología, la entidad biológica al parecer más estable, puedo afirmar que hasta la disposición más sencilla, examinada en cien piezas distintas, no se encuentra en dos de un modo absolutamente idéntico. Por eso en Clínica, como en Anatomía, si nos encontramos ante la posibilidad de examinar un detalle o un todo en decenas de enfermos o piezas, debemos hacerlo, seguros de que siempre estaremos aprendiendo. Esas piezas, esas placas, esos enfermos, nos mostrarán los secretos que no puede contener ningún libro.

II.—HACIA LA CULTURA INTEGRAL.

Con mucha frecuencia encontramos en nuestro ambiente estos dos tipos de hombres: unos dotados de un gran sentido práctico y marcada ignorancia teórica —es el caso más frecuente—; otros provistos de un vasto saber pero carentes de orientaciones prácticas —es el más raro—. Ninguno de ellos debe subsistir por más tiempo; en su fusión darán origen a un tipo nuevo, mixto: el del hombre ilustrado, culto y provisto de sentido práctico.

a) DOS EPOCAS EN LA VIDA ECUATORIANA DEL ESPIRITU.—Un sereno y desapasionado examen del desenvolvimiento histórico, cultural y sociológico del Ecuador, nos conduce a comprobar esta paradójica situación: por un lado grandes individualidades, por el otro una notable pobreza colectiva espiritual. No nos proponemos hacer en estas líneas un detenido análisis de las causas de tal contraste, sino referirnos sólo al aislamiento que siempre rodeó a esas personalidades, debido a la falta de comprensión de las grandes masas para aquellos hombres y, tal vez, de éstos para aquellas. Como una de las causas de este hecho figura el gran desnivel cultural existente entre éstas y las multitudes. Todas aquellas personalidades fueron autodidactas, es decir no recibieron de la enseñanza oficial o particular nada o casi nada de lo que contribuyó a su ascensión espiritual y, después —hecho notable—, tuvieron que vivir defendiéndose de los ataques incesantes que el egoísmo o la incomprensión de ciertas gentes dirigían contra ellos. Tal era la causa del aislamiento de Espejo, cuyo cerebro forjaba, en augusta soledad, la independencia de América a la vez que intuía los hechos fundamentales de la moderna Ciencia Médica. Tal era también el origen profundo del ostracismo de Montalvo, el revolucionario que tuvo que buscar en el destierro la comprensiva tolerancia que le negaban en su patria. Y es el mismo origen de la lucha de García Moreno, incomprendido también, que debía gobernar sofocando levantamientos y caer al fin asesinado. Igual será el destino de Alfaro, el arquetipo de los políticos idealistas ecuatorianos que redimió, en la hoguera, a la enardecida muchedumbre que le sacrificaba. Y el último y espectacular ejemplo nos lo da González Suárez, símbolo de la ecuatorianidad, hombre en el que no se acierta a saber si fué más grande la pureza del espíritu religioso o la originalidad de la obra científica, el amor a la patria o la fuerza moral. El también tuvo amargas horas de destierro en su patria, en medio de su pueblo; tuvo que refugiarse en la soledad austera de la celda, hasta donde llegaba el rumoroso furor de sus adversarios, que eran sus hermanos de hábito; él, que sabía decir con cristalina firmeza toda la verdad histórica.

Pero, singular tarea, estos hombres forjaron en bronce y con eternos rasgos la libertad, la ciencia, el arte, la historia y las ha-

zañas de que se enorgullece hoy, con razón, la ecuatorianidad. Mientras afuera los mediocres murmuraban humillados por la presencia del superior, mientras estos transformaban en sus ídolos a los arquetipos salidos de sus propias filas, el hombre superior forjaba la patria en su soledad y resistía diciéndose: "El hombre fuerte lo es más cuando se siente solo."

b) **COMO SE ENSEÑABA AL PUEBLO.**—El conflicto surgido en el Ecuador entre los hombres originales y las grandes masas no existe más que en apariencia; en realidad el conflicto se producía entre aquellos y los grupos oligárquicos. Pero el hecho de que tales hombres hayan salido del seno de las masas, prueba la capacidad potencial de las mismas. Debido a su opresión económica y a su atraso cultural ha estado hasta ahora nuestro pueblo en la incapacidad de forjarse un ideal realmente superior, de trazarse un programa definido de acción, de seguir un camino preciso, contentándose, instigado por los grupos oligárquicos, con buscar nombres y seguir caudillos.

Puesto que una de las causas de tal situación ha sido, como he dicho, la miseria cultural de las grandes masas, insistiré aquí sobre la enseñanza que daba el Estado y su espíritu. Tal enseñanza —que por lo demás se restringía a determinados sectores de la población— se ha reducido al examen inconexo y precipitado de programas que casi nunca tenían relación alguna con la realidad ecuatoriana, cuando no estaban reñidos con ella. Esa enseñanza era superficial, incompleta y teórica. No se proponía realmente educar, sino sólo hacer una cosa que debía hacerse; cumplir con criterio presupuestario el legal mandato, sujetándose estrictamente a reglamentos herméticos y preestablecidos, en el espíritu de los cuales tampoco existía la función de educar como finalidad verdadera, la de enseñar algo útil, cultivar, inducir en los individuos el interés por lo bueno y superior, sino, meramente, el deseo de cumplir y de liberarse cuanto antes de una tarea antipática. Así, para tal enseñanza cumplir la ley, atenerse a los reglamentos y hacerlos obedecer se convertía en su propósito último. Se había convertido en finalidad lo que sólo era un medio. Por eso el "maestro" no guiaba, ni podía hacerlo; era incapaz de suscitar en el alma de sus alumnos el amor a la trilogía eterna, bondad, belleza y

verdad; de infundir un anhelo de superación, una fé y un noble ideal. No observaba a sus discípulos ni descubría su vocación, no los animaba y sostenía; su fin era sólo revisar los programas y cumplirlos en plazos determinados. Este "maestro" ignoraba que para él hoy y habrá siempre, más allá del programa escrito y del reglamento oficial, un programa que no se escribe, que no tiene remuneración monetaria y que sin embargo fluye espontáneamente de la misión de enseñar, a la que presta grandera. A haber de esta fuente tales "maestros" no fueron, porque para tomar de ella había que realizar nuevo esfuerzo. Instruidos así los individuos, seguían siendo en su mayoría, al terminar los ciclos oficiales, unos ignorantes que si bien sabían recitar algunas lecciones, no habían aprendido a comprender ni a amar lo que repetían; seguían siendo mediocres, pero ahora solemnes y altaneros, cegados por la ilusión de saber. Sólo algunos, realizando un gran esfuerzo personal, lograban la erudición; pero era generalmente una erudición teórica, un sistema de elucubraciones y silogismos que terminaba paradójicamente: volviendo esas personalidades contra el medio ambiente del cual habían emergido y en cuyo seno se formaron antes. Así surgían esos intelectuales maldicientes e inadaptados, poseedores de un considerable saber teórico, pero ignorantes de la realidad que los envolvía; atrofiado el sentido práctico, eran inútiles para consigo y para los demás y pronto caían en postergación y olvido.

Este estado de cosas no tendría en sí mucha importancia si no fuera por el hecho de que tales individuos formaban las "minorías selectas" que gobernaban el país. Tenemos por otra parte que reconocer que a través de este período la enseñanza ha sido en todas partes conservadora, en cuanto a su función social. Se fomentó intensivamente las viejas tradiciones, dando un fuerte apoyo a los prestigios y condiciones existentes, en un ambiente de recelo para las nuevas ideas y de resistencia contra los nuevos métodos. La enseñanza de larga duración de las clases gobernantes, que pretendía ser universal, en realidad se confinó en aquellas secciones del pasado que contribuyeron al establecimiento de su tradición.

Por esto se atribuyó tanta importancia en las viejas universidades a la Filosofía "pura" y, después, a la ciencia "pura".

c) LA VIDA INTELECTUAL, SUS EXCELENCIAS.—Pero el defecto de los intelectuales no consistía sólo en su incapacidad para sincronizar su acción con las vibraciones del ambiente; radicaba también en el hecho de que su cultura teórica, aunque extensa al parecer, era en realidad insuficiente, unilateral y, sobre todo, mal estructurada. Carecía de solidez en las bases.

Como éstas les habían sido proporcionadas por la enseñanza oficial, debían ser malas. Tales fundamentos se revisten todavía con sombrías vestiduras; exigen un esfuerzo de atención sostenido y serio, una guía adecuada. Los intelectuales, en la imposibilidad —por comprensibles razones— de alcanzar más tarde la parte básica, científica podríamos decir de la cultura, se dirigían hacia los valles floridos a deleitarse con los colores, a absorber el perfume y tomar el jugo de la flor, incapaces de seguir la planta hasta su raíz y de buscar, aquí, entre barro y tinieblas, el germen de la vida. Un reproche semejante pero en sentido inverso es el que podemos hacer a los profesionales egresados de las aulas universitarias. Si el defecto de los intelectuales consistía en no haber pasado de la superficie de las cosas, contentándose con mariposear entre las mismas, el de los profesionales estaba en haberse quedado en las bases científicas de las cosas, en no haber ascendido a su superficie, sin lo cual no es posible su visión totalizadora. En ambos, pues, en resumen, se da el mismo fenómeno: la cultura incompleta.

En los profesionales subsiste aún un interés limitado casi exclusivamente a las actividades científicas y prácticas. También se llega así a la cultura unilateral: se está bien versado sobre una técnica y sus adquisiciones más recientes, pero se ignora lo demás o se lo conoce superficialmente, a través de datos periodísticos o de folletín, como si en el cultivo de esa técnica quedara involucrada la cultura total. Queda así el técnico en la incapacidad de formarse una amplia y clara visión del mundo y de la vida y pierde con ello la posibilidad de sentir los mejores goces, que son los que proporciona la vida del espíritu en el terreno del arte.

Pero, ¿qué goce son estos? Quien no los haya sentido alguna vez no podrá nunca amarlos. Diríase que para ellos es necesario poseer un sexto sentido, el de la estética, que la educación nos permite adquirir. Gracias a él podemos gozar escuchando los elegantes conciertos de Mozart y las solemnes sinfonías de Beethoven, las ternuras de Chopín, el moderno estilo en Debussy y el tono heroico en las óperas de Wagner. Gracias también a él podemos descifrar en poesía la sonrisa de "Mona Lisa"; la belleza y exuberancia de "Flora" de Ticiano; la dulzura del gesto en "El Matrimonio místico de Santa Catalina", del Correggio; el profundo sentido de la expresión en "Los Amantes" de Bordone; la apostura orgullosa y teatral en el "Retrato de Carlos I" de Van Dyck; el realismo, en "La lección de Anatomía" de Rembrandt; el contorno sensual de las formas, en "Venus y Cupido" de Velásquez; la animación, en la "Fiesta Campestre" de Watteau; la variedad del colorido en "La Pampadour" de Boucher; la riqueza del detalle en "La muerte de Nelson", de Maclise; el arte terrorífico de Goya, el subjetivo de Picasso y los murales revolucionarios de Diego Rivera.

En otro aspecto de la producción artística, en la escultura, me basta citar las obras de Augusto Rodin, entre las cuales "El Beso", "Estudios sobre la mano", "El Niño Pródigo", "Dorso de Mujer", "Balzac", "Eva", "Orfeo", "Fauno y Ninfa", "Adán" y el "Pensamiento", nos ofrece una estética tan colosal, que nos sentimos como anonadados ante ella. Las obras de Rodin, en su grandeza sublime, nos causan una impresión de respeto, diría casi de espanto como las grandes obras de la naturaleza, como un macizo gigantesco cubierto de nieves cuando, colocados a sus pies, lo vemos alejarse y unirse en el infinito con el cielo.

Y qué decir de la Literatura? ¿Cómo expresar los transportes de emoción que experimenta el alma cuando se lee a Goethe en "Fausto" y a Shakespeare en "Hamlet"? ¡Cuántas observaciones exactas, cuánta enseñanza contienen esos libros maestros! Pero en ellos no hay sólo verdad; destilan también arte excelso. Esa literatura dilatada como la estepa, humana como las dolencias de la humana carne, que brota de un cerebro convulsivante con vibraciones que se pierden en el infinito; literatura surgida del pueblo,

como Dostoiéwski, como las flores brotan de la tierra húmeda, esa literatura es también "algo" de lo que debemos conocer de la tierra a nuestro paso por ella. Y, por fin, la pintura amena y florida, pletórica de realismo, engalanada con las sutilezas de un lenguaje metafórico y multicolor que nos da Cervantes en el "Quijote", todo esto perdido para el hombre que cree que basta en la vida con saber ganarse el pan. No. Más allá de la vida corriente, plagada de vulgaridad y de repeticiones insensatas, queda el mundo de lo genial, el de la belleza y los valores eternos, donde el espíritu tiende su vuelo hacia el infinito, pero a donde no pueden llegar sino los que hacen un esfuerzo sincero de superación. Todos podemos conquistar ese mundo, que no abre sus puertas a los que sólo le desean, sino a los que le buscan y le sacrifican algo.

d) LA CULTURA, VIEJA Y SIEMPRE NUEVA ARMA.—Una de las injusticias peores de los tiempos idos fué la de convertir la cultura en privilegio, muchas veces hereditario. Pero sabemos que en un cercano devenir la cultura, ampliamente desenvuelta, contribuirá poderosamente a prestar a la persona humana la dignidad de que debe estar revestida, y hará que ella cumpla sus deberes no por la coerción y el temor sino gracias a un impulso espontáneo y generoso, surgido de la clara comprensión de los mismos. Se trabajará con placer.

En adelante, gracias a la cultura, no valdremos según lo que hayamos recibido en herencia, sino por lo que intrínsecamente seamos; y seremos lo que nos propongamos ser, en la medida en que a nuestros deseos lo secunde el esfuerzo. Entonces la cultura será universal patrimonio y las esquisiteces del arte caerán sobre todas las manos tendidas, en vez de estar, como hasta ahora, en las de los menos. La cultura llegará a ser, también, obligación y derecho. Así quedaremos todos igualmente armados para luchar en la vida.

El médico, el ingeniero o el abogado, si no tienen amplia cultura general no son mucho más que los obreros manuales. Estamos entonces en la obligación de dignificar la existencia y nuestra actividad profesional por medio de la misma.

Nadie queda eximido de ella. Para nosotros, los médicos, este deber se torna más exigente porque ejercemos una profesión de alta responsabilidad moral y dotada de ilustre y viejo abolengo.

Al dignificarnos por la cultura enaltecemos la profesión médica, y es nuestro deber hacerlo para impedir que algún día hubiera de desnivelarse. Ya he dicho que no basta ahora con ser un buen profesional ni que es el único deber el saber ganarse el pan; la nueva sociedad exigirá a todos los individuos amplia cultura y variada actuación social. Recordemos los médicos que fué en los laboratorios de investigación, es decir en las fuentes de la cultura científica, donde la Medicina conquistó su alto rango. Por tanto es con el trabajo, accesible a todos, con lo que alcanzaremos la cultura elevadora, accesible a todos también.

T U Y E L M A R

*Tendida, así, desnuda, en la dorada
arena en que las ondas
dejan morir su cántico de espumas,
estás, la gozadora
de los alegres éxtasis del mar.*

*Te circunda un vibrante
paisaje de músicas absconditas,
que tú sientes llegar
de los azules huertos siderales,
de la oculta morada de la nube,
del vuelo juvenil de las gaviotas
y de los submarinos
paraísos del pez y del coral.*

*Vientos exploradores
luchan por descubrir
la bella geografía de tu euritmia,
y pasan, llevándose en su fuga,
ese perfume de algas
y la viva armonía
de tu encendido cuerpo tropical.*

*Patética sirena exultadora:
en tu abandono plácido revives
el homérico drama
de tus bellas y helénicas hermanas:*

la brisa, envuelta en sales, a tu olfato
olores masculinos asper, ea
haciendo estremecer tu tibia carne,
mientras tus ojos miran
pasar a la distancia,
al alto y áureo mástil amarrado,
a aquel prudente Ulyses
que bien te alcanza, pero que no escucha
la irresistible voz alucinada
que surge de tu espléndida figura.

Mas, plástica te yergues,
con tu adamita veste, iluminada,
y eres el simbolo y la imagen claros
de un lirico horizon'e
de cristalinos júbilos
que estallan en las ondas coruscantes,
en la desnuda luz de la mañana,
en la encrepada arena de la playa,
donde su larga cabellera sueltan
esas sirenas de agua
que, en leve nado,
desde sus grutas de coral y nácar
hastas tus plantas llegan
y en callada agonía
de niveos azahares se deshacen.

Orquídea de las frondas tropicales:
con tu floral presencia
sentido humano cas al panorama:
algo de ti se filtra
en la yedada brisa,
y algo de tu belleza
el alma de las cosas aprisiona.
Por eso hay alegrías
en las glaucas marismas espejeantes
que ríen con su risa

*de sensuales esencias femeninas.
Por eso el mar, mirándote
mujer y flor, furioso se encabrita
y hacia tus pies arroja su bufido
de nevadas espumas musicales.*

Quito.

LOS IDEALES DE LA MUJER BOLIVIANA.

I

Trazar un panorama de conjunto sobre la vida de la Mujer en el Alto Perú, hoy Bolivia durante la Colonia no es tarea simple. Los tres siglos de dominación española, estuvieron diferenciados por características especiales, porque la vida de la mujer en la alta colonia no fué la misma que en el siglo XVII y a fines del XVIII. Es por este motivo, qué vamos a arrancar nuestro estudio fugaz y rápido sobre los ideales de la mujer boliviana sólo de los últimos años de la Colonia, a partir del año 1765, dejando al margen sus formas de vida de la prehistoria en Tihuanacu, del Incañío y los años comprendidos entre la época de la fundación de las ciudades y la expulsión de los jesuitas.

La mentalidad de la ilustración, que se forma en todos los países hispanoamericanos como consecuencia de la expulsión de la orden de San Ignacio, crea en el Alto Perú, hoy Bolivia un clima espiritual típico para las generaciones nuevas. Hay una inquietud intelectual que procede de las mismas fuentes de la política española conocida como la época carolina el instante en el que se siente el desgarramiento de las colonias de la madre patria, determinado por factores relativos de la política europea. España en estos días comienza a preocuparse de animar la vida cultural de los reinos de Indias. Los ecos de la ilustración se transmiten de Francia a España y de los puertos de Cádiz y Sevilla a las colonias de Indias. Se comienzan a difundir las gacetas y

los mercurios editados en Madrid, así como *El espíritu de los mejores periódicos*, que era una especie de las actuales selecciones y además algunos cuadernos de modas. Se fundan academias y los famosos colegios blancos y azules, se envían exploraciones científicas y se aceptan las extranjeras como las de Humbolt y de la Condamine. En fin, la ilustración española trae a los países de Indias la visión de un nuevo mundo que nace. La mujer de Charcas, de Potosí, Cochabamba o la Paz, no es por cierto la más beneficiada con el nuevo ambiente cultural, sin embargo toma posiciones distintas a las que tuvo en todo el tiempo del Coloniaje, donde en el retablo de la vida no ofreció sino las dos sendas de ser madre o monja. La literatura eglogica y pastoril que animada las veladas de los estrados y salones, donde asoman sus figuras las Filis, las Doris y las Amariles, envuelve a la mujer en una atmósfera de bondad y sentimentalismo. Sus trajes de gros trazados en el corte de omplics mariñaques y guarda-infantes, amparan a los espíritus de élite, que se han sacudido en cierta forma, nada más que en cierta forma del ambiente colonial de los siglos anteriores. La ilustración ingresó al mundo femenino de las ciudades del Alto Perú, ya no sólo limitando sus conocimientos a las cuatro erres, que eran escribir, rezar, contar y leer, sino que se les enseña los secretos de la geometría por medio del dibujo y se les dan algunas lecciones de cosas que les revelaban el misterio de las ciencias naturales. La lectura de las poesías de Villegas, de Menendez Valdez y de los clásicos del siglo de oro como Calderón, Lope de Vega y Gongora en sus producciones de carácter pastoril, constituyen junto con la lectura de los libros de horas y de las vidas de los santos el alimento mental de las mujeres altoperuanas de los tiempos barrocos. Es en estos días del crepúsculo de la dominación colonial que los poetas cantan a las jóvenes sirviéndose de un arsenal metafórico evocador de objetos valiosos. Todas las mujeres tienen frentes de plata, las orejas de concha y perlas, rostros de marfil, cuellos de aljofar, dientes de perlas, bocas de coral, cabellos de ébano, manos de ambar.

El ideal de la mujer de fines del siglo XVIII, estuvo orientado dentro del espíritu de uno de los libros que ha tenido mayor influencia en todos los siglos de la colonia en nuestros países

hispanoamericanos, para la formación de la mujer. Este libro fué el donoso, amable y sutil titulado "El Cortesano" de Baltazar Castiglione. El ideal de la mujer en estos últimos días coloniales, era el ser una dama, al estilo del preconizado por el ilustre humanista italiano, cuyo libro traducido y comentado circuló con amplitud debido principalmente a que tomaba como modelo de damas y mujeres a la Reina Isabel la Católica. Una dama de aquellos tiempos según las instrucciones de Castiglione, debía ser de una delicadeza tierna y blanda, con una dulzura mujeril en el gesto, que la haga en el andar, en el estar y en hablar, siempre parecer mujer, sin ninguna semejanza a hombre. Debía huir de la afectación, tener gracia natural en todas las cosas, el ser de buenas costumbres, ser avisada, prudente, no soberbia, no envidiosa, no maldiciente, no vana, no revoltosa, ni porfiada, no desdoblada. Debía también ser recelosa en lo que toca a su honra y tener mayor cautela que el hombre en no dar ocasión que se pueda decir mal de ella. Debía tener prudencia y grandeza de ánimo, continencia, y ser buena y discreta, de costumbres sobrias y moderadas y en honestidad, teniendo presta viveza de espíritu, que la haga muy ajena a la grosería, y con tal manera de seso y bondad que en opinión de todos sea tan buena, prudente y bien criada, cuanto graciosa. En la danza no debía tener movimientos muy vivos y levantados, ni en el cantar y tañer debía actuar con más arte que dulzura. Los instrumentos de música que ella tañere, dice Castiglione, no serán el atambor o pifano u otros semejantes. Si alguna vez que dijieran que tañe, cante o baile, debe esperar primero que la rueguen un poco, y cuando lo hiciere hágalo con un cierto miedo, que no llega embarazalla, sino que solamente aproveche para mostrar en ella una vergüenza natural y casta, lo cual es contraria a la desvergüenza, y aun en el vestir debe también ayudar a esto, y así han de ser sus vestidos de manera que no la hagan ni vana y liviana y debe la dama tener buen juicio en escoger la manera de vestido que la haga parecer mejor, y lo que sea más conforme a su hermosura lozana y alegre que debe ser alegrada con sus ademanes, con las palabras. Además, dice Castiglione que la dama debe tener noticia de letras, de música, de pinturas y que sepa danzar bien y traer como es razón a los

que andan con ella de amores acompañando siempre con una discreta y templanza. No obstante de asignar a la mujer todas estas galas, Castiglione, sostenía que la mujer que era un animal imperfecto, y que en las mujeres no caben virtudes que caben en el hombre.

En estos días de 1765 hasta 1800, la mujer tanto en Bolivia como en el resto del Continente Americano, contribuye a la creación del espíritu regional que guarda las expresiones germinales de la patria. El carácter esencialmente conservativo de la mujer, encontró en el árbol, en la fuente, en la casa, en su cielo, en el sepulcro de sus padres, en el paisaje un motivo de cariño y de apego al terruño. Todos estos elementos emocionales habrían de constituir en el transcurso de pocos años la raíz y esencia de la nueva patria. Estas fuerzas sentimentales al ser intelectualizadas por las corrientes del liberalismo y del romanticismo, debían formar el alma de la Patria, y ella defendida por la sangre y el heroísmo de los hombres tomaba otra jerarquía, un nuevo sentido, que era ya la cristalización de la conciencia en las estructuras de la voluntad de poder que anticipa la solidez del estado, que ya se dibujaba en el horizonte incendiado de promesas.

II

El siglo XIX es saludado con el nacimiento de una nueva aurora. Tras los bejeles de la ilustración se formó el espíritu revolucionario que habría de estremecer con sus gritos de libertad con extraño sincronismo a la mayoría de los países hispoamericanos en torno de 1809, que fué el año de la libertad. No vamos a trazar la fisonomía de la época revolucionaria, limitándonos a enunciar que la revolución de la independencia en el Alto Perú como en todos los países hispanoamericanos tuvo por colaboradora a la mujer. Aquí debemos observar un hecho de expresivo interés histórico y social. La revolución que había formado su clima emotivo e intelectual en la Universidad de Chuquisaca, actuó sobre el cerebro y el corazón de la juventud y las nuevas generaciones se situaron ideológicamente contra el españolismo de sus padres. Es de este

modo que la mayoría de los revolucionarios ostentan los apellidos ilustres de españoles. Así como los padres sufrieron el dolor al ser abandonados por sus hijos, las madres ya abiertamente o en amistoso secreto dieron calor y entusiasmo a la posición intelectual y política de sus hijos. En esta forma surgieron los patriotas, que se nutrieron intelectualmente de los principios de las revoluciones de Virginia y de Francia, pero en la mujer el eco de las heroínas de España como Mariana Pineda fusilada por los franceses, resonaba en nuestros países americanos, igualmente que el grito de las mujeres de Francia que decían, que si la mujer tiene derecho de subir al cadaizo, debe también el derecho de subir a la tribuna. Los revolucionarios de La Paz en 1809, inspirados en las ideas transformadoras del infortunado y grande Condorcet en su programa de gobierno establecieron la creación de un instituto de educación femenina. Gran novedad para este momento en que se la abrían a la mujer nuevos mirajes, para situarla en un momento inédito al de la Colonia española y cuya vida se apagaba con el triunfo de la revolución y de la libertad. Se esboza también para la mujer boliviana el instante de su liberación, pero antes debía ofrecer hermosos tributos a la causa emancipadora, actuando con su generosidad y su altruismo al lado de los varones heroicos. La revolución del 16 de julio de 1809, tuvo el calor y la fe de dos mujeres valerosas y fuertes. Doña Vicenta Equino que contribuyó a la causa de la libertad con su iniciativa, con su fervor y con su fortuna. La mestiza doña Manuela Manzaneda, que consagró sus esfuerzos a la fabricación de pólvora para los arcabuces de los patriotas. En Chuquisaca, durante la guerra de los quince años, doña Juana Azurduy de Padilla, combate junto a su esposo, frente a las fuerzas españolas. Llega su heroísmo sublime a la realización de un hecho legendario. Se libra la batalla de la Laguna, dirigida por su esposo, en lo que doña Juana combate ardientemente. De pronto es acometida por los dolores de la maternidad, abandona la refriega para volver al final de la batalla después del nacimiento de su hijo. Doña Juana Azurduy de Padilla fué coronela de los ejércitos libertadores. Y luego anotemos la hazaña de las mujeres de Cochabamba que se agrupan en el cerro de la Coronilla, para luchar frente a las fuerzas realistas del implacable Goyeneche.

El ideal de la mujer boliviana del siglo XIX, fué la libertad, que no se concibió como una floración espontánea del destino, sino como un valor humano, que era necesario conquistar con las fuerzas del espíritu y con la misma fuerza de las armas. Este ideal de la libertad fué el que ayudó a la mujer, para realizar el milagro de la independencia, que durmió a sus hijos con sus canciones de guerra, y que con el amor de las novias y de las esposas forjaron un caudal de vitalidad y de sentimiento, para luchar y triunfar hasta ver tallada carne la fundación del estado boliviano, que ya vivía por el espíritu de nación creado en sus más profundas raíces por las mujeres.

III

El siglo XIX, fué para la mujer boliviana el siglo del romanticismo, que abarcó dos etapas, la primera que surge al calor de las lecturas de la Nueva Eloisa de Juan Jacobo Rousseau y de las novelas de Richardson, y la segunda que adquiere toda su plenitud con la dictadura de Víctor Hugo, de Lamartine, de Alfredo de Vigny, de Jorge Sand, Madame Stael, de Esproceda, de Martínez de la Rosa, finalmente de Campoamor y Becquer, para no citar sino a los más representativos. El romanticismo para la mujer en Bolivia a través del estremecimiento literario fué una especie de filosofía, mejor dicho un estado de alma que se convirtió en un proteo que transformó todas las formas de la emoción, de la afectividad, del idealismo y del pensamiento. Al romanticismo de nuestras abuelas y de nuestras madres, es en verdad bien difícil de darle una definición. Para muchas jóvenes de aquellos días, el romanticismo era el haz lo que quieras y la exageración teatral de los sentimientos. La caricatura de este romanticismo fué la histeria y los ataques de nervios de cronométrica oportunidad, igualmente que los rostros pálidos obtenidos por el maquillaje de la anemia que se provocaba artificialmente bebiendo grandes dosis de vinagre. Pero también era romanticismo el apegarse a las prácticas religiosas y buscar refugio en el convento en caso de fulminantes desilusiones amorosas. Era también romanticismo llorar. El llanto y las lá-

grimas eran una moneda corriente para expresar mas patética y con mayor realidad los sentimientos íntimos. Las lágrimas húmedas y las lágrimas escritas constituyen parte del lenguaje del romanticismo. Todo el mundo y todos los ambientes de los países hispanoamericanos que viviera el romanticismo lloraba, a tal punto que se dijo que el romanticismo eran las lágrimas. También era romanticismo la quimera de la libertad y del progreso, igualmente que la formulación del pensamiento literario y de la belleza verbal. La literatura se adueña de los corazones y de los cerebros. Las grandes figuras del romanticismo como Jorge Sand, Fernán Caballero, las hermanas Bronte, transmiten sus mensajes a las mujeres bolivianas que a su influjo despiertan sus grandes vocaciones literarias en personalidades superiores como Cecilia Mujía y Adela Zamudio, para no citar sino a las eminentes de este meridiano romántico, del cual fueron depositarias en sus excelencias y virtudes estas dos varonas extraordinarias. Cecilia Mujía realiza el milagro de crearse una cultura en un mundo de sombras y con sus ojos inmóviles, ajenos a la luz, dicta sus poemas de estructura impecable y que destilan al conjuro de su propio dolor, el dolor de la emoción romántica. Secas las fuentes del llanto esta mujer exprime su corazón y ya no escribe con lágrimas, sino con sangre. Adela Zamudio que llena con su nombre más de medio siglo, es una mujer privilegiada por su talento múltiple y por su carácter de regia tesitura vertical. La Zamudio une en su personalidad la belleza de la creación literaria con la belleza del carácter. Su romanticismo tiene irisaciones que alumbran su mismo contenido sentimental por la duda de una filosofía escéptica que integra otro de los matices de esta tendencia. Adela Zamudio escribe bajo el pseudónimo de Soledad, fué premiada en los juegos florales y coronada con una ceremonia gemela a los funerales cívicos el año 1926. Fué un temperamento único y no superado hasta ahora en Bolivia, cuyas radiaciones se prolongan del subjetivismo a la ironía corrosiva, con la cual aplicó el reactivo de una enseñanza contra los vicios y las mentiras convencionales. Sus versos que guardan el tesoro rico de la poesía son el fruto de un espíritu iluminado por las radiaciones maravillosas de la belleza verbal y de los fecundos sacudimientos de la creación artística. Su lira no sólo vibró con ritmos melán-

cólicos y tiernos, sino que tienen el acento del pesimismo agresivo y el vigoroso tono de la rebeldía, con actitudes meditativas de una filosofía propia que se desprendía de las fuentes del llamado entonces libre pensamiento.

IV

Al lado del romanticismo en Bolivia como en todo el Continente Americano, hacia en el año 1880 se produjo el movimiento positivista, que en su fórmula de amor y de progreso, contribuyó a dar al pensamiento liberal un nuevo sentido civilizador. La palabra de orden era incorporar al país al ritmo del progreso de Europa y al amparo de estos estímulos se fundó por primera vez en Bolivia el año 1890 una escuela normal de señoritas en la ciudad de La Paz. Hasta entonces la mujer había salido del hogar para prolongarlo, consagrándose a la educación de los niños, y es en esta forma que la enseñanza primaria en su mayor parte estuvo dirigida por mujeres, que sin título profesional, sino que guiadas por un espíritu de servicio y de vocación autodidacta, se dedicaban a la enseñanza de un modo empírico. La escuela normal de La Paz formó los primeros equipos de maestras iniciadas en Herbart y Pestolezzi. Es, pues, en esta época que se produce en Bolivia un intenso movimiento de incorporación de las actividades femeninas a la vida cultural del país y también a la acción social y de beneficencia. La mujer boliviana aparece formando parte de sociedades teatrales de aficionados, luce sus habilidades del canto y de concertista, igualmente que presenta exposiciones de pintura. Con todo, a fines del siglo XIX la vida de la mujer boliviana está consagrada sólo al hogar y las jóvenes pintoras o músicas, pronto abandonan sus nacientes aficiones culturales por los encantos del hogar y por las dulzuras de ser madres prolíficas.

El año 1909 se funda en la ciudad de Sucre con el carácter de nacional una Escuela Normal de ambos sexos, dirigida por una Misión Pedagógica belga. Esta escuela que constantemente vigorizada desde aquella época por los gobiernos, subsiste como el alma del movimiento pedagógico boliviano, ha servido a la vez que para la formación del magisterio femenino, para la superación mental

de la mujer. El año 1913 marca para la mujer boliviana un momento de gran importancia. Se establece el bachillerato femenino, para abrir a la mujer las puertas de la Universidad, dándole libre acceso a las facultades de leyes, medicina, farmacia, odontología. Luego se crea también por primera vez la Escuela de Comercio que posibilita la formación de elementos femeninos auxiliares de las actividades industriales y mercantiles.

La terminación de la primera guerra europea el año 1918, con sus reflejos introduce en la vida de las sociedades hispanoamericanas nuevas modalidades en el espíritu femenino. La melena garçon es un símbolo. Este corte de los cabellos, venía a ser la rectificación al filósofo pesimista que sostenía que las mujeres eran unos seres de cabellos largos y de ideas cortas. El movimiento feminista británico, que tuvo sus repercusiones en los Estados Unidos con sus extremismos, sufrió con la incorporación de la mujer a los servicios de guerra y con el desempeño en los diversos y múltiples oficios y profesiones de los hombres que combatían el más notorio y grave golpe, ya que se demostró la eficiencia de los equipos femeninos sin la acción estridente de las ideas feministas. Es el momento en que en los Estados Unidos resonaron las palabras de Rosa Cleveland, dichas años atrás y en la que aparece la mujer dueña de un destino sin independencia y sólo como auxiliar del hombre. En Bolivia la atmósfera que rodea a la intervención de la mujer se ofrece como una proyección del hecho mundial y americano. Es entonces que se piensa "que en el hombre pone la mujer la fe altruista como creadora de prodigios, que adivina la aptitud del hombre, señala su misión, presiente su gloria y le da bríos, alientos y esperanzas para conseguirla, sosteniendo que no haya habido ni tal vez en lo venidero, héroe, mártir, santo, sabio, conquistador, libertador, apóstol ni profeta a quien una mujer no inspire, excite y habilite. Se agregaba que la mujer es la que hace el prodigio benéfico, la que es para el hombre el genio inspirador, energía viviente, musa o ángel de la guarda". La revolución rusa frente a estas ideas templadas en aquellos mismos instantes preconizaba la libertad de la mujer, la igualdad de los derechos con el hombre, el amor libre con su conocida fórmula del vaso de agua, no dejó de inquietar a determinados sectores de la mujer boliviana y aunque

no se apegó a las doctrinas del maximalismo ruso, sus aspiraciones por aquellos días se concretaron al anhelo de alcanzar los derechos civiles, tratando de romper la barrera del código boliviano que no reconocía tal igualdad. Debemos anotar que por aquellos años realiza por nuestros países americanos una gira intelectual doña Concepción Jimeno de Flaquer, una gran mujer española, que con su oratoria llena de fervores, siembra la inquietud de las nuevas ideas. Fué esta removedora de ideales la que dejó escuchar inicialmente en Bolivia las orientaciones relativas a la evolución femenina del mundo, habló de una religión nueva que no quiere ver tratado al sexo hermoso como a una raza conquistada, estableciendo que el cristianismo dignificó moralmente a la mujer, y que el siglo XX enalteciéndola intelectualmente ha dado un gran paso para su completa rehabilitación. Añadía que debía destruirse la estúpida creencia de que la mujer quiere ser hombre, rebelándose contra los deberes domésticos y que el ideal de la armonía social es incompatible con la opresión de uno de los sexos. Formuló un programa de orientación femenina que comprendía los siguientes puntos: protección al trabajo femenino, la administración de los bienes de la mujer en el matrimonio, los derechos iguales de los cónyuges con relación a los hijos, la instrucción de la compañera del hombre, su participación en las profesiones y el empleo con igualdad de sueldo, la abolición de la trata de blancas y, finalmente, la supresión en el Código Civil de la fórmula que el marido debe protección a la esposa y la esposa obediencia al marido.

Una de las proyecciones del medio concienical que se formó en el país al servicio de la mujer es el establecimiento el año 1931 por el parlamento del divorcio absoluto en términos jurídicos, que constituyen formas de amparo para el grupo social femenino.

La guerra del Chaco había de poner en relieve con énfasis acusada el agrado de cultura intelectual y el civismo de la mujer boliviana. El año 1932, al producirse en el país la movilización militar, también se produce la movilización de la mujer boliviana, correspondiendo a beneméritas instituciones entre las que se destacó la Cruz Roja y el Ateneo Femenino, que estuvieron presentes en los hospitales, sino también que contribuyeron a estimular la moral y el civismo de la nación en armas.

V

A lo largo de los últimos quince años las nuevas generaciones femeninas producen una valiosa floración intelectual en todos los órdenes de las actividades del espíritu. Surge aparte de muy destacadas profesionales de la educación, mujeres que consagran sus actividades a las bellas letras, a la arqueología y a las artes plásticas. Lamentamos no estar asistidos de documentación para el objeto, y aunque la memoria nos traicione vamos a citar algunos nombres destacando entre ellos a los siguientes: Antonia Zalles V. de Coriaga, Presidenta de la Cruz Roja, María Luisa Bustamante de Urioste, Presidenta de Ateneo Femenino y su fundadora dedicada a los estudios arqueológicos, Teresa Solari Ormachea, poetisa y oradora de vuelo, Cristina Iturralde de Zalles y María Peñaranda de Guillen Pinto, novelistas, Marina Núñez de Prado, escultora, Hortensia Taboada que dedica sus actividades a la asistencia social, Ana Rosa Tornero de Bilbao, escritora, Angélica Estenssoro de Salinas y Virginia Estenssoro, cuentistas, Josefa Saavedra, tratadista de derecho, Teresa Ascuí, oradora, Yolanda Bedregal de Conitzer, poetisa.

Las corrientes del pensamiento femenino actual de Bolivia están orientadas en cuatro líneas que vamos a esbozar. Una que alimenta la tendencia a exaltar el sentido de la vida cotidiana de la mujer, sublimando sus virtudes, que estimula las más puras esencias de la emoción y del sentimiento, construyendo con estas bases una filosofía de optimismo. Le asigna el papel de inductora como madre, estimando que el radio de la feminidad está limitado a intensificar la posición altruista de la mujer frente a la vida. Esta misma corriente aprueba que la supericridad debe ser buscada en su propio arquetipo, sin que tenga necesidad de inspirarse en los modelos de las feministas furiosas, sino que debe hacer compatible su situación de mujer saturada de feminidad con la intelectual, artista o científica, teniendo por arquetipo más alto a María Curie, la excelsa y la grande. Esta corriente rechaza los pantalones estridentes a lo Jorge S. and y anhela consagrarse a la creación de otras maestras esculpidas en el amor, en la abnegación y en el servicio social. La corriente segunda que designaríamos como jurídica, finca todos sus anhelos en las reformas constitucionales y civiles, que

establezcan la igualdad de derechos para todas las realizaciones de los dos sexos. La tercera orientación se polariza, señalando sus aspiraciones dentro del clima de la civilización socialista. Su ideario pide no sólo derechos iguales a los del hombre, sino expresiones de carácter económico que las sitúe en una desigualdad beneficiosa. Esta tendencia con todos sus atributos ideológicos actúa dentro del círculo de la lucha de clases y del pensamiento marxista. Una última tendencia que la encontramos formulada en el libro *Filosofía de la Educación en Bolivia* aparece concebida en los siguientes términos: "En Bolivia no se puede proceder en la concesión de derechos que reclama la mujer, sino por etapas, evitando así las perturbaciones sociales que podría traer una reforma radical, como ha sucedido con la adopción prematura de la enseñanza laica y el divorcio absoluto. Lo esencial es difundir con mayor intensidad, la educación y la instrucción entre todas las mujeres, para que comprendan mejor sus derechos y sus deberes, y luego prepararlas en escuelas vocacionales y técnicas, para las diversas profesiones propias de su sexo, dándoles oportunidades para que puedan llegar, según su capacidad intelectual o artística, no según el criterio egoísta de los padres y los recursos económicos, a los ciclos más elevados de la enseñanza, y por ende a desempeñar las funciones hasta hoy reservadas injustamente al hombre, tales como las profesiones liberales."

VI

Para finalizar estas líneas queremos poner de relieve la última intervención histórica de la feminidad boliviana, mediante la cual las mujeres sin diferencia de ideas, sin atender a los convencionalismos de estamentos sociales, ni al color de la piel, se pusieron valerosamente al servicio de la democracia, para salvarla y defenderla.

La inviolabilidad de la vida humana es la base de todos los derechos humanos, democráticos y políticos. Sin el ejercicio del derecho de vivir, la libertad y la seguridad están simplemente canceladas. Así lo entendió el espíritu y la letra de todas las constitu-

ciones bolivianas de origen democrático y liberal, en las que se proscribió la pena de muerte por delitos políticos. Pero he aquí que durante treinta meses desde el 20 de Diciembre de 1943 hasta el 21 de Julio de 1946 se apodera del Gobierno de Bolivia un grupo de hombres desplazados de la ciudadanía y del ejército, que inspiraron sus actos en las brutales ideologías del nazifascismo y que trataron de imponer su voluntad de mando por medio de la eliminación de ciudadanos ilustres, cuyas vidas fueron sacrificadas trágicamente. Ante su inmolación un escalofrío de terror se apoderó de la ciudadanía boliviana, mientras su voluntad era paralizada en el confinamiento, en el destierro y en las prisiones. Hubo un momento en que pareció que la dictadura de la sombra había triunfado en Bolivia. Pero he aquí que la conciencia femenina encarnada en valiosos exponentes, realiza el milagro de remover las esencias heroicas de la ciudadanía y en medio del terror más trágico, la mujer para protestar de los crímenes no habla, ni escribe, porque sólo puede rezar. Y reza el rosario, porque las policas no permiten la celebración de misas en sufragio de los victimados. Así comienza su campaña de rehabilitación de la emoción política en días en que todos los países fraternos del continente se gloriaban de disfrutar ampliamente las cuatro libertades esenciales. La senda que habría de recorrer la mujer boliviana era de sacrificio, de sangre y de martirio. El latido de sus fervores se transmitía en discursos y en artículos de periódicos a la conciencia popular hasta que llegó la jornada del levantamiento de las masas ciudadanas, inermes frente a los tanques y a las ametralladoras, que fueron santificadas por la presencia heroica de la feminidad que actuó en las bellas jornadas de Julio de 1946. Estas mujeres y el pueblo de la Paz, han demostrado que la historia no es sólo el catálogo de los triunfos de la fuerza bruta, sino el triunfo de los derechos del espíritu sobre la iniquidad de la fuerza sin justicia. Los propios victimadores del pueblo aterrados ante la masacre de tres días, abandonaron su misión de exterminio, dejando el triunfo de la libertad y de la democracia en poder del pueblo. La historia de Bolivia como toda la historia de nuestra América ha sido un reflejo de la Europa revolucionaria del siglo XIX, donde se sucedieron las barricadas a los dictadores y a los déspotas. Bolivia tuvo algunos monstruos como jefes

de estado, pero ninguno hizo vivir a mi país una época de terror tan continuado y brutal como el que fué conocido en los días del Mayor Villarroel.

Desde los tiempos heroicos de la emancipación, el año 1946, es la primera vez que las mujeres bolivianas salieron a la plaza pública, para defender no sólo los derechos de la ciudadanía, ni las libertades esenciales, sino el supremo y único valor humano que es la vida, cuya extinción nunca puede estar a merced de las alternativas de las luchas políticas, sino que están siempre en manos de la ley.

Quito, Abril 25 de 1947.

GUSTAVO

ADOLFO

OTERO

LA MUJER EN LA LETRA DEL HOMBRE

LETRA DE MUJER

Sería tema gustoso el de buscar a la mujer en su propia letra. Literatura intimista casi siempre, y por más que se recatase en la virtud pudorosa de su silencio, acaso más que la letra del hombre, ascendrada en un neto sentido autobiográfico. Porque las de ellas suelen ser confidenciales en las cuales el ser interior que todos llevamos, dice su fina o modulada confidencia. Los buzos de la literatura o los espíritus penetrativos, pudieran ofrecernos la calculada sorpresa de señalar a la mujer en el trazo inicial, de descubrimiento del análisis y fijación del dato del diario íntimo. Y si bien es cierto que allí en donde amaneció el poeta lírico estaba cumpliéndose la voluntad del diarista, el ir desmenuzando o á veces recomponiendo la historia de un alma, sería dable probar que los poetas no fueron anotando su queja o su alegría como frente a un espejo subjetivo que lograra reflejar toda la serenidad o la descompostura, la gracia o la sonrisa, el vaivén y el reposo, la incertidumbre y la seguridad, de la fisonomía del alma. Así el poeta lírico se delata o se confiesa, en veces sin proponérselo, pero es la mujer quien sabe, como por congenial paciencia, entrarse por ese hilado escrutador. El ginebrino Enrique Federico Amiel que fué midiendo, minuto a minuto, el devenir sin trascendencia de su inquietud y de su angustia, no llegó a esa constelación de miniatura con la que María, la singular rusa del diario íntimo, revela ya no sólo el ápice de su inefable deseo, sino también lo que hubiera sido

si la mañana del mundo consiguiera lucir a imagen y semejanza de su sueño. Y basta el natural advenimiento, el hallazgo frecuente de esa letra en la que, sin que recurramos a la ciencia de la grafología, se autobiografiza y retrata. La colegiala, aún sin haberse puesto jamás frente al pupitre en que caiga el seco cartabón de la Retórica se siente tentada a recoger en la hoja furtiva o en el cuaderno de apuntes la memoria de sí o la impresión circundante, pero a través de la onda de su propio pecho. Está refiriéndose, entonces, la historia suya, en un yoísmo a la vez inocente y radioso, que no sólo deja de suponer la presencia del público, sino que más bien lo rechaza, puesto que se trata de un desahogo indeliberadamente lírico que viene a ser un soliloquio, el secreto que se cuenta a sí misma y que está fijando sobre el papel, sin ninguna intención filosofante. La carta reanima luego el contorno del suceder o del presentir, y si se trata de letra de mujer en trance ya de literatura, nada más intimista que esa letra ni más autobiográfico que ese trance. Con toda la inconsistencia que sea posible señalar en tan original teoría, no deja de ser atractiva la propuesta de que para escribir la vida de una poetisa si el documento de otra índole rezuma polvo inútil, es en sus propios versos en donde ha de buscársela, interrumpida y entera, fácil y complicada, como la misma historia del existir. Por lo que, de aceptar este principio, sonreiríamos de los arqueólogos que quisieran determinar el nombre del amor de la distante Safo de Lesbos, ya que, mítico Faetonte o esbelto joven griego, ella contorneó, con el solo lápiz de su sentido, el escorzo de su huida y el gesto de alargarse más ante el reclamo en la oda que es flecha imposible y llamada perenne. Y si vamos a lares de más cerca, queda en la memoria contemporánea el conflicto biográfico de la Higienita de Caracas, el mismo que, para ser de mujer, comienza justamente por una carta interminable que no cansa por su detallismo psicológico sin recetas de sabio, y que enreda y desenvuelve el secreto, precisamente porque se propone guardarlo...

Sería tarea gustosa ir buscando a la mujer en su propia letra, y no muy difícil de encontrarla, aún cuando se sienta que está cerrando los labios en promesa de callar, o cuando, fatigada de decir su palabra al papel, se ha quedado mirando la mancha novicia

de la tinta en la yema de su dedo..... Pero por más que la letra de la mujer sea de un delicado intimismo y de una confesión que busque muelles o duros asideros de reclinatorio, sólo estará completa su imagen cuando se la busque y se la encuentre también en la letra del hombre.

FIGURAS Y ALMAS DE MUJER

Las grandes creaciones literarias destacaron, para la longevidad que sólo a los seres del arte les es dado alcanzar, figuras y almas de mujer que se quedan en los libros y que de ellos surgen al conjuro de la lectura, para revivir o retornar acaso con mayor fortuna, cuando se las llama o se las reconoce. Pero arrancadas de la vida han de ser o parecer para que se realice el milagro de aquella suerte resurrecta o mejor aún el de su vitalidad sin tiempo, por más que sepamos que por la taumaturgia artística, figuras y almas se revisten de formas más delicadas o asumen sublimes caracteres, así las hubiese tocado el pulso de figuración humanística de los clásicos, o animado en color sensible y sensitivo, el pincel apasionante de los románticos. Y esas mujeres de los libros, ejemplos o dechados, serán el modelo y la aspiración, el contraste o el anhelo, sin los cuales no sería posible la definición de la esperanza. Hemos de convenir en que sólo la letra del hombre prestó a la mujer esa animación extraordinaria en la que conocemos a las grandes mujeres del arte, a las mujeres de los libros, y es que sólo su latir enamorado o resentido prestólas quieto sustento o fuga elegiaca, y su ambición de amor, que es sobre todo de eternidad, como lo afirmara Platón, puso sobre la cabellera de alguna la flor inmarcesible, o consiguió que rodeara a una frente dilecta tal resplandor celeste o glorioso, difícil de encontrarse en torno de las frentes terrenas.

Las mujeres de los libros..... El viejo Homero insinúa tan sólo la belleza de Helena, la más bella de las mujeres, salvo la belleza indiscernible para el esteta físico, y cuyo examen profundo, de cerebración y sentimiento acabaría por esclarecer, mejor que cualquier otro postulado filosófico, la inexistencia del concepto de la fealdad. Y sólo insinuada, la incomparable Helena, de tal modo

sugestiona y arroba que se vuelve la figura de más codicia para el insaciable doctor Fausto, y sugiere al burlón Luciano, ya en la imposibilidad de asirla, el consuelo de que en la osamenta de las más bellas del Universo, Helena sería igual a todas, la calavera calina en cuyos maxilares no quedara ni el recuerdo de esa sonrisa que pudo enloquecer a los troyanos.

Trazadas así, sólo al golpe que se ahonda y florece del epíteto preciso, del verbo vital, están las otras mujeres de Homero. Y sábese de la belleza conyugal de la venerable Penélope; del apasionamiento de Calipso que se atrevió a ofrecer el destino sin muerte a un estratega de la desventura y de la fortuna, y de Nausicaa, con inocente belleza de amanecida y temblor auténtico de mujer, con recato de madrugada en la cual recién han comenzado a apagarse los luceros de la noche entre un frescor de rocío como el que debió acompañar al nacimiento del mundo; de la pura Nausicaa que no quiere penetrar en la ciudad de su padre el rey feacio, en compañía del extranjero de palabra tan convincente y ademanes tan cuidados, y que, —maravilla de ese fondo común de la sensibilidad humana—, en la misma edad de los griegos de cuyas canteras mármóreas surgía el immaculado desnudo, se avergüenza tímidamente de la desnudez de Ulises que perdió en la lucha con el mar sus vestidos tales y cuyos músculos de varonil euritmia tienen la pátina de ocre del limo de las aguas envolventes y arrastradoras.

Giovanni Papini en su "Dante Vivo" ha querido borrar, en cierto modo, la leyenda de Beatriz Portinari. Por una simpatía espiritual no quisieramos ceder a ninguna conjetura acerca de la forma vulgar de la amada dantesca. Acaso Beatriz, como se desprende de las páginas de Papini, ni conoció lo suficiente al seco Alighieri o le desestimó por lo menos con la inconsciente tranquilidad de su alma sin revoloteo. Pero en el peor de los casos aquello resultaría igual para el Dante y para nosotros, gracias a la transfiguración inigualada de la Divina Comedia. El florentino la lleva a su Curso de Teología, la viste de novia al pie del ara de la Virgen, la incrusta en el mismo corazón de Dios, y así se olvida de la prieta dimensión de la tierra y se lava con agua bendita los labios pecadores quemados por el fuego del camino

que se extiende y sigue, y no sabe quien pasa, y aguza, casi siempre, sus filos para el ser digno de elección, mientras se abre dócil bajo las plantas del común habitante de la felicidad. Y Beatriz se alza desde entonces más que la antorcha de la estrella o la vara del lirio, por virtud de una mano flaca a la que bien pudo no conocer ni amar.

Los ejemplos seguirían y rebasaran de la latitud del libro. O darían en la fatigosa revisión de la literatura universal. Y serían, Laura eternamente coronada por el laurel petrarquista. Ofelia que pasa desgranando flores, con la razón perdida o hallada, según el ángulo del cual queramos mirarla, pero con espíritu de adorable lucidez y con el sol claro de su cabellera para la penumbra maniaca que se extendía sobre la angustia de Hamlet. Y si vamos por la curva aparentemente desordenada de ese género moderno al cual los antiguos ya le llamaron ensayo, la Lucía de Musset que es el lucero nostálgico de sus Noches..... y otras, y otras que pudieran ser dadoras del agua fresca de la Samaritana o aptas para el lino nuevo que pudiese copiar el contorno del Ecce Homo, pero en forma concorde con las maneras y los gustos de cada siglo.

Venirse a tierras de América será también encontrar la huella de la mujer en la letra del hombre. O su figura inconcluida: O los perfiles que quisieran dar en el remate de la forma o en la imagen del alma. ¿Nombres? La catalogación se resiente de sequedad y la cronología establece la ingrata estadística de lo poético. Pero pudiéramos fijar algunos recuerdos. Por ejemplo el de La Novia del Plata del argentino Esteban Echeverría, esa romántica Elvira con aureolas chateaubrianescas, evocadoras de Atalas que, como lo han pretendido agudos críticos, buscaron en riscos amerindios los paisajes en los que desarrollarían su historia apretada de devociones cordiales. O la Rosario de Acuña que se inmortaliza en una epístola de la despedida. Y la María de Isaacs acerca de cuyo romance se han escrito varias páginas de felices interpretaciones.

Juan León Mera en el Ecuador, desde su retiro de Atocha, con la memoria baneña y la visión del paisaje oriental que ahora lleva su nombre en la puerta de El Dorado, animó una figura de mujer delicadamente primitiva, fraterna y amante, tierna como el retoño de la nueva raza, y hermana, por algún modo, de la flor del

río que es el Tabaré de Zorilla: Cumandá. Sobre esas páginas se ha tendido la mirada de toda una generación de adolescentes y el interés de quienes, entre el acierto descriptivo de una región que enreda la flora ecuatorial con las luces de nuestro paisaje, siguieron el curso de tal alma huidiza y cristiana, con aletear de palomas casi selváticas en los pechos tímidos y con la señal de la cruz en los labios que aprendían a decir, sin rígida enseñanza, la primera palabra de estas lindes, que se conformaría en revelaciones civilizadas o pulcras a través de los tiempos.....

LA MUJER EN LA BIOGRAFIA

Pero la mujer de los libros no es solamente la de las creaciones literarias que, para ser tales, han de referirse a modelos existentes, si no también la mujer de la biografía. Parece existir una natural prelación de figuras para el biografismo en todos los países. Y se trata o de la edad de los héroes para los cuales surgen las arcadas del mirto, o de la de los santos que han de mostrarse con la condecoración hiriente del cilicio, con la sonrisa que brota de su íntima conformación con el dolor y con la gema florida cuyo simbolismo de colores, morados penitenciales, rojos de pasión o albares de inmaculada gracia, comenzó tal vez a partir de esas cabezas de aureola y de esos corazones de fuego de amor vivo, para acudir a una frase que recuerde a San Juan de la Cruz, el sabio inocente doctorado en Extasis.

Por nuestra vereda de Colonia transita una figura de los más extraordinarios perfiles espirituales. La más breve alusión basta para reconocerla de inmediato. Fué pararrayo y sostén, hija ejemplar y joven patriota. Marchando con resuelto paso por la ruta del Kempis, volvió de realidad la Imitación de Cristo. La compleja postura del alma, redimíase de su crucifixión de los viernes, pendiente de la alta cruz que se bañaba de lunares caricias o de fríos cernidos de las madrugadas quiteñas, con su coloquio diario con los ángeles. Equilibraba singularmente sus meditaciones frente a la calavera ceñida con capucha franciscana, con sus glosas de guitarra, infantiles y tensas como un llamamiento a la madre, que

es la señal de la búsqueda de amparo, aún en la ternura de mediodía del hombre maduro. Su voluntad de huyente o de retraída había de torcerse, como en ejercicio de vencimiento, en su gozo de acudir, con humildad cierta, a la mesa de los familiares en donde servía las viandas sencillas o al coro de mendicantes para quienes amasaba el "pan de los pobres". No hay contradicción en afirmar que su alma no ensaya si no acaba un ejercicio dual en el que no hemos de ver escapadas de descubrimiento terreno o exilio de pecho salvado y destinos inmunes, que acude a la tapiada voluntad el claustro. Así es como piensa en la catequización de los salvajes orientales o en consagrarse al culto de la Virgen sobre las alturas del Pichincha. Tal la doble faz de su alma: misionera y ermitaña. Y si no marcha a las bravías regiones del Oriente, ni va, tampoco, a los filos volcánicos del vigia de San Francisco de Quito en donde pudiera habersele alcanzado quizá una línea remotamente azul de la vastedad marina, misionera y ermitaña resulta, por su riego de fé entre las almas broncas, por su insinuante palabra y por su reclusión, después, en sí, por el acto mental que le ayuda a subir, sin paso, en sus noches meditativas, hacia donde hay más claridad y frescura que en todos los valles paradisiacos de aquí. La evocación, por parca e incompleta que fuese, ha podido desvelar ya la hornacina de los lirios en donde encontramos la escultura filena de Mariana de Jesús.

Mujer de biografía, Mariana de Jesús se dijera que se mostró esquiva ante el fervor de sus biografiados. Cuando para cumplir con un voto de obediencia, escribe, según es fama, la memoria de algunas de sus prácticas espirituales, las cuartillas de su letra se pierden o se queman en la llama de pabilo del velón de la Colonia. Don Pedro de Alcocer se forma un plan para el libro de su vida. Pero la pluma del fraile es detenida por la muerte en la página centésima. Al jesuita guayaquileño Jacinto Morán de Butrón corresponde el libro primario y esencial del relato de esa preciosa existencia. Más, cuando viajaba a Europa llevando los manuscritos para la edición de la obra, el barco en que navegaba es apresado por los ingleses y sus originales arrastrados por las olas, para que el que aquí establece los comienzos de la historiografía y las primeras plumadas de la construcción biográfica, reconstruyera el

libro, varios años después, logrando publicarlo al comienzo sólo en un compendio. A partir de aquel texto pudo componerse la biografía del Padre Giovanni del Castillo que lleva a Roma el nombre de Mariana y las otras loanzas que encienden la noticia de la santidad en la corola de la azucena, como el Panegírico del Padre Alonso de Rojas, de culterana frase y poética tesitura, y más tarde la oración de Proaño o las páginas de predilecta y consagrada justeza de la Historia de González Suárez..... hasta los trazos contemporáneos que pretenderán soplar el polvo de siglos sobre la tela auténtica de su fisonomía, o retocar, con diversa fortuna, las pinceladas de admiración fraterna con las que el Hermano Hernando trasladara su faz a la tela del siglo antiguo.

No se ha conservado el ejemplar de "La Breve Vida de la Mejor Azucena de Quito", escrita por el poeta de este valle don José Murillo en rima que, por su albura y fragancia y el posible empleo del verso pentasilabo, quiso encontrar el símil de la azucena de modo igual a la obra de Morán de Butrón que se dividió en cinco partes para asemejarse a los pétalos de la flor que dió nombre a nuestra paisana cuyo recuerdo, más que de lámpara votiva, es de norte estelar y de seguridad sin terremoto para la ciudad en donde el arco de la Reina cobija, en la guardia de la piedra y el retoño humilde de las hierbecillas, la huella secular de las pisadas de Mariana.

Galería de biografismo de la mujer ecuatoriana para la que un día animamos estampas emotivas, breves retratos buscadores de la gracia del gesto y si no de la flor de la obra, por lo menos de la inquietud fecunda del camino, y en la que, aparte de "vidas" que hubieran de reclamar la miniada paciencia del devocionario, estarían, por ejemplo doña Manuela Cañizares, ya en los tiempos de la iniciación de la lucha heroica, con la gallarda prestancia de su convocatoria y la resolución de su arduo empeño, o, más tarde, cuando cuajaron algunos de los lauros nacidos de la flor sangrienta del martirio, aquellas quiteñas que se fueron a la diestra de esos próceres de caballo flaco y perfil de medallón, para quienes sería posible repetir, por lo caballerescos y amigos de la empresa sin logro personal, el poema epigramatista y redondo, acerca de aquella sola mancha que tuvieran, y que es la que no mancha, puesto

que es igual a la del invicto don Quijote: Simón Bolívar y Antonio José de Sucre.

Manuela Sáenz está en los libros de la biografía. Hugo Moncayo no concluyó el relato de la existencia romántica y brava de la quiteña, que estaba desenvolviéndose en su frase de sugerencias tejidas sobre la realidad del documento. El colombiano Alberto Miramón logró destacarla entre "Los Septembrinos", con el título de "la vida ardiente" y Alfonso Rumazo ha conseguido seguirla desde las raíces familiares hasta cuando, en el atardecimiento del día de su vivir, que fué fecundo y pleno, Manuelita, ya valetudinaria, se confiaba en la playa paiteña al vaivén lento de la ola que diluyera o entrañara la sal antigua del recuerdo, para ella como de sabor oceánico, por su dilatada pasión que no quiso encontrar ni sequedades ni remansos..... Hubiese amado a cualquier otro, con rostro de éfobo o pulida compostura de Narciso, hubiérase dado a un Creso ventrudo, a un fabricante de topacios o a un vendedor de perlas, y Manuela sería una mujer sin biografía. Unida al flaco don Simón, alcanza las proporciones de la llama milagrosa para el crisol del caraqueño, y es algo más que su compañía apasionante, su Libertadora, su ángel de la guarda por más que le faltasen alas blancas para la sobra de su corpiño que solía guardar su pecho audaz, en donde hay que seguir escuchando, puesto que de Bolívar se trata, su resuelto latir de mujer enamorada. De su intuición femenina aguzada por la zozobra del vivac; de su vigilancia y de su mismo celo sin recelo que en una vez imprime en el rostro de Simón el tatuaje del rasguño, como de su epistolario amable y ardentemente antiortográfico, surge Manuela como debía de haber sido, sin míticos contornos y con el realismo de su existencia a la vez exaltada y asidua.

La Marquesa de Solanda parece calmosa al lado de Antonio José de Sucre. Hogareña y aristocrática en cuya mano pulida están la llave del Mayorazgo y el solitario anillo de la elegancia, apenas alcanza, como en una especie de sino griego, a los pocos meses de la vida que le quedaba a su Mariscal y a la estatura tierna de su hija Teresa que en un día resbala de los brazos de su padrastro, como si hubiese querido llegar, como para una conformación bajo la capa de la tierra materna, a los de su padre. Su-

cre, de animismo estructurado en geometría pura, anhelaba el reposo, el alto de hogar, quizá la plática de reminiscencia sabrosa. Quería untar su desencanto con el verde de frescura de la estancia campesina y hallar un cabezal tranquilo para su inquietud guerrera en la que dió como pocos la batalla y hubo de triunfar, acaso como él solo, sin dejar envenenado el borde de la herida. Descanso y cabezal que se le ofrecían propicios. Pero allí se quiebra su capítulo.....

Las buscaríamos también entre las que perfilaron la letra, sin que nos sea dable fijar, por la ausencia del documento, nada de la vida de doña Gerónima de Velasco cuya voz inquietó al enamorado Lope de Vega, hasta el punto de que desprendiera una de las ramas de su *Laurel de Apolo* para coronar la frente de esa Musa del siglo XVII, a la que no vacila en denominarla Safo, y a cuyas manos, que juzga bellas, las imagina estampando su apellido en las mismas constelaciones. Y en la corte de cantoras, pasa Dolores Veintimilla de Galindo, con su breve vida y la copa de cuasia que no vomitó sin embargo en sus labios, con el resumen de la resignación, los amargos sabores. Y en otros lustros, como para establecer los contrastes, Marieta de Veintimilla viaja desde el escritorio donde quedan abiertos, en raro suceso, los libros de *Psicología Experimental* que por entonces asustan en algo a los mismos discípulos varoniles de la ciencia, hacia las filas en donde se traba el combate, y desde los salones en los que deshoja sin alarde la flor de gracia de la palabra, hasta la alcoba del musical entretiempo en donde le aguarda el clave de cuya caja de pino ha de desprenderse la mariposa augural para inquietar en presentimiento a quien supo del Universo de la neurología.....

Y otras mujeres dignas del libro que refiriese sus pasos por la tierra, por el sendero de la construcción o por el bordado del poema o por los temas del arte que se resuelven en el lienzo o el cordaje. La dulce Mercedes Gonzáles de Moscoso reclamaría biografía abuelaria exaltadora del enternecimiento de la dos veces madre que canta a los hijos de la hija, mientras busca flores azules para el adorno de las cunas a cuyo borde medita la nostálgica en el amor y en el dolor, motivos eternos que se aplacan o per-

feccionan en cuanto han encontrado la corporeidad de imagen o sentido que suele darles la poesía.

LA MUJER EN LA LETRA ECUATORIANA

De como los escritores miraron a la mujer, para interpretarla o reconocerla, hay tan dilatado ejemplo en las letras universales, como que la casi totalidad de las mismas, para decir lo menos, se llenan del sortilegio o de la llamada del otro hemisferio. Viaje por la ruta atractiva de las literaturas comparadas, búsqueda de nombres, de episodios, de contornos, de gestos, de recuerdos y actitudes... Habríamos de llegar a pedir la imposible operación del lector que encontrase un libro en el cual no estuviera la mujer. Y en tal análisis se cumpliría mejor que en ningún otro, la prueba de aquellos vuelos, originalmente frustrados, de la deshumanización del arte. Pero aquí hemos de contentarnos sólo con el apunte, necesariamente fragmentado, acerca de la letra ecuatorial en la recomposición centésima de la presencia o el recuerdo de Ellas.....

Pergaminos de la Colonia recogen, en caracteres de paciente escritura, la memoria de monjas o novicias, por más que aquí no existiesen Berceos para el relato ingenuo de vidas como la de Santa Oria. Y si Gaspar de Villarroel sólo las soslaya detrás de los vitrales de su erudición y su gracejo, el Padre Juan Bautista de Aguirre, intuitivo y culto conocedor de la alquimia de imágenes de don Luis de Góngora y Argote, cede, para evocarlos, a la imperceptible elusión del epigrama, o da, sin prisa erótica y sin duda ignorante de su destino de publicidad a la vuelta del siglo, en el romance madrigalesco para evocarlas y describirlas. Escudándose en la advocación de una "dama imaginaria", por sí se tratase de levisimo pecado, habla de la de los hermosos ojos y la boca traviesa que brinda, entre coral y nácar, "un veneno que da vida y una dulzura que mata" y cuyas cejas se le antojan "arco de amor", "de cuyas flechas tiranas —ni quien se defiende es cuerdo— ni dichoso quien se escapa". Y esta no es una de las transposiciones poéticas del gusto de la época. Parécenos más bien la escapada tensa del profesor de Filosofía que tan buen poeta supo

ser. La hoja en la que había recogido, para desahogarse, alguna fina emoción profana y que resbalaba, como si estuviera dotada de vitalidad, de su sermonario ó de su libro de oraciones.

Y pasando desde la vereda claustral del fraile de las líricas virtudes, a la ruta del del "alma religioso" y el pensamiento heterodoxo", la complacencia del antologizador encontraría repetidas páginas en las cuales el sentimiento exalta y el estilo afersa a la siempre triunfante figura de la mujer. Episodios hay en los "Tratados" de Montalvo que arrancan de la historia de la vida de la mujer. Varias de sus notas modernizadas de "El Espectador", la conforman o escorzan, y en su séptimo tratado que se consagra ya como el primer ensayo, en la "Geometría Moral", es Ella la que está presidiendo, con el albedrío de su Eterno Femenino, el trazo espiritual de las líneas rectas y de las curvas sin las cuales no se haría el dibujo flexible para que llegue la animación de los colores. La redondez de la esfera, la anhelosa fuerza de la espira, el misterio de la parábola, la complejidad del triángulo, las distancias unidas del cuadrilátero, la correspondencia del polígono. Saffira es, entonces, la grande amorosa que pone a prueba, sin embargo, el servicio incondicional de su Herculano, y a la postre de ejemplos que brotan de los amores ilustres, reales o imaginarios, llegará don Juan de Flor, para sujetar a nuevos vaivenes la capciosa persecución del Tenorio, para ilusionarse o fatigarse, y para dar al libro una nueva galería de formas femeniles apasionadas o sollozantes.

Por lares azuayos, el canto marial enreda flores silvestres y memoria de amores tranquilos y fragantes. Miguel Moreno y Honorato Vásquez, en fraterna competencia, van a cantar a sus amadas cuyas almas tienen equivalencia justa en la frescura del rostro. Nombres como el de la Elvira de Vásquez, desenvuelven la transparencia del idilio en el Libro del Corazón y los Sábados de Mayo. Igual esa marcha ascendiente desde el rubor de los colegiales, hasta la misa de la promesa, purificada por el incienso y el mutuo reflejarse de las imágenes, en las pupilas, a la luz de los cirios de filigrana. Algo de acento pastoril tiene ese canto gemelo y sin embargo diverso. Elvira seguirá enseñoreándose en el corazón

de Vásquez y Moreno buscará el ojo de la cisterna que copie, cóncavo, el cielo que quería.

Crespo Toral en cuya estrófa no es de sentirse, como se dijo alguna vez, sólo la fría perfección de los mármoles, —se creyó mármol y era carne viva, tal como lo expresaba Darío—, advierte a la del nombre eterno, a Eva, en la primera tarde. Corre a la ventura. Llega a las orillas del mar. Se para en lo alto de una roca, entre dos inmensidades. Cada vez se queda más lejos el dulce Paraíso. Le agobia el consorcio. Pero luego se yerque. "No es llanto solamente —el que subir hasta los labios siente— es un alma, alma nueva —que crece y se subleva— inspirada y pendiente." Y entonces Eva canta. Se recobra en la palabra modulada. Lanza a los aires la llama viva de su numen. Y torna al Edén, sapiente de la fugaz ventura de libertarse en la expresión de la música y del Verbo.

La Crisantema de Remigio Romero y Cordero es, en la Egloga Triste, el ejemplo de la nueva poesía bucólica. La del hombre citadino que mira, como desde una colina, con nostalgia antigua, el campo de la égloga. Crisantema, la reina de la gañanía, la moza andina de manos blancas y de ojos grandes, establece tal diferencia que, no obstante la simple entereza de sus amores, hechos como de rebaño y de floresta, no puede ser para él que la quisiera porque "con novias de los pueblos" nunca se casan los señores. Pero mientras la prometida estará de fiesta, el poeta se contenta con cuidar de su rebaño y aun cuando ella no comprenda el dilatado espíritu que quiere darle en su entraña, el ancho recuerdo en que no habrá de escucharle, concluye: "Si es así Crisantema —divina Crisantema eso te basta:— te hemos amado todos— los que han sido pastores en mi casta...!"

Antes, en Quito, Antonio C. Toledo, un Bécquer sin golondrinas ni enredaderas, se ha propuesto evaporar un recuerdo en el ambiente de las Brumas. En su caso, como en el de Tibulo o los elegiacos latinos, como en el del mismo Gustavo Adolfo que no logró encontrar la rima dorada de una cabeza fiel, sería posible buscar la cronología de los poemas que carecen de fechas. Basta con atender a la historia de una pasión frustrada que se inicia y desenvuelve, y concluye, si quereis, Promesa, primero; esperanza, pro-

pósito, tentativa. Desencanto luego, diferencias sociales, ausencia. Recuerdos a la postre, vacío anheloso, dolor de la pérdida, como en la "saudade" de los portugueses. Reveladas o publicadas esas "brumas" con alteración de tiempo, divulgadas algunas por amigos que se prendaron de ese como vaho de lamento irisado por algún fulgor de ironía, y guardadas otras, obstinadamente, en el escritorio de madera tosca del poeta que hubo de pasarse en destino de mediana burocracia, fácil es ordenarlas atendiendo a ese proceso sencillo de que hemos tratado:

*"Nunca la interrogué si me quería,
jamás le confesé que la adoraba;
y suspirando, ausentes, en secreto
guardábamos intacta la esperanza.*

*Sólo una vez, a la hora del ocaso,
cambiamos una rápida mirada
que saturó de luz nuestro silencio,
y es la luz el lenguaje de las almas.*

*Ah! No puedes ser mía. Desistamos
de la pactada unión;
tu honor y mi altivez así lo exigen
con imperiosa voz.*

*Ah, no puedes ser mía! Tu posees
pingües rentas, y yo....
Yo no consentiré que el mundo diga
que has comprado mi amor.*

*Es inútil mi bien que delirantes
de tu amor ni del mío hablemos más,
que al cabo de la plática, tan sólo
tendremos que llorar.*

*Cuanto es de breve el plazo de la vida
inmensa es la distancia de ti a mi.
¡Hablemos del amor de los extraños
que nos hará reír!*"

En la depuración y la costumbre, y en las repeticiones de lo que se relea por afinidad, ya se está volviendo clásico el soneto aquel de Arturo Borja, *Visión Lejana*, en donde la quiteña de ayer trae la remembranza de los balcones cobijados de luz vespertina, en los que se abrían los claveles y los atisbos. La metáfora de la morena, —trigo tostado al sol—, de moreno dorado, de mate suavidad, tal como en el característico color de los rostros de las mujeres de este valle de altura, ha sido trasladada ya a los toques de la más encariñada antología quiteña:

*"¿Qué habrá sido de aquella morenita,
—trigo tostado al sol— que una mañana
me sorprendió mirando su ventana?
Tal vez murió, pero en mí resucita.*

*Tiene en mi alma un recuerdo de hermana
muerta. Su luz es de paz infinita.
Yo la llamo tenaz en mi maldita
cárcel de eterna desventura arcana.*

*Y es su reflejo indeciso en mi vida
una lustral ablución de jazmines
que abre una dulce y suavísima herida.*

*¡Como volverla a ver! ¿En qué jardines
emergerá su pálida figura?
¡Oh, amor eterno el que un instante dura!"*

Ernesto Noboa, como Arturo Borja, ha regresado de París, con la enfermedad de la melancolía y la gardenia al ojal. Aquí se aprieta de nostalgia por los cielos lunares de Francia, como allá hubo de suspirar por las calles estrechas en cuyos altos y bajos

era romántica visión la de la silueta de la quiteña, de busto contorneado por la mantilla, ceñidor de luto del óvalo de la faz en donde jugaban la sonrisa o la saeta andina de los ojos negros. Y en esta ciudad que alzaba al aire la voz de sus campanas y enfloraba todavía geranios detrás de las rejas, hila en su melodiosa rueda de las horas, y dice, como al desgaire, su trovador de juglar: "Por qué la alegría —canta hoy a tu reja— de tu alma se aleja— mi vida sombría....."

Entre las mujeres de los libros, Humberto Fierro perseguirá su dechado. Como con hilos de gobelino fija estampas puras o atractivas de mujer. Entonces las nombra, para volverse finamente impersonal, cuando de las evocaciones reales se trata. Y el madrigal surge en estrofas de las más logradas de su tiempo:

*"Tu cabellera tiene más años que mi pena
pero sus ondas negras aún no han hecho espuma.
Y tu mirada es buena para quitar la bruma
y tu palabra es música que al corazón serena."*

Otra vez, con motivo feudal y reminiscencias de campesinas moradas, se adelanta al romance nuevo en donde la figura de la mujer huyente se hunde en la parábola, que nos parece casi viva, de los círculos concéntricos:

*"Me creía orgulloso
y un corazón muy seco
viviendo en mis dominios
como un hidalgo tétrico.
Juzgaba que mi gusto
fragante a tomilleros
era matar la corza
batida por los perros.
Y al deshojar un día
las rosas del Deseo
bañando las distancias
en luces de oro viejo,
la sorprendí en un claro*

que hacían los enebros
 y entre las rubias frondas
 los céfiros traviosos
 mecían el columpio
 de un Fragonard de ensueño.....
 Yo la llamaba Náyade
 por sus martiles griegos
 y por su talle lánguido
 como los juncos tiernos.
 Me sonrió unas veces
 con un silvestre miedo
 como la sensitiva
 que va a plegar sus pétalos;
 mas ¡ay!, no era un espíritu
 de encadenar con besos.
 Temía despertarme
 pues se que siempre sueño.
 Y al fin un dulce día
 se hundió en el lago eterno
 dejando entre mis manos
 los círculos concéntricos.....
 y fuimos desgraciados
 y siempre lo seremos."

Y en otros ejemplos de la presencia de la mujer en la letra ecuatoriana, pensaríamos en "La Furiosa Manzanera" de la tragedia nueva de ese magnífico poeta que es Augusto Sacoto Arias. Antonia, moza a la vez bravia y amante, de la comarca de las manzanas, de la fruta que tiene rosa como el aparecer de la sangre en la mejilla y cuyo hemisferio es de azúcar, y la que, en cuanto ha caído muerto su prometido Narciso, el viñador, en asonada que tiene palpitaciones de ola social, se angustia de fatal desolación o se afila colérica como con la venganza del cuchillo, por el "hombre que era como la gruesa raíz del Día", y no da reposo a su duelo, por más que Filomeno, de estirpe de manzaneros, la calme invocando a la Virgen del Consuelo para que cambie su corona punzadora por una de clavellinas. O en la voz tempranamente silenciada de Ignacio Lasso

sería dable oír el acento que se viene con distinta modulación, pero con igual reclamo, desde el pórtico salomónico del Cantar de los Cantares. O el arribo del hombre: "Elsie!, por una ruta de sangre he llegado a tus ojos.".....

F I N A L

Seguir las en su letra es también buscar un latido del corazón del mundo, acaso el más delicado, sin duda el más sugestivo, el de perdurables encantamientos y sutiles sentidos. Pero hay también que presentirlas o encontrarlas en la letra del hombre. Tal es su destino en las artes que habrán de ser por todos los siglos, y no obstante los propósitos maravillosos de un maquinismo que hasta sustituya a la sensibilidad, la flor de la vida. La letra del hombre, más ancha, más continuada, a veces más vagarosa, más de oficio y de constancia, puede ser, en el dombo del pensamiento, como la vía lactea. La letra de ellas es como el punto suspensivo de un lucero.

LA POESIA GUAYAQUILEÑA

VALOR Y ETERNIDAD DE LA POESIA

Parece que esta noche se abriera, con suave tibieza de trópico, o la esperanza de una nueva espiritualidad que pudiera detener el atómico relámpago que con lumbré aciaga ya se esbozó por lo menos sobre todos los cielos de la tierra. La musa porteña, vestida de leve cendal y luciendo en su bucle de noche marina el azahar que insinúa los símiles de una musical transparencia, sonríe, como victoriosa de haber saltado sobre las episódicas edades de hierro que nos visitaron ha poco, a los poetas que aquí se congregan, presentes, o con el mensaje de su canto; diciendo aquellos, como lo quería González Martínez, en el metro antiguo la moderna canción, o encuyando los recién llegados su voz que tiene asombro de madrugada, pero en cuyo acento que transfigure los verbos o encuentre la sustancia del nombre que parezca distinto, puede regresar, por el triunfo perenne de la palabra, lo que por haber surgido de las alquitaras del dolor, del vuelo de la aspiración o de la tendencia a la inmortalidad que es amor, combate o ensueño, no logró revelarse entero ni en la relativa precisión de la ciencia, ni en la letra severa con que la historia nos alecciona o desengaña, ya que la mensura de lo infinito y el contorno de la verdad posible que es la que nos eleva, pudieron darse solamente en las expresiones inefables de la poesía.

LA VIDA DEL LAUREL

No será un requerimiento a señuelos medievales, ni anacrónicos gustos de Parnaso como en la invitación al monte elevado

en donde las nueve hermanas estuvieron esperando a Safo de Lesbos; ni laureles entretejidos con devoción erótica por el lejano Lope que guardó, como en la dimensión de un soneto, la misiva que le dirigiera nuestra Gerónima de Velasco. La suerte matizada de los Juegos Florales se conforma bien aquí, en donde la vereda costeña aclimata la gema perfumada, y anima en contornos de estética y en inesperado milagro de color, a los mejores seres de la floresta. Aquí, en donde la vida del laurel alza su estatura de verde reluciente, y puede, por vuestra generosidad, transformarse en el símbolo sin mengua de los motivos de bronce que acompañan a las efigies de vuestros próceres, pero sobre todo les asisten en la vigilancia terruñal de la gloria, decorando vuestros parques en los que, para el civismo que no decline y la voz poética a la que no apaguen los metales chatos de la servidumbre, están, en ejemplo y rectoría, las figuras de Vicente Rocafuerte y José Joaquín de Olmedo.

EL RAMILLETE DE EVIA

Tierra esta en la cual, en subjetiva virtud y en la corporeidad de los jardines, pudieron y debieron estar en vigencia los Juegos Florales que tan gallarda y delicadamente habeis despertado. Uno de vuestros poetas, el Maestro Jacinto de Evia, aquí hubo de recoger y cultivar en los primeros abriles de sus años, tal como reza la frase brevemente culterana del titular de su libro, las varias flores poéticas para su Ramillete que ofreció, en España, la prueba del jardín americano, "pintado y oloroso". Flores arrancadas a la propia Naturaleza y altos de bucólica, como cuando en amistosa competición con los jesuitas Bautista y Camargo, se detiene frente al motivo cristalino de un arroyuelo del valle de los Chillón. Flores ambiciosas de color, en donde, para olvidar la forma de la origo, advertida por don Juan León Mera, sería de seguirle en su anhelo de coger la rosa del minuto o en su tema de Eclesiastés que mira como la flor se convierte, después de su breve vida, en un polvo inodoro de jardines.

LAS FLORES DE AGUIRRE

Las flores del gran poeta del siglo XVIII, Juan Bautista de Aguirre, se deben, asimismo, a la tierra costeña. Y en su poesía, como en el horizonte que se abre hacia las márgenes de la ría platinada, hay figuras de tanta fuerza pictórica como la del pino, montaña con alas que del mar al cielo sube, y que muere en el monte, para luego surcar el ponto con alas y con vela de lino. Imágenes de mar, de cristal de ola, de proteico devenir, las del jesuita que amó, seguramente más que a sus naranjales dauleños cuyo jugo nutricio llevaba desde luego en el paladar y en el cariño, a la ciudad que para su tiempo armaría en el astillero los veleros de ala triangular y apoyaría la conseja, el escalofrío de los piratas y la facha venerable de los gobernadores, en callejas de prestigio colonial de las que solo quedan vestigios dignos de conservarse en la Guayaquil de ahora, pero cuya fisonomía de entonces estaba, en lo esencial del ambiente, dotada de la belleza sin transferencia ni cambio, como la vió el poeta en sus memorables Décimas:

*"Guayaquil ciudad hermosa
de la América guirnalda,
de tierra bella esmeralda,
de la mar perla preciosa,
cuya costa poderosa
abriga tesoro tanto,
que con suavísimo encanto,
entre nácares divisa,
congelado en bella risa
lo que el alba vierte en llanto."*

OLMEDO Y LA CIUDAD

Olmedo, el épico mayor de América, movería mucho del es-corzo numeroso de sus escuadras, en paisaje de aquí. Desde este litoral que suele limpiar las nubes de la distancia, se alcanza la corona de nieve del Chimborazo, en donde nos gustaría ver, por

alta y solemne, a la imagen épica de Olmedo. Y cuando el poeta de la pindárica tesitura cuyos papeles se han recogido devotamente para la edición que le presenta aún en los ocasionales entretiempos de todo escritor, al final de su Canto a Bolívar, sostenido en igual entusiasmo, en unidad clásica, aún dentro de sus raros atisbos románticos, llega ya al trance del remate, a los endecasílabos finales que se combinan marcialmente con el ritmo de los heptasílabos, ya no busca el trueno horrendo que en fragor revienta, ni las reminiscencias de apolíneo contorno. Piensa en su querida ciudad, y sobre todo en los campos que la enmarcan, para el sedativo mejor y el reposo de pausa homerista que se merecía. Y dice:

*"Yo volveré a mi flauta conocida,
libre vagando por el bosque umbrío
de naranjos y opacos tamarindos,
o entre el rosal pintado y oloroso
que matiza la margen de mi río,
o entre risueños campos, do en pomposo
trono piramidal y alta corona
la piña ostenta el cetro de Pomona....."*

Es el paseo de Olmedo, de reposición y de entrañable sentido, después de conducir a don Simón Bolívar a las estrofas el canto que el mismo héroe pudo conocer y celebrar. Y luego, en soslayo de modestia, pide aquel sonreír que hubo de darse a su esperanza segura:

*"Yo me diré feliz si mereciere
al colgar esta lira en que he cantado,
en tono menos dino
la gloria y el destino
del venturoso pueblo americano;
yo me diré feliz si mereciere
por premio a mi osadía
una mirada tierna de las Gracias
y el aprecio y amor de mis hermanos,*

*una sonrisa de la Patria mía
y el odio y el furor de los tiranos."*

VOLUNTAD DESCRIPTIVA O EPICO IMPULSO

Otros poetas, en voluntad descriptiva o épico impulso, en grave lirismo o en complacencia de anacreóntica, tomaron de Guayaquil el alma y la tonalidad. Llona recompone su Odisea con la visión de estos campos, para convertirse en el Ulises interior que deja, a ras del encuentro de su propio torbellino o del sorteo de Caribdis y Sirenas, el tema de los Argonautas de Odiseo, y el mismo que, errando con fortuna por las secas orillas del Rímac o navegante de los mares amerindios, contó con la fidelidad de Penélope de esta ciudad de su nacimiento.

De Guayaquil es César Borja, el de Paisajes y Recuerdos y son de aquí sus Flores Tardías, entre las que valen, como las más invocadas, aquellas que reventaron en los ritmos fluidos y anticipadores de sus piedades, las que él mismo considera como las queridas del alba y de la noche, las de ceñirse al madero en brazos de oración, y las que, sobre la tierra tumbal, como el poeta lo quiso, tejen muelle tapiz sobre la hiedra lacia de verdinegro tul.

De Guayaquil Baquerizo Moreno, el poeta Presidente que en sus mocedades compusiera rimas, si no con las golondrinas de Becquer con el tendido vuelo del ala de las grivotas; el de la novela psicológica y los episodios de tierra adentro; aquel venerable Maestro de la prosa y la epistolografía. De Guayaquil Francisco Fálquez Ampuero, el poeta del Parnaso y el Simbolismo, algunas de cuyas estrofas tienen la flexibilidad de vuestras palmeras, por el ritmo mecido y lento, y en varios de cuyos poemas aletea el perfume capitoso de vuestras flores. De aquí Emilio Gallegos del Campo y tantos otros que deberían acudir a la convocatoria de este recuerdo, si no temiera dilatar estas palabras que obedecen al placer de estar entre vosotros y al honor de la invitación que se ha servido dispensarme este Consejo de la Poesía.

Desde la renovación modernista en la que actuaron valores como Pareja, Falconí Villagómez, Castillo, Egas, Silva, hasta los poetas recientes que alientan el espíritu vernáculo, la poesía gua-

yaquileña exaltó los más ricos materiales, si vale el término, que aquí tienen la exuberancia de floresta que habría de estimular al vuelo crinado de un nuevo Pegaso, o la excelencia jardinera que va a volver memorables estos nuevos Juegos Florales. Aquí, paseándose a las orillas del Malecón desierto, en horas de un amable post-romanticismo, en la víspera de esta dinámica de hoy, compuso sus Estampas Porteñas el melodioso Medardo Angel Silva. De aquí tomó su imagen de persianas entreabiertas, como de atisbo, y de vaporosos vestidos que ciñen esculturas femeniles, el poeta Pino de Icaza. Y en consecuencia y continuidad, Abel Romeo Castillo, completó su Nuevo Romancero Guayaquileño para dedicárselo, más que a personas, a señales guayaquileñas, de historia y emotividad que habrán de acompañar mañana a otras generaciones que, renueven o no la tradicional fiesta de los Juegos Florales, no han de perder jamás, por razones profundas, el gusto por la poesía: a los aljibes del cerro; a la isleta de frente a Durán; al corredor oscuro detrás de la Rotonda; a la voz de las campanas de la Catedral.

Aquí, acodado en el muelle, escribió Wenceslao Pareja el que al despertar su turba de ruisñores que se habían dormido o silenciado, como lo pensaba nuestro José de la Cuadra, volvió a su estela infinita o a ceder a la llamada de las penúltimas sirenas:

*"La voz del río es lenta, la voz del río es grave,
el Patriarca barbudo viejas historias sabe.
Hay en las vibraciones de sus rudos acentos
ecos de tempestades y rugidos de vientos
y voces de las nieves de los montes lejanos.
En las límpidas fuentes y en los negros pantanos,
el agua que fué nube y el agua que fué hielo
se dicen en secreto la nostalgia del cielo."*

Y aquí, para el floral conjunto de pétalos sedeños, dieron Dolores Sucre su gardenia heroica; María Piedad Castillo, al propio tiempo que su madrigal hogareño, su encendido y feliz Canto a Quito y Rosa Borja de Icaza sus Flores del Sendero, para la perdurable fiesta del corazón o los antidotos que logra contra el dolor la prosapia del espíritu.

LA RUTA DE LA POESIA

Cree Telmo N. Vaca, uno de los Jurados del Certamen de estos Juegos Florales, que se hace un regreso de la voz épica en varias de las composiciones que han sido laureadas por el Consejo en el que figuran Zaida Leti Castillo, alma elevada de mujer; Modesto Chávez Franco, a quien mucho deben las letras ecuatorianas; Aurelio Falconí, el renovador y el que después de las estrofas de alabastro de la primicia, se dió a los cantos de la inquietud contemporánea, Pino de Icaza. Tal eserto significa una voluntad que se continúe por rutas fecundas desde el comienzo, en las cuales no ha dejado de aparecer, a trechos, el descriptivismo que es la forma propia del epos y la altitud de sonos que no cedieron enteramente a la tendencia de la introspección ni se guardaron en la media voz de la confidencia.

Como Telmo Vaca, el poeta captador de la imagen ecuatorial, de las Voces de Bronce que gustaron sin embargo al tímpano de la alondra, de la épica montalvista y las numerosas Sinfonías de América, estimo también que la épica ha sido y será la ruta de la poesía y el pensamiento del porvenir, si han de ser leales con la tierra, la historia, el espíritu, el cráter y el torrente. Y pienso que la voz epicista, dadora de las formas que, como en insurgencia y heroísmo, reconquistaron los casi perdidos dominios de la belleza y la armonía, hubieron de nacer, como rindiéndose a la corriente de la historia, junto a los ríos ilustres que son como los inmortales poetas de cristal ligero de la imponente naturaleza ecuatoriana.

LOS POETAS TRIUNFADORES

Por lo que he podido conocer en estas horas porteñas, el canto laureado de Pablo Hannibal Vela, es una bienaventuranza para los poetas, dueños del mundo sideral, del pensamiento que es la luz humana y la armonía cósmica. De encumbrada entonación lírica, de verso vibrante, es un poema de sagrada venganza contra la grosera realidad social de nuestro siglo. Mejor será escucharle en

breve, porque de señalar sus aciertos, "repetiríamos el canto que arrancará la Flor Natural de las manos de la Reina que enciende con sus ojos que han crucificado al sol del trópico, otro fulgor en el pecho del poeta de "Arca Sonora", que puso por obra en "El Arbol que Canta" el milunanochesco milagro de los vegetales renuevos del existir y el gozo celeste de las tranquilas y profundas miradas interiores.....

Estas últimas bienaventuranzas, como de reposición y gloria, serán en los viajes infinitos que sólo alcanza la poesía, las primeras, y quizá con su metal clásico que funde también románticos prestigios, lleguen a presagiar el advenimiento de los nuevos tiempos.

Marí Corilé ha concurrido al cartamen con un romance dicho en habla antigua, en donde los octosilabos suenan a la plata goda y la frase resucita la edad del castellano cuando comenzaba a lucir su toga viril a la postre de los esfuerzos formativos del Rey Sabio. Fálquez Ampuero, como si encontrase de nuevo los sonos autóctonos de sus rondeles indígenas, pero con esa su misma armonía adiestrada en feliz rotundidad parnásica, ha triunfado con su poema "De la Selva a la Feria", por más que sea también amablemente verdadera y se haya dado en nuestras ciudades y ejercitándose por nosotros mismos, esa actitud de revuelo de cigarra lírica sobre el duro contorno social que los poetas no pudieron rehacer, por más que lo comprendiesen como nobles emisarios de la sensibilidad humana.

Juegos Florales en los que, viniéndose los poetas desde diversas actitudes, han realizado un pequeño milagro de continuidad y relación, en el cual precisa reparar, sustituyendo la posible explicativa de su coincidencia, por un razonamiento más afín y conforme con la naturaleza integral de la Patria que hay que defender en sus colores enteros. Ved si no como María Cordero León canta a tres héroes guayaquileños, Rocafuerte, Olmedo y Ximena, con la advocación de los nuevos libertadores, y mientras Luis Cordero Crespo, en su "Amor y Absintio" nos ofrece toques magistrales entre lo lírico y lo épico, en donde la dualidad de ese gran agonista que fué Bolívar lucha entre la diana ronca de la Muerte y la certeza infinitesimal de una gloria de relativo disfrute y de realidad

mordiente por el tributo que se la paga en la vida. Fálquez apunta la costumbre de la selva y el tono de la feria, y los poetas de bozo adolescente, según los ángulos desde los que se pongan a mirar la existencia, extrañan o impulsan a los penúltimos libertadores.....

Pero en el conjunto de estos Juegos Florales a los que nos place llamar afortunados, si por la concurrencia numerosa de poetas que desdice de la fenicia afirmación acerca del ocaso de la poesía, si por el realce singular que le prestan las mujeres guayaquileñas, bastante para que salga en triunfo la vieja pero eterna rima del sevillano acerca de la vigencia de la poesía, mientras exista una mujer hermosa, pese al destierro o al exilio voluntario de los poetas, cuando se dió el imperio de los triviales destinos, hay el afán auténtico de la Patria que se busca o se relieva; la inquietud que ha de arrancar aún de la misma frase que pareciera negativista o del golpe del pedernal otra vez encontrado y que fué, no obstante la dureza del frote, la primera fábrica humana de la estrella.

Poetas nuevos, como César Espíndola Pino, han golpeado en las puertas solemnes de la filosofía, para decirnos de la eternidad del dolor en la vida del hombre, porque hay muchas centurias de tristeza en la sangre que corre; poetas como Hugo Mayo, el del audaz sentido nuevo, han regresado con su movimiento rítmico que entrapa al sol y desorienta al observante aristotélico; y, al lado de poetas como Hugo Alemán Fierro, que velara la lámpara de su motivo romántico para acercarse a la parábola de nuestro tiempo de contradicción y lucha, han llegado también poetas de recién nacida armonía, como Miguel Augusto Egas y César Dávila Andrade, con su Parábola del Imposible Encuentro, que signan en Guayaquil un auténtico certificado de poetas de brillante porvenir, ya que Guayaquil fué en los movimientos cívicos, heroicos y espirituales del Ecuador, como la pila bautismal para la surgencia de héroes y cantores, como Rocafuerte y Olmedo, Borja Lavayen y Numa Pompilio Llona, de los laureles siempre frescos e inmortales.

LAS BIENAVENTURANZAS

Para todos ellos hubiéramos querido encayar algo que se pareciese a las Bienaventuranzas que concede a los poetas uno ciertamente digno de merecerlas. Que más, para el pavés de sus espíritus y para la gracia de lograr, que sus nombres resuenen en esta noche constelada, y se alcen, como en sílabas de encanto, en los labios dispensadores de estas bellas musas de la ciudad, en donde la señal de la Rotonda estará curvándose siempre como para la invitación generosa del abrazo.....? Bien sabéis vosotros, porque las habéis cultivado, que las generaciones del laurel aquí no fueron escasas ni difíciles; que la plateada anchura de vuestra ría supo llevar hacia los ámbitos que consagran, a los nombres ecuatorianos que alcanzaron contorno de universalía, como para compensarlos de su tarde sedentaria o del amargor con el cual les agasaja a la inversa el banquete tornadizo de la política o la incomprensión de los contemporáneos.

Bien sabéis..... Pero la Reina de estos Juegos Florales, animados por don Sixto Vélez, con una voluntad por las cosas bellas, con un indeclinable afán por la cultura de Guayaquil hacia cuyos atributos se rinden hoy nuestros aplausos, sonríe a los poetas, como para señalarles una bienaventurada ruta, cuyo encanto reside en el ancla de oro que aquí busque amorosamente la perla del llanto oceánico en la que siempre se cuajó la fatiga salada de la gloria.

A U G U S T O A R I A S

Páginas leídas como Mantenedor de los Juegos Florales Octubrinos, promovidos por la Revista "Vida Porteña" y realizados en la ciudad de Guayaquil, en octubre 25 de mil novecientos cuarenta y seis.

EL MAGISTERIO DE LAS LETRAS

Prodigar el título de Maestro, sin tiento ni concierto, al primer borroneador de cuartillas que aparece por allí, indicio es de no poca simplicidad y síntoma cierto, en quien lo hace, de ignorancia invencible en lo tocante al exacto significado de los vocablos. Porque Maestro es el que enseña, con autoridad para hacerlo; es el más eminente, el que ha fundado escuelas literarias, o señalado nuevos rumbos artísticos, o producido obras capitales de la inteligencia. Un gacetillero del montón, no puede aspirar a ese título, como no puede ufanarse con el de jurisconsulto cualquier rábula o cagatintas de tres al cuarto, por mucho que la adulación de los paniaguados suyos le haga presumir de sí mismo más de la cuenta. Maese Pedro, el titiretero, no es maestro de las letras, bien que lo será de las fullerías. Monsieur Caboche, el verdugo de París, tampoco es maestro de las letras, bien que los franceses lo designen con el mote de maestro de las altas obras, por ser propio de él ejecutar su triste oficio en el patíbulo, erigido cinco palmos sobre el suelo. Un gramófono improvisado, estúpida nulidad, al servicio de caciquillos de aldea, tampoco puede merecer ese honroso título, bien que así lo proclame la estulticia tadeil de los borregos que le hacen coro, porque no pasará de ser maestro de atar escobas o, a lo sumo maestro Ciruela, que no sabe leer y pone escuela.

¿Qué magisterio puede ser el de ese cuyo único oficio consiste en acreditarse como mísero discípulo de Pasquino? ¿El de un espía miserable que se regodea hasta el hartazgo a la mesa de sus benefactores, se hace depositario de la confianza de estos y sale luego a traicionarlos, propalando en tabernas y periodicuchos, con

hipócrita puritanismo, falsas escenas de Pantagruel o de Trimalción? ¿Qué magisterio será el del cubiculario indecente, que ha menester andar a caza de secretos de alcoba para adobar con ellos la insulsez de sus horroreaduras? ¿El de un traidor, contumaz en la negación de la patria, que necesita renegar de ella en todas las fronteras, en procura de postores para fletar su péñola de ganso? ¿Podrá ser Maestro de las letras el que nunca supo de las vigili-
lias con los libros? ¿El simulador de cultura, timada en revistillas de tres al cuarto? ¿Y bastará que lo proclame de ese modo la primera Dueña Dolorida que aparezca por allí, para que cualquier quídam quede unguado con semejante título?

Más respetuosos los antiguos que los de hoy de los méritos de la inteligencia y de los fueros del idioma, reservaron el título de Maestro para quien de veras ostentaba, con esplendor inconfundible, las características de eminencia en las artes, en las letras, en la filosofía. Sócrates, dejando fluir de sus labios, en raudales de elocuencia, las más hermosas palabras que oyó jamás el mundo antiguo; enseñando a buscar el camino más recto para llegar sin tropiezo al conocimiento de la propia alma, sabiduría suprema de cada cual, es Maestro. ¿Y qué Maestro! Maestro le llaman, una y otra vez, Platón y Jenofonte, en sus "Banquetes". ¿No había de serlo quien inspiró al fundador de la Academia la divina "Apología"? Este, a su vez, discípulo de tan gran Maestro, lo fué a su turno en grado superlativo. ¿No había de serlo quien hizo del jardín de Academo uno a modo de indeficiente luminar del pensamiento humano? ¿Quién compuso "La República", "El Critón", "El Fedón", "El Timeo"? ¿Y Aristóteles? No en vano había tenido como Maestro suyo a Platón: "¡Maestro! ¡Maestro!", lo llama en su "Moral a Nicómoco", y desborda de entusiasmo en los elogios a aquel, bien que sentando el sabio principio de que ha de ser el discípulo amigo del Maestro, pero más amigo aún de la verdad. El Estagirita, levantando cátedra de filosofía, mañana y tarde, en los jardines del Liceo, escribiendo para la posteridad la "Retórica", la "Poética", la "Física", la "Moral", la "Política", es Maestro, y de los más insignes.

Mingo Revulgo, el de las "Coplas" glosadas por Fernando del Pulgar, no es Maestro. No lo son sus imitadores, quienes pretenden

hacer cátedra de cultura desde el rincón de los monos, en los periódicos. Maestro es el autor de "La Eneida". Cuando Dante Alighieri, camino del infierno, sobrecogido de pavor, se encuentra con Virgilio, no vacila en proclamarlo su Maestro, su señor, su guía:

"¡Tu duca, tu signore, tu Maestro!"

Mevio, Bavio, Zoilo, no son Maestros. No lo son Ginés de Pasamonte, don Gil, don Tadeo, entes repugnantes como ridículos, a quienes les vendría en mucho una plaza de pinches de cocina en le Zocodover de Toledo o en el Azoguejo de Segovia. Maestro es Cervantes: por boca de Alonso Quijano ha cerca de cuatro siglos que está aleccionando al mundo, dándoles a entender a los hombres en qué consiste la belleza, la gracia, el ingenio, cuál es el código del honor, cuál el de la gentileza, cuál el del señorío. Montalvo, en su viaje por las regiones de la lengua de castilla, tomólo por guía y Maestro, diputándolo tal, con manifiesto acatamiento.

Bernadito Pérez Mínguez, el triste difamador de Menéndez Pelayo, no es Maestro; envidia, pequeñez, torpe osadía, grande ignorancia son características de sus enseñanzas. Maestro es el autor de la "Historia de las Ideas Estéticas", el apologista de la "Ciencia Española", el erudito incomparable de los "Orígenes de la Novela".

Hubo en una ilustre ciudad española, a mediados del siglo XVI, un fraile sabio y discreto, que honraba con sus doctísimas enseñanzas las cátedras de altos estudios de la Universidad salmantina. Poeta, teólogo, filósofo, escriturario insigne, hombre bueno, además, modesto y sencillo, despertó la envidia de ciertos compañeros suyos y la mal aconsejada ingratitud de unos cuantos granujas, que mucho debían a las lecciones de aquel. Delatado y acusado al sombrío tribunal de la Inquisición, por haber tratado en público cuestiones referentes a la autenticidad de la vulgata y por haber traducido a lengua romance el "Cantar de los Cantares", fué inicuamente preso, y atormentado en la cárcel por luengos años. Mientras sus enemigos se ensañaban en tal ilustre varón, éste escribió "De los Nombres de Cristo", tradujo a Horacio, compuso "La Perfecta Casada" y otras inmortales. Fray Luis de León

es Maestro, y de los más preclaros. León de Castro, su malhechor y los frailes que hacían coro al inicuo, no tienen otro magisterio que el de la infamia.

Bartolomé de Las Casas, el grande Obispo de Chiapas, defendiendo a brazo partido a los aborígenes de América con su "Historia de las Indias", su "Historia Apologetica" y su "Brevisima Relación", encarándose a los encomenderos y al monarca mismo, a quienes enrostra su rapacidad y su codicia, disputando en público con sus opositores y vencéndolos, animando con su valor y su elocuencia humanitarias campañas, es Maestro. Vargas Machuca, su contradictor, es un simple fanático, y el clérigo Sepúlveda, su enemigo, no podrá aspirar jamás al título de ese sabio filántropo.

William Shakespeare, creando esos tesoros de ensueño, de poesía, de belleza que son sus tragedias, dramas y comedias, es Maestro por excelencia. El covachuelista Tomás Lucy, que lo llevó a la cárcel, el pobre Green, que pretendió en vano roerle al genio los zancajos, son tristes filisteos, que vivirán para siempre expuestos a la vergüenza universal.

Diderot, trazando nuevos rumbos a la crítica, abriéndole vastas perspectivas y señalándole no sospechadas modalidades, es Maestro. Los cretinos que en papeluchos indecentes le echaban en cara sus propensiones de exquisito *gourmet*, sus debilidades por las mujeres, son tadeiles escarabajos, de quienes las gentes sólo se acuerdan para reírse de ellos.

Salustio, Tácito, Tito Livio, Herodoto, Tucídides, Flavio Juliano, son Maestros: desde la vasta cátedra de la historia, están enseñando al mundo altas lecciones de moral. Maestro es San Agustín, Maestro Quintiliano, Maestro Quinto Curcio.

Miguel Servet dando a entender a los sabios sus descubrimientos y trabajos fisiológicos, escribiendo para la posteridad "De Trinitatis erroribus", "Tolomeo", etc., es Maestro. El cocinero Nicolás de La Fontaine, su acusador y el fraile Calvino, que hablaba por boca del testafarro, jamás podrán aspirar a título tan eminente. Giordano Bruno, el autor de los diálogos "De la Causa, Principio y Uno", es Maestro; los que encendieron la hoguera de su martirio no son sino ministriles de la muerte.

Nietzsche, Tolstoy, Baudelaire, Wagner, Verlaine, Ibsen, son Maestros: su divina inspiración es el encanto del mundo, la belleza que crearon es el norte del arte moderno: Max Nordau, su difamador, es maestro de imposturas, y, analizado a la luz de sus propias teorías, uno como personaje poseído por la locura de Eróstrato.

Oscar Wilde, autor de "La Balada de la Cárcel de Reading", es Maestro. Quienes hostilizaron al genial esteta, son simplemente los filisteos, los tadeos de su tiempo, síntesis repugnante de la imbecilidad humana.

Andrés Bello, redactando el Código Civil Chileno difundiendo por el mundo de habla castellana las modernas teorías del Derecho Internacional, enseñando los secretos de la lengua española, profundizando en los orígenes de la Crónica de Turpin y del Poema del Cid, puesto por Menéndez Pelayo par a par con Wolf y Milá y Fontanals, es Maestro. José Domingo Díaz, el gacetillero caraqueño que pretendió tiznar la honra de aquél, al imputarle un cargo tan falso como horrendo, quedase simplemente como precursor de la trailla de sicofantes ineptos que en muchos lugares infortunados se organizan en pandilla, a la sombra de periodicuchos despreciables.

Rufino José Cuervo, erigiendo en su "Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana" el más alto monumento de filología hispánica, levantado por sabio alguno en el siglo XIX; objeto de distinciones honrosísimas por parte del gobierno francés, de la Universidad de Berlín, de los hombres más insignes de su tiempo, es Maestro. El Padre Juan Mir y Noguera, su detractor, no podrá aspirar, pésele a su erudición, a otro título que el de ser un desaforado panegirista de libros escritos por eclesiásticos y ultramontanos, en oposición a los compuestos por laicos y liberales.

Concepto harto más razonable que el de hogañero era el que antaño se tenía del alcance y significado de la palabra Maestro. La Biblia reserva este título para Cristo, a quien lo aplica más de cuarenta veces.

En las "Siete Partidas", se exalta y magnifica ese título por modo admirable. La Ley séptima del título trigésimo tercero de la setena partida, al hablar de la interpretación que darse debe a ciertas palabras, expresa que "maestros son dichos aquellos a

quienes señaladamente pertenece la guarda et la tenencia de las cosas sobre que son puestos: et son dichos maestros porque muestran saberes o cabdiellan caballeria.....". Y en la Ley octava, del título trigésimo primero de la segunda Partida, se enumeran con la debida prolijidad los honores a que los Maestros tienen derecho, entre otros, el de poder ostentar título de Condes, tener siempre abiertas y francas las puertas de reyes y príncipes, ser recibidos de pies por los magistrados, estar exentos de pechos, impuestos y alcabalas, ser objeto, en suma, del respeto de todos.

Reservado a los oráculos de poesía, de elocuencia y de ciencias teológicas, y superior al *magister artium* de las grandes universidades dice Suárez, en "El sueño del 7 de Marzo", que es el título de Maestro, y Marco Aurelio, en sus "Pensamientos", expresa que tiene como merced singular de los dioses el haber tenido para sí y para sus hijos maestros dignos de tan alto nombre.

Hay que recibir con risa, pues, la necia pretensión de aquellos que quieren magnificar con título tan noble al primer garrapateador advenedizo que se les antoja. Esos tales no saben, con Rochefoucauld, que hay algo que abruma más que la infamia, y es el ridículo.

MONTALVO EN AMERICA

Conferencia sustentada por el escritor brasileño Silvio Julio en el Salón de Actos del Grupo América, el 16 de Abril de 1946.

(Versión taquigráfica de Eloisa de La Mota).

Señor Presidente, mis compañeros, señoras, señores:

Esta va a ser la segunda vez en mi vida que pierdo el juicio. La primera fué en Caracas, en 1938, cuando me animé a hablar de Bolívar, en castellano, de improviso, delante de los miembros de la Academia de la Historia, de la Sociedad Bolivariana y del Presidente López, autor de una obra bastante buena sobre el Libertador. Ahora voy a repetir el acceso de locura; voy a hablar de nuestro Montalvo a los ecuatorianos.

Cón su intelectualidad profunda, el Profesor Isaac J. Barrera ha dicho exactamente, al presentarme a vosotros, lo que yo iba a decir, ya que para juzgar a Montalvo, a Hostos, a Rodó, a Martí, a Olmedo, a Cervantes, hay más de una manera.

Montalvo para el Ecuador tiene que ser, y es, un genio nacional; y así, la manera de verlo de este pueblo ha de diferir en ciertas cosas de la manera como lo vemos en esta América, sobre todo nosotros los brasileños. Montalvo ha sido estudiado maravillosamente por los críticos que lo son de verdad, y no hay uno sólo que no reconozca que es de la galería de los grandes del mundo y de América, uno de los tres mayores del idioma castellano. Yo, en el

Brasil, lamentando que no se conociera perfectamente la obra de Montalvo, escribí un ensayo estético que lo mira, no como al político, sino como al estilista, al hombre que conoció admirablemente el español y que ha traído, no solamente a la lengua, sino a toda la raza ibérica, un fuerte sentido, una manera nueva de vivir dignamente más educativa, más noble. Eso es Montalvo sobre todo: una enorme personalidad. No importa que en su lenguaje haya cosas que discutir. Lo que debemos sobre todo marcar es el carácter, la mentalidad de este inconfundible prosador que no tiene superior en ninguna lengua del mundo.

Montalvo, claro que nos da a primera vista la impresión de que fué un constante, áspero polemista; pero no tuvo culpa de serlo: la culpa fué de su tiempo. Cuando la patria de uno sufre tiranías; cuando hay en ella injusticias, violencias, los verdaderos escritores tienen el deber de hacer que su pluma sea una espada dirigida al corazón del tirano. Si la Argentina tenía al monstruo Rosas, ¿cuál de sus intelectuales lo soportaba? ¿Sarmiento, Gutiérrez, Alberdi, Mitre, Mármol... ¡Ninguno! Allí estuvieron con el arma en la mano, con la pluma en ristre todos los grandes escritores, combatiendo a Rosas. Son hoy los totalitarios los que quieren levantar esa horrible figura al nivel de la de San Martín, y eso es un insulto al pueblo argentino. El pueblo lucha por su libertad; hay sufrimiento real en el pueblo; y los escritores que combaten son los que quedan; en la misma Argentina tenemos el ejemplo de Sarmiento, Alberdi, Mármol, etc. Sarmiento escribió muchas obras, artículos largos, discursos impetuosos, pero frente a la posteridad lo representa "El Facundo", terrible libro contra Rosas y los rosistas. Mármol, un poeta de segundo plano, que no era un Heredia, ni un Bello, ni un Olmedo, ha conquistado la eternidad, se ha immortalizado por haber escrito un inspirado ataque contra Rosas, y esa poesía, a pesar de sus defectos, es una poesía argentina, cívica que vive, que nunca muere.

En todas partes, lo mismo. Donde hay tiranía, debe haber hombres valientes y decididos para combatirla. Venezuela la indomable, es otra prueba evidente. Todos los literatos de Venezuela, durante las tiranías que la dominaron, hasta la del señor Juan Vicente Gómez, no han hecho otra cosa que literatura valiente, condi-

cionada a ese fenómeno. Por eso los escritores, cuentistas y novelistas de esa época son combativos. Los modernistas quieren ahora reprobear a Miguel Eduardo Pardo, a Rufino Blanco Fombona, a José Rafael Pocoterra, sus novelas, sus cuentos llenos de política, de la vida de Venezuela. Es que ellos, muchachos felices, no saben lo que son las cárceles del despotismo, las persecuciones ni el exilio y no tienen derecho a reprobear a esos hombres que han padecido por la libertad del pueblo venezolano.

Cuando Montalvo vivió, el Ecuador no era libre. Era un país despotizado. ¿Existió o no tiranía? Si existió, Montalvo estaba en el derecho de atacarla. Claro que ha ofendido a familias y partidos, grupos e intereses, pero ¿cómo se puede pelear sin ofender al adversario? Eso que dijo Unamuno, que Montalvo era el mejor insultador, se explica por la situación moral de Unamuno y en nada le disminuye a Montalvo. En qué lengua del mundo no existen insultadores geniales? En la lengua portuguesa hay momentos en que no se puede evitar el surgimiento de grandes bultos, que son sobre todo polemistas. Uno de ellos, Camilo Castelo Branes, ha dicho cosas crueles, pero maravillosas. En el Brasil, Rui Barbosa, apóstol y educador político, tiene un folleto espantoso que se llama "A Salgahada". Es que en la realidad no se puede evitar que un polemista insulte. Lo que vale es saber si ese insulto está envuelto en un estilo propio, literario. No se si será Montalvo el príncipe de los insultadores, pero se que sabe insultar. En realidad: él sabe atacar como nadie, estéticamente. Cuando el ataque se produce sin forma polémica, no es bonito, no es elegante, ese insulto se vuelve calumnia, mala, baja calumnia, y entonces no vale nada. Hay por tanto la necesidad de tener arte y estilo, y esa es la primera cualidad de Montalvo. Nunca en su vida ha dejado de ser el artista, el estilista supremo de su tiempo en la lengua castellana. De esta verdad, muchos deducen cosas contrarias. La primera es que es rebuscado, artificioso. Puede parecer que esto es cierto, pero no lo es, porque los hombres que estudian, piensan, vuelan, adquieren un lenguaje propio, diferente de los otros y que en ellos se hace natural. Aquello que en nosotros es artificioso, en ellos es simple y espontáneo. Cruz y Souza, en el Brasil, Baudelaire, en Francia, deben ser admirados; más su manera es inimitable, singular.

El caso de Montalvo es éste: él conoció mucho el castellano y tuvo fanatismo por la belleza y el ritmo del lenguaje. Por eso sus biógrafos dicen que Montalvo hablaba solamente con reglas y palabras seleccionadas. Qué culpa tendría este hombre de ser así? ¡El, que tenía reglas para todo! Para vivir. Para morir. Lo que nos domina únicamente es este estilo tan cuidado, como la vida misma de Montalvo en su intimidad, a todos los momentos.

Lo que importa a la literatura es preguntar de dónde salió este estilo, cómo vino este estilo. Y ahí Montalvo es nuevamente víctima de una mala interpretación. A pesar de la opinión de los otros, voy a decir: toda la gente procura hacer paralelo con el autor del Quijote por ese libro eterno que escribió Montalvo. Los "Capítulos que se le Olvidaron a Cervantes". Eso no tiene sentido, porque muchas veces nosotros admiramos a individuos que no poseen nuestra manera de ser. Yo, como escritor de la lengua portuguesa, prefiero a los autores con los que no tengo nada de parecido: Machado de Assis, Eça de Queiroz.

Estudiando su estilo, se ve que Montalvo conoció todos los clásicos, pero si hay una posibilidad de paralelo, este sería con Quevedo y no con Cervantes, por la misma naturaleza de su obra. Quevedo y Montalvo: ambos eran agresivos y combativos y ambos tienen la preocupación de la palabra. En Cervantes no hay esa preocupación, porque da la impresión de que habla en el lenguaje familiar de su tiempo. Quevedo ya es más refinado y pulido, conceptista y raro, y eso se ve más en Montalvo. Y no sólo eso: Quevedo y Montalvo tienen la obsesión de lo nuevo; son neológicos; les gusta crear palabras compuestas. Pienso, si Dios me lo permite, hacer una relación, una lista de voces compuestas y originales por Quevedo y Montalvo. Los dos son los mayores creadores de neologismos en la lengua castellana. Buenos neologismos.

También se podría pensar en Gracián, pero su influjo es mayor sobre Martí, técnicamente, que sobre Montalvo. El estilo de Martí es producto de una larga, inquieta asimilación; su estilo es su vida agitada, su carácter. No hay posibilidad de pensar que hubo en Montalvo dificultad para escribir de la manera que escribió. Lo mismo que Genesio, Gracián y otros maestros. Además del estilo y la riqueza de vocabulario, de la sintaxis rica, hay el espíritu de Montalvo.

vo, y entonces se ve perfectamente que lo que da fuerza a ese estilo es su personalidad vibrante, poderosa.

Era hombre que no tenía miedo ni ambición de nada; no quiso nunca ser propuesto para la Presidencia de la República, no quiso ser Senador ni Embajador, y fué un ciudadano en el buen sentido de la palabra; un republicano libre que combatió por patriotismo y no por ventajas. Este desinterés, este romanticismo permanente, es su característica principal. Y debo hacer otra vez una referencia al caso de Cervantes. Por la definitiva obra "Capítulos que se le Olvidaron a Cervantes". Todos los críticos empiezan a procurar un paralelo que no existe en nada. El paralelo que existe, es entre Montalvo y Don Quijote de la Mancha; no entre Cervantes, escritor, y Montalvo, literato, Montalvo fué un Don Quijote, y él gustaba de decirlo y lo decía en todas partes. La lucha era natural en él; no tenía la culpa de ser encarnación del héroe manchego.

Su vida tenía que ver con ese romanticismo enorme y por eso jamás ha comprendido el realismo. En un escritor ponderado, frío, sería un crimen no comprender la nueva literatura de Flaubert y Zola; pero Montalvo realista, sería un espíritu completamente opuesto al verdadero Montalvo. Su romanticismo es una calidad. Montalvo es entre todos los escritores de América el primer romántico, en el buen y noble sentido de la palabra; el individuo que pone toda su vida en su estilo; que no tiene vergüenza de ser como es; que no siente las cosas materiales y pequeñas. La literatura realista le causa asco y la combate, y lo dice sin miedo.

"Las Catilinarias", por ejemplo, son una obra de don Quijote. Obra de apóstol. La verdad es que en *Las Catilinarias* hay una manera de ser que es todo: la convicción de que estaba realizando obra para el progreso y engrandecimiento del Ecuador. No le preocupaba lo que decía la gente; él continuaba atacando con una fuerza indomable. América ve que en el Ecuador había una situación que llevaba a los grandes maestros a tener su pluma en combate. La tragedia de la libertad en lucha con el despotismo. En el Ecuador vemos a Espejo y luego a Montalvo, que es un Espejo modernizado, más alto. Montalvo escribió para toda América, para toda la raza ibérica y siempre habla de una manera superior. Combate partidos, ataca personas; pero nunca de una manera tal que parezca que

estaba llevado por un interés personal; eso no. Siempre habló como americano. Estaba convencido de que el Ecuador era América y que con él debía ir para adelante y para arriba. Su pluma no le pertenecía; se la debía a su patria y a su raza, y a su lengua.

Algunos ensayos y artículos educativos, y especialmente los "Capítulos que se le Olvidaron a Cervantes" y los "Siete Tratados", revelan que Montalvo quiso haber construido una obra severa, pura, serena, si lo hubiera podido. La agitación de su vida no le consintió. Montalvo tuvo la infelicidad de vivir en un tiempo de congestión tremenda; no pudo tener una existencia tranquila; pero, sin embargo, comparándolo con los autores de la misma fibra, de América, vemos que fué el único que tuvo la energía de hacer algo que no era de violencia. Es Montalvo un moralista que jamás olvida el arte.

La vida más parecida a la de Montalvo, es la de Martí, que luchó toda la existencia. Su temperamento era muy semejante al de Montalvo, por el ansia constante de defender el derecho. Pero Martí era más dulce y asegado; más poeta; Montalvo, más reconcentrado y más profundo. Martí no pudo escribir buenas novelas ni obras magistrales para teatro. Lo que queda de Martí son discursos, panfletos, y algunos versos inmortales, y sube a la altura por la naturaleza de su originalidad, por la forma. Martí es elíptico y a veces confuso, más personal, libre de escuela; porque no tenía tiempo de meditar. Fué perseguido y murió en un combate, en que había tomado parte por exceso de romanticismo y valentía. ¡Poeta siempre! Montalvo también fué perseguido. Con un gran temperamento artístico, temperamento de prosista, tuvo tiempo de hacer los "Siete Tratados" y los "Capítulos que se le Olvidaron a Cervantes". Estas obras, las dos juntas, prueban la personalidad estética de Montalvo, nos revelan su capacidad literaria. Sarmiento llegó a ser inmenso por defensor de la educación del pueblo y por su obra periodística. Alberdi, jurisconsulto muy combativo, ha hecho obras notables de Sociología y Economía. Pero, ¿dónde están sus puras obras de estética? Gutiérrez, argentino, es sereno, erudito, y sería un fracaso en las cosas de ficción. No hubo casi hombre que combatió, que se sintiera al mismo tiempo con energías suficientes para sentarse en una mesa y realizar una obra

de puro pensamiento. Si dejamos a Montalvo como polemista, como político, aún queda de pie por esas dos grandes obras, obras magistrales: "Los Siete Tratados" y "Los Capítulos que se le Olvidaron a Cervantes". Todos los autores que giran al rededor de la mayor novela del mundo, "El Quijote", son hombres que imitan, otros que interpretan, otros que son continuadores. Todos son legítimos. Pero a pesar de que Montalvo dijo que era un imitador, no lo es: es un verdadero continuador. El libro de Montalvo es un libro vivo, no un reflejo; y en este libro hay alusiones claras y violentas de la vida del Ecuador. Lo que se puede discutir acerca de esta obra, es hasta dónde es o puede ser novela; o entonces, qué es esta obra, porque es muy personal y diferente de todas; obra que tiene mucho de novela y mucho que no. Así ha quedado y quedará en América. Si los "Capítulos que se le Olvidaron a Cervantes" no fueran una obra maestra, por qué todos los pueblos de América están leyéndola y reeditándola. En todas partes, en México, en la Argentina, en España, en Francia, en el Brasil, se hacen nuevas ediciones, se la lee, se la traduce.

Los que empiezan a discutir cosas secundarias, dicen que no consiguen leer a Montalvo, porque les parece una literatura académica, dura, muerta; pero la verdad es que esos individuos deben ponerse frente a un espejo y preguntar: "Cuál es el infeliz: Montalvo o yo?" El espejo sonreirá, porque la verdad es que, para no sentir y comprender la literatura de Montalvo, se necesita que el individuo no tenga capacidad de vida, no sepa luchar, ni comprender la literatura. Y Montalvo imposible? Montalvo no lo es; es que a todas las personas que escriben bien, en todas las lenguas les dicen los modernistas, los que vienen después, que son académicos. Es lo mismo que en política, cuando se dice reaccionario a un individuo de quien no se tiene nada más que decir.

Cuando se leen los "Capítulos que se le Olvidaron a Cervantes" y los "Siete Tratados", una persona que no tiene preocupación de escuela, encuentra que no se parecen a nada. Tiene, naturalmente, de clásico. Pero todo está tan bien dispuesto y es tan natural, que no es posible pensar que Montalvo vivió siempre con una obra de Cervantes, de Gracián o de Luis de Granada a la vista.

Otra obra notable, americana, imperecedera, los "Siete Tratados", revela que Montalvo era un gran pensador y un gran moralista. Sería un filósofo auténtico si tuviera tiempo y serenidad, y eso no tuvo, y por eso procuró la parte más activa de la Filosofía, que es la Moral.

A Montalvo también se le ha comparado con Montaigne. Montaigne era escéptico, y no es posible que sean iguales, aunque algunos lo han dicho. Montalvo ha hecho lo que modernamente llamamos *Ensayo* y que él llamó —a lo Gracián— *Tratado*. Ensayo o tratado, lo que hizo Montalvo es obra de un prosador y moralista profundo. Como era hombre exilado, leía mucho y tenía tiempo de exponer y exteriorizar lo que sabía. A veces pone en su prosa una cantidad inmensa de referencias y anécdotas, lo que da un carácter nuevo y original a su prosa. Con los "Siete Tratados" y la "Geometría Moral", que es otro Tratado, Montalvo queda al lado de los pocos y buenos ensayistas, no sólo de América, sino de la lengua española y de todo su tiempo, desde el siglo XIX hasta ahora.

Tenemos también el caso de Rodó, que es el máximo intérprete de la obra de Montalvo, que se le considera el príncipe de los ensayistas de América. Su rumbo es absolutamente opuesto y diferente. Rodó no estuvo en el campo de batalla, en el polvo, y miraba las cosas como un pensador, como una persona que no tiene interés directo en la pelea. Sus ensayos, aunque bellos, felices y serenos, son los de un profesor que critica con sinceridad, pero que no lo hace con pasión. Para los nuevos, Rodó a veces fatiga por su exceso de pensamiento, elevadas ideas de ponderación. El tratado de Montalvo es combativo; hace algo que vive y es una crítica directa. Montalvo hace prosa de soldado de la justicia. Por eso es curioso que el ensaya más, leído siempre por todos los americanos, es aquel donde habla de la figura incomparable de Bolívar, porque el espíritu de Bolívar está vivo en nuestras almas. Si no hubiera escrito nada más, ya sería el príncipe de los ensayistas de América, teniendo sólo como rival a Rodó. Esto es lo que enorgullece a los americanos cuando sabemos y queremos ver su obra.

Dijimos que Montalvo queda como el gran maestro moralista

de todos los pueblos de América y modelo del lenguaje mayor.

Montalvo existe y existirá y así quedará en la galería de los cultos del pensamiento americano. Todos los pueblos de América tienen legítimos héroes militares, políticos e intelectuales. Algunos aumentan o inventan a ciertos héroes, de manera que cuando una persona estudia imparcialmente lo que se dice en otras naciones, no encuentra esa grandeza. Pero hay figuras, hay genios que resisten siempre toda crítica. Esos genios se llaman Euclides da Cunha, Rodó, Darío, Bolívar, Hostos, Montalvo. Esos son los héroes que interesan a todas las naciones, y de esta visión conjunta es que va a empezar a nacer el instinto americano de solidaridad.

A todos nos interesa el escritor, el pensador, el héroe auténtico, que no sea una figura de partido, ni la consecuencia de una opinión familiar ni nacional. Y entonces Montalvo tendrá una doble representación: en primer lugar será para la humanidad futura el representante del Ecuador, de la intelectualidad ecuatoriana, del alma ecuatoriana; y al mismo tiempo para todos nosotros, brasileños, mexicanos, argentinos, cubanos, etc., Montalvo será aquel que al lado de Bolívar representa el pensamiento americano, la fe en América, el uno con la espada y el otro con la pluma.

Para el Ecuador, firme, altísimo, indestructible, Montalvo será una montaña: el Chimborazo. Para las Américas, un río que corre y fecunda, uniendo patrias: el Amazonas, agua continental.

EL HOMBRE DE LA ARMADURA

Especial para la Revista "América"

Al cantar de las aves del amanecer y cuando sonaron las campanas de voces más delgadas, el maestro alarife Juan de la Escollera, salió desde un pozo de humo, en donde había estado asfixiándose durante el sueño. Acababa de desvanecerse un sueño raro y hasta cierto punto doloroso: vió entre las sombras, insistentemente, la presencia de un alto caballero, con yelmo dorado, con una esplendente cota de mallas como no había visto otra antes, armado de una lanza y de una espada que tenía la forma de una cruz. Junto a ese caballero vió el cadáver de su hijo mayor, de su hijo Luis, que aparecía con los ojos cosidos con líneas negras y su rostro se había cubierto de un matiz cerúleo.

"Seguramente algún caballero irá a quitarme este hijo, quizá a matarlo, tal vez a llevarlo a otras regiones, tomándolo para su servicio", pensó el alarife. Por algunos momentos el temor ahogó su corazón, pero luego se imaginó que esa visión no era en definitiva sino una pesadilla y como las pesadillas se producen cuando no se reza con devoción, Juan se dirigió a la catedral para pedir á Dios que le evite cualquier desgracia. Además, él podía permitirse solicitar a la Providencia cualquier favor, puesto que era uno de los maestros en la construcción de la catedral y todavía corría a su cargo la colocación de unas colosales quimeras en lo alto del edificio. Los escultores las habían dado forma, uniendo elementos fantásticos —dragones y serpientes—; pero la colocación de tales estatuas y la de los florones de las torres, era asunto suyo. La Providencia le había ayudado para saltar de simple cantero que

sacaba bloques para la escollera, para luchar contra las arremetidas del mar, a maestro de arquitectura en una ciudad importante, al servicio de los grandes propósitos de las comunidades religiosas. Sus manos colocaron esa cruz airosa, alondra de los ángeles, que se destacaba como una saeta en medio del bosque de la catedral.

En misa del alba, el predicador dijo en su sermón que el fin del mundo estaba cerca. Que según las verdades de la Biblia sólo faltaban diez años para que las pequeñas glorias humanas se desvanecieran, para que los ricos perdieran sus riquezas y los cuerpos volvieran a la materia de que fueron creados. Sólo quedaría el fulgor de las almas en un trasmundo, donde se haría justicia a los que habían sufrido. La gente, la masa de los fieles no se asombró ante la proximidad del fin del mundo. Todos lo habían esperado. Además, propiamente, ninguna persona tenía grandes ambiciones. Los reyes se sentían tales para servir a Dios y los caballeros blandían sus lanzas únicamente para luchar contra los herejes. De modo que el aviso de la proximidad de la terminación de este mundo no era sino un estímulo para que cada cual cumpliera exactamente con su deber.

Cuando Juan de la Escollera retornó al hogar encontró a su hijo Luis dedicado al dibujo y se alegró figurándose que estaba haciendo algún diseño relacionado con las obras de la Catedral. Pero, su desagrado fué grande cuando pudo ver que Luis diseñaba armas y piezas de arneses; pues, eso equivalía a perder lamentablemente el tiempo y a tomar parte en asuntos que no le correspondían.

—Nosotros no somos armeros— le dijo.

—Eso no quiere decir que yo no tenga ideas sobre nuevas armaduras, nuevas espadas y lanzas para los caballeros, o por ejemplo, para el Conde. O quizá para el Rey.

—¿Estás loco? —repuso el padre—. En primer lugar no hay tiempo para esta clase de sueños, porque el fin del mundo está cerca, como nos lo advitieron hoy en la misa. En segundo lugar, nosotros somos personas humildes y no podemos cambiar de profesión. Hemos nacido para trabajar en piedra, como nuestros antepasados, y así hemos de continuar.

Después de la reprensión que hizo a su Luis, Juan de la Escollera, contó su último sueño y lo interpretó como una advertencia divina para que su vástago no siguiera por algún camino equivocado.

En días posteriores, las relaciones entre Juan y su hijo fueron empeorando, a causa de la vocación del muchacho para la profesión de armero. Pero, por desgracia, nadie podía adoptar otra actividad que no fuera la de sus padres. Era esa una edad en que toda estaba hecho de acuerdo con un plan, el cual seguramente había sido diseñado por el Creador. Era tan natural que los hijos de los carpinteros tuviesen que ser carpinteros como los hijos de los canes tuvieran que ser canes. La naturaleza no juega. Y, por fin, en los seres humanos, cualquier habilidad o cualquier torpeza es proporcionada por una fuerza superior.

Una noche, Luis fugó del hogar.

El alarife creyó que las fuerzas internas le habían llevado. Quizás algunos de esos monstruos de piedra que iban a ser colocados en lo alto de la Catedral y que todavía no habían sido bendecidos. El pobre hombre empezó a encanecer. Amaba a su hijo y reconocía su viva inteligencia. Admiraba su fortaleza física, su anatomía que en verdad no era para alarife sino para caballero. Sobre un corcel se lo habría visto tan ciroso como lo había sido Roldán o el Conde Oliveros, o cualquiera de los famosos caballeros de Cristo. Pero, el muchacho desapareció. Se fue, perseguido por manías extrañas. Y las piedras de la Catedral empezaron a aparecerle más pesadas, más frías. Los amaneceres eran grises. Las campanas sólo tenían voces lastimeras. El viento que venía del Norte le helaba las manos. Y el corazón se sentía un poco arruinado.

*
* *
*

Luis fue a dar en un condado vecino. Consiguió que el conde le proporcionara una audiencia y le expuso los planes que tenía para introducir en las armaduras de los caballeros. Por entonces, en esa región, los caballeros tenían yelmos sin visera y unas co-

tas de mallas demasiado inseguras. En las luchas con los moros, éstos destrozaban a los cristianos con sus flechas. El mayor invento de Luis consistía en el uso de una visera voluminosa, con barrotes, en forma de celosía, que permitía ver al enemigo y al mismo tiempo protegía el rostro por completo contra los golpes de las espadas y aún de las lanzas. El Conde aceptó la invención, y decidió armar a los suyos de esta nueva manera. Y Luis fué acogido por el Señor de la Comarca; y hasta se le señaló un magnífico caballo y se le permitió usar armadura, cosa que sólo era para los caballeros. Los plebeyos tenían que ir a pies y eso era tan natural como lo es el que los cuerpos pesados se precipiten al suelo y los livianos naveguen por el aire.

Corría el siglo XII. Gobernaba el país de "X" don Sancho el Deseado. Los moros almohades habían invadido nuevamente el país de los cristianos. Los caballeros Templarios habían sido vencidos. El Rey hizo un llamamiento a todos los habitantes de la región para ir a castigar a los enemigos de Cristo. Todos acudieron presurosos, inclusive el Conde de "Z", a cuyo ejército se había incorporado como caballero, Luis, el inventor de nuevas armas. En las fronteras, los cristianos fueron dominados en los primeros encuentros debido a que los peones peleaban en completo desorden, en grandes masas, en tanto que todos los moros estaban a caballo y aparecían súbitamente de todos los costados, como si brotaran de las arrugas de la tierra. La mejor defensa cristiana fué la del Conde de "Z". Luis se distinguió como un admirable luchador y hubo momentos en que como en las canciones de gesta, tuvo que pelear contra cinco y seis enemigos, poniéndolos en derrota. El Rey supo de sus hazañas y le concedió definitivamente el título de nobleza como "El Caballero de las Celosías", en honor al invento de la visera con barrotes que dió magníficos resultados.

Una vez conocido y admitido por el Rey, Luis presentó a su consideración una nueva manera de guerrear y por la que se introducía el orden entre la gente de a pies. El plan fué aceptado

y se lo puso en práctica en un nuevo enuentro con los moros. Los peones fueron organizados en hileras horizontales dobles, ocupando la parte central del ejército. Los caballeros ocuparon los flancos. Cuando se produjo un violento ataque de los sarracenos, en el que estos se acercaron cabalgando sobre el viento, la primera hilera de la infantería cristiana era una cerrada línea de escudos relucientes, en cuyo fondo metálico se sucedían rojas cruces de fuego, semejantes a las que distinguen a los caballeros de Santiago. La oleada de los moros se estrelló contra ese muro metálico. Después que hicieron sus primeros disparos de flechas y de que sus pequeños y veloces caballos no pudieron pasar la muralla, una segunda fila de peones cristianos salió de entre los arcos que formaban entre sí las partes inferiores de sus grandes escudos y asedió terribles pérdidas a los feroces hijos del desierto. Y de inmediato esta fila de cristianos volvió a formar el muro metálico con los escudos. A la caída de la tarde, los sarracenos huían en sus ligeros caballos. En el campo se veían montones de cadáveres de los enemigos de Cristo. Parecían aves, por sus ropajes blancos, navegando en sangre, aves que habían caído de un árbol gigantesco, destrozadas por un cazador providencial. El poniente regaba sus luces rojizas y violáceas sobre el campo de la victoria cristiana.

*

* *

Ya en el momento en que los moros huían por completo, uno de ellos, un gigante del desierto, un caballero de los más lejanos arenales, vestido de gris y de oro, llamado "El Lobo de las Dunas", desafió a cualquiera, al más valiente de los caballeros cristianos. Aun cuando cayera prisionero, quería dejar bien sentado su nombre entre las filas de los guerreros de Cristo. Tenía barba de azabache, dos metros de alto, y unos pectorales en donde se enroscaban serpientes. Los moros decían que su alfanje había sido fundido al fulgor del relámpago y tenía en efecto un color entre azulado e índigo. Le salió al frente el Conde de "Z". A pesar de su maestría fué vencido por el moro; pues éste cabalgaba en un caballo que en vez de chocar de frente con el enemigo, le daba ve-

lozmente las vueltas, a la manera de los tigres que hipnotizan a sus víctimas; y de pronto el moro caía con su fulgurante alfanje, despedazando el yelmo del adversario.

Después de que el moro venció al admirable Conde, a uno de los más valerosos cristianos, El Caballero de las Celosías le salió al frente. Todos creyeron que iba a ser una lucha entre el lobo y el cordero. El Lobo de las Dunas hizo relampagueantes círculos alrededor del guerrero cristiano y le asestó varios mandobles. Su alfanje, sin embargo, se quebró como si fuera de espejo. Usando otros alfanjes de reserva siguió golpeando con su invulnerable manera de pelear. Luis sintió que su cálida sangre le bañaba el cuerpo. Después, su caballo cayó fulminado. Estaba a punto de desfallecer. Pero, él pensó que se había hecho caballero con más esfuerzo, con más lucha que todos los demás, pensó que la providencia no podía abandonarle. Una clara idea le vino a la mente. Comprendió que todo el éxito de moro estaba en su caballo, el cual era seguramente producto de algún cruce con una fiera. Retrocedió unos pasos. El Lobo tomó distancia para seguir con su consabido juego. Pero, Luis decidió jugarse la última carta: tomó la lanza, apuntó al horizonte y el preciso instante en que se precipitaba el moro, como un relámpago, le disparó la lanza como si fuera una jabalina. Como un venablo de fuego fué a prenderse en el corazón del almohade. Le atravesó el cuerpo como una flecha a un tierno pájaro. El Lobo murió a los pocos momentos.

*

* *

Algún tiempo más tarde la región fué pacificada. Los caballeros Templarios y los de Calatrava habían sido los principales entonces de una decisiva victoria contra los enemigos de Cristo. También los caballeros del Santo Sepulcro habían acudido en su ayuda y pasaron sus rojas cruces potenzadas y recruzadas.

*

* *

Un día gris, Juan de la Escollera, ya viejo, encanecido, ayu-

dado por sus otros hijos, daba fin a los trabajos de la Catedral. Un grupo de caballeros presentóse ante los alarifes.

—Aquí está tu hijo; hemos averiguado que es tu hijo— explicó uno de los jinetes.

—Este sueño lo tuve hace años —el mismo sueño fatal— contestó el alarife.

—No es sueño. Aquí está un hijo que vuelve a su padre— volvió a indicar el caballero y los otros tendieron en el césped el cadáver de un esbelto caballero metido en su cota de mallas de escamas de plata. El cadáver de un joven que tenía una prolongada barba de oro, como la de Cristo. Y que estaba eternamente dormido.

—Nadie ha luchado como él por Cristo. Ha sido el mejor soldado y tiene un escudo de cinco rosas que representan las cinco heridas que recibió antes de morir.

—Le enterraremos en la Catedral— dijo otro caballero— por disposición real.

El padre y los hermanos abrazaron al caballero muerto. Lloraron sobre él. Las lágrimas humedecieron las barbas del difunto.

Juan de la Escollera labró un bajorrelieve para cubrir la tumba de su hijo en uno de los muros de la Catedral. Un bajorrelieve representando un caballero con el escudo de las cinco rosas.

Y es fama que todavía después de siglos, esas rosas se encienden como si fueran rubias, en las noches, cuando el resplandor lunar baña la vieja Catedral.

Quito, 1947.

CON HORACIO

Traducciones y Divagaciones

Por ALFREDO BAQUERIZO MORENO

A SESTIC

Lib. I Oda IV

Vuelven la primavera y el favonio
Y el crudo invierno acaba.
Ya vuelven arrastradas
Al mar las secas naves.
Ya el ganado no gusta del establo,
Ni el campesino de su hogar. La escarcha
Ya no blanquea el prado,
Ya Venus Ceterea,
Las Ninfas y las Gracias,
Al brillo de la luna
Las danzas guían
Con alternados pies hiriendo el suelo,
Y ardoroso Vulcano
Da pábulo a la llama
Que enciende el antro del Ciclope adusto.
Llegó el instante de adornar las frentes
Con verde mirto o las recientes flores
Que la tierra nos da. Llegó el instante
De inmolar un cordero, o si prefieres
Tierno cabrito a Fauno, en la espesura

Del bosque umbrío.
 Con paso igual, oh Sestio afortunado,
 Entra la muerte pálida en la choza
 Del pobre labrador, como al palacio
 De los reyes. Lo breve de la vida
 Alimentar impide
 Muy largas esperanzas.
 Ya te apremia la noche
 De tabulosos Manes,
 Y el reino de Plutón estrecho y sórdido.
 En él cuando te hallares, no la suerte
 Con el dado echarás para el banquete
 Presidir. No, ni a Licidas
 Mirarás que amor prende
 Hoy en los jóvenes;
 Y de las vírgenes,
 En el sensible corazón mañana.

De la Oda VII Lib. I.

Muchas veces el Noto limpia de nubes la oscuridad del cielo.
 No siempre tracé consigo las molestas lluvias..... Así, Planco, si
 quieres ser sabio, acuérdate de poner término a las tristezas y ma-
 les de la vida empapándolos en las dulzuras del vino; sea que te
 retenga el campo donde las águilas brillan, o vivas a la grata
 sombra de tu querido Tibur.

Teucro al huir de Salamina y de su padre, dicen que ciñó a la
 frente, húmeda de vino, una corona de álamo y que habló de este
 modo a sus amigos entristecidos, Compañeros, iremos a cualquier
 lugar a donde nos lleve una mejor fortuna. No hay por qué deses-
 perar siendo vuestro jefe Teucro, Teucro a quien el oráculo de Apo-
 lo ha prometido nueva tierra y nueva Salamina. Oh amigos vale-
 rosos que conmigo habéis soportado más duras pruebas, ahogad
 hoy vuestros temores en el vino, y mañana seguiremos nuevamente,
 nuestra carrera por el mar, por el inmenso y dilatado mar.

A TALIAR

Libro I. Oda IX.

Mira como el Soracta blanquea bajo la espesura de su nieve; como están los bosques agobiados del peso de la escarcha, y como helados los ríos detienen su corriente. Pon leña al fuego para vencer el frío, y que el cántaro sabino te de a beber benigne- mente un vino de cuatro años. Lo demás, déjalo a los dioses. Cuando ellos encadenan los vientos que luchan combatiéndose en el revuelto mar, ni el ciprés, ni el olmo se agitarán tampoco.

Huye de averiguar lo que será mañana y aprovecha en cada día lo que el destino quiera darte.

No desprecies los dulces amores ni las danzas, en tanto seas joven y la vejez morosa no te robe el vigor.

Ven al campo y al aire; ven al suave rumor de las palabras en la noche y en la hora de la cita.

Ven, llega atraído por la risa sonora de la muchacha que se traiciona a sí misma desde la oscura sombra de un rincón misterioso.

Ven, y quítale las prendas de su amor, los adornos del brazo o de ese dedo que fatalmente esquiva.

LEUCONOE

Lib. I. Oda XI

Carpe diem. Aprovecha del día. Y lo dice a Leuconoe para su regalo y bienestar. Un místico lo diría a cualquier pecador; aprovecha del día; más, para el arrepentimiento. El mañana es incierto, es dudoso. No sabes, Leuconoe, si Júpiter te lo dará, te lo concederá para el gozo o el dolor; ni sabemos si Dios, el de las misericordias infinitas, nos alargará los días para el arrepentimiento y el perdón en el sentir cristiano, "porque incierto es el día y la hora en que nos saltará la muerte". (Granada).

Carpe diem. No te ocupes, Leuconoe, en descifrar el porvenir, en querer vanamente averiguar el destino que los dioses te reser-

ven. *Carpe diem*. Aprovecha el día, y aprovechándote de él, haciéndolo tuyo, todo tuyo, resignate a lo que Júpiter quiera hacer de tí; porque es Júpiter, únicamente Júpiter, quien alarga o acorta nuestros días.

Carpe diem. No lo desaproveches, ni pongas grandes y dilatadas esperanzas en el estrecho campo de la vida. *Carpe diem*. Pues hagamos lo que hagamos, y aún mientras converso y te aconsejo, huye, huye envidiosa la hora con su inesperado y rápido pasar. Haz de él, lo que puedas. No fíes en el día, ni en esa hora del mañana. Y sucede que todo lo dejamos ordinariamente para ese mañana que puede no llegar. Tan frágil y quebradiza es esta nuestra vida.

Carpe diem. Aprovéchalo. En el día de mañana talvez no seremos. Como los peces que caen en las malas redes, y las aves que se prenden en el lazo, el hombre no conoce tampoco su tiempo. (Ecl. 9—18).

Leucoñoe, *carpe diem*. Aprovechemos tú y yo, leyendo esas palabras de tan honda y sabia y práctica enseñanza. No dejar nada para el mañana. El mañana acaso no será, o seremos en el polvo de la tierra y comienzo de olvido en la memoria de los hombres. Del Hoy son nuestros cuidados; nuestros goces son del HOY. En una palabra, dime ¿qué es, qué existe sino el HOY? Vivamos en el minuto, en la hora, en el día, que pasan. *Carpe diem*. Pero vivámoslos siempre para lo noble y levantado. Hoy es el día, el día nuestro, el que debemos salvar, aprovechándolo.

*Por desgracia no cabe en lo presente el alma,
Y rumiendo el pasado, sueña con el mañana.
En el día, jamás le satisface nada.*

A la República.

Paráfrasis de la Oda XIV del Lib. I.

¡Oh nave, nave de la República! Desmantelada estás. Nuevos vientos, vientos de tempestad, quieren llevarte, arrastrarte, sacarte otra vez mar afuera.

Tú ¿qué haces? Resiste, resiste, fuertemente. No abandones el puerto. Aférrate a él. ¿Dónde el remo-que te empuje? ¿No ves que falta a tus costados? ¿No ves quebrado, herido, el mástil al ímpetu del viento? ¿Dónde el timón que te gobierne?

Gime la antena. Roto el cordaje, luchar en vano intentarías con la furia del agua embravecida. No están integras las velas. Míralas que cuelgan desgarradas. No hallarás soplo que las hinche, y te mueva.

Ya no hay Dios que a tus súplicas atienda; ni piloto que fíe del que pintado llevas en la popa. Tú, mi afán y mi dolor en otro tiempo, hoy mi cuidado y mi temor también.

Guárdate si no quieres ser juguete de nuevos vientos, nuevas alas. Guárdate al menos de esas rocas brillantes y traidoras que las Ciclides esparcen por el mar.

DE GLICERA

Lib. I. Oda XIX

*La madre cruel de Cupido,
Con el hijo de Semele
Y mi voluptuosidad,
El corazón me vuelven
Hacia un querer hasta olvidado ya.
Arde en amor de Glicera
Y su blanco esplendor de mármol pario;
Me atraen, me cautivan,
Ese su atroz desdén,
Y ese su rostro
Tan de peligro al que lo vió una vez.
Arde en mi Venus entera,
Pues por arder en mi huyó de Chipre.
Ya no canto al escita,
Ni al parto en su caballo
Que huye veloz pero temido siempre.
Nada, a no ser amor
Me deja cantar hoy.*

*Aquí verbenas
Y verdes yedras,
Poned, muchachos, y oloroso incienso,
Y la copa y el vino de dos años.
Inmolada la víctima
Quizá se aplaque Venus
Y se me venga plácida y rendida.*

QUIS DESIDERIO

Lib. I. Oda XXIX

¿Por qué, por qué avergonzarme? ¿Por qué el rubor del llanto?
¿Reprimir el dolor? ¡Oh, no! Jamás. Llorar, llorar siempre, la pérdida de una tan cara prenda, de una vida tan amada. Ni cítara, ni canto, pediré a Melpómene, como tú ingenuo y sabio Horacio. Me basta repetir ese tu canto fúnebre y sentido. Te lo inspiró la Musa, te lo inspiró Melpómene, la de la voz limpia y clara. Basta tu oda. Basta, para leyéndola llorar.

Perpetuus Sopor. Duerme, duerme tranquila. Duerme el sueño eterno de la muerte, mujer de dotes envidiables, mujer de gracia y de virtud. ¡Ah! Ni Virgilio hallará a Quintilio, ni a mi Piedad, yo.

*Tu frustra pius, heu
Pescis Quintilius Deos.*

Vanamente piadosos acudiremos a Dios, a los dioses, para que despierten al que duerme. Lázaro dormía, estaba muerto. Mas ese sueño y esa muerte, fueron para gloria de Uno que expresó de sí mismo que El era la resurrección y la vida. Pues en El había resurrección y vida, el milagro fue, el milagro se realizó, el milagro que nos dice Juan.

Nunca, nunca volverá el soplo de la vida, ni la sangre en las venas correrá, por mucho que suene el canto de Horacio, de Píndaro o Virgilio. Ni al propio Orfeo le sirvió el suyo, el de su lira, canto de evocación y vida. El amor en arrebatado de ansia loca, delirante, hizo que la perdiese nuevamente, que perdiese a su Eu-

ridice; y esta vez, para siempre, hecha va humo sutil llevado por el viento.

*Ceu fumus in auras
Connixtus tenuis. (Virgilio Geo. IV)*

Y a tanto mal, a mal tan irreparable ¿cuál tu consejo, tu remedio o tu consuelo, oh dulce y sabio Horacio? Hace más llevadera la paciencia, lo que es imposible corregir, enmendar..... resucitar.

*Sed levius fit patientia
Quidquid corrigere est nefas*

¡Paciencia! Bueno. Lágrimas, mejor. Lágrimas que aviven el dolor, no la droga heroica, si heroica, de la humana paciencia y la triste y humilde, y acaso, acaso, imposible resignación.

Todo es nuevo ¡oh poeta! Porque son nuevas, recientes, muchas, muchas cosas que sabemos. Todo, menos la muerte. Menos su silencio, menos su nada. La eternidad de su nada; que nada en el mundo resucite, si por fe no resucita.

¡Paciencia! ¡Resignación! ¡Palabras y palabras! ¡Canto y canto! No lágrimas que es lo único cierto, lo único consolador, con vergüenza o sin ella.....

A APOLO

Lib. I. Oda XXXI

*Hoy que se te erije un templo
Apolo, qué te demanda
El poeta; o qué te pide
Cuando su vino derrama;
Vino nuevo. No cosechas.
Que pregonan abundancia
En Cerdeña la teroz,*

*No rebaños de Calabria
La ardiente, ni el oro quiere,
Ni al martil de India lejano.*

*Aquel a quien la Fortuna
Dió viñas para gozarlas,
Con hoz de Calena corte
Las uvas. En aureas tazas
El mercader protegido
De los dioses, cuando el ansta
De vino le venga, beba
De Siria es trueque y ganancia;
Ya que el Atlántico al año
Tres, cuatro veces repasa.*

*Tengo para mi la oliva,
La chicoria y leves malvas
Por festin y por regalo.
Hijo de Latona, basta
El que gozar me permitas
De mis bienes; y que sana
Conserve siempre la mente,
En ancianidad sin mancha.
Que no me quites la lira,
Apolo, que no, por gracia.*

PALINODIA

Lib. I. Oda XXXIV

Por qué canta la palinodia el amigo y protegido de Mecenas,
el gran lírico de Roma?

Saulo llegó a convertirse por el deslumbramiento de aquella
luz que lo cercó, y el sonido de aquella voz que le decía: Saulo,
Saulo, ¿por qué me persigues?

Mas Horacio ¿por qué? ¿por que?.....

¿Por qué resuelve cambiar el rumbo de su vida; volver hacia atrás y deshacer lo hecho.

atque iterare cursus
relictos?

Maravilla, milagro de un susto. Había visto y sabía que Júpiter tronaba siempre en un cielo cargado de nubes; y, ahora, ¡oh sorpresa temerosa! ve que el Padre de los Dioses, que Júpiter mueve el carro veloz, el de los tonantes caballos, el de su cólera divina por un vasto cielo azul, limpio de nubes.

Maravilla y sorpresa paganas, ciertamente, esa de los rayos y los truenos bajo un alto cielo de limpidez azul. No oyó voz alguna que le interrogase y reprendiese por su poca o ninguna atención al culto de los dioses.

Parcus Deorum cultus.

Pero ¿no ha de asustarse el poeta con ese tronar de lo alto, tronar desusado, cuando con él se conmueven tierras y mares y la Estigia y el Tánaro horrendo y el Atlas que fija los términos del mundo?

Sin embargo, Virgilio nos dice que nunca cayeron de un cielo sereno tantos rayos como esos que se encendieron con la muerte del César:

Non alias coolo ceciderunt plura sereno
fulgura (Geo. Lib. I. Versos 487 y 488)

y en otra parte

Auduit et Coeli Genitor de parte serena
intonuit laevum (ENEIDA. Lib. IX, 630 y 631).

No era tan raro, pues, ese tronar en un cielo sereno, para explicár con él aquella palinodia del cantor del valle Sabino.

La vida de Saulo, de Pablo, acabó en fe y santidad. La de Horacio no olvidó a Epicuro; y hay quien afirma que el lírico no hace con esta oda, sino decir su burla a los estoicos, y darme a mi materia, esto lo pienso yo, para acordarme del Apóstol de las gentes que al igual del poeta nos enseña que Dios todo lo puede; que humilla a los soberbios, eleva a los humildes y pone luz donde hay oscuridad. Sólo que Horacio pasa de Dios a la Fortuna gozosa de su obra; que da y quita coronas con estrépito ruidoso, semejante al trueno de Júpiter en un cielo sin nubes, despejado sereno.

Lo maravilloso lleva a la conversión al pagano y al judío; con la diferencia que éste deja de serlo y funda con su nueva fe una iglesia universal, católica; y el otro, el pagano, siempre seguirá cantando a Lidias y a Gliceras, más blancas y brillantes que el mármol de Paros —*Pario marmore*—; y en himnos de amor y de grandeza, de buen consejo y de risueño epicureísmo; seguirá alzando el templo a que acuden todavía los numerosos fieles, los devotos de la técnica horaciana.

Pablo para el cielo; Horacio para el mundo, para la vida; la vida fácil y feliz. Penitente el uno, pecador el otro. La *palinodia* fué completa en Pablo; en Horacio, más que el hacer, fue el decir de una oda solamente.

A DELIO

Lib. II Oda III

Oh Delio cuida de guardar siempre
Igual el ánimo en horas arduas
Y en las que el gozo por su violencia
Toca en locura; pues morirás
Tanto si triste fuere tu vida
Como si en fiestas y sobre el césped
Tendido, alegre, corre y te embriaga
Dulce Falerno de mucha edad.
Do pino ingente y álamo blanco
Unen sus ramas en grata sombra,
Y el agua inquieta del arroyuelo
Venciendo estorbos pasa fugaz,
Vino y unguento, flores y rosas
Que duran poco, llévente mientras
Te lo permitan fortuna y tiempo
Y de las Parcas el negro hilar.
Bosques y casas, quinta que lame
El rojo Tiber, de tu heredero
Serán mañana; cuanto compraste,
Cuanto tesoro logró tu afán.

Si rico o pobre, hijo de Inaco,
O de la plebe; tengas palacios,
O al aire vivas, dará lo mismo.
Del Orco víctima siempre serás,
Al mismo término todos llegamos
Por ley común. Tarde o temprano
Saldrá tu nombre, saldrá tu nombre
De la temida urna fatal.
Que todos, todos, todos iremos
En frágil barca hacia el destierro,
Hacia la orilla de donde nunca
Volvió a la vida ningún mortal.

SOBRE LALAGE

Lib. II Oda V

No puede aún con la cerviz doblada
El yugo soportar,
Ni compañera ser para el trabajo;
Ni sostener de un toro
El peso en el amor, peso y caricia.
Es ternera la tuya
Que vive todavía
Para la verde yerba de los prados;
Para hundirse en el agua
Cuando el calor apura y la sofoca;
Para jugar entre los sauces húmedos
Con tal cual becerrillo alborozado.
No arranques fuera de sazón la uva,
Pues llegará el otoño
A ofrecer sus racimos
Maduros, y ya negros y purpúreos.
Sí, que te buscará. Feroz el tiempo
Los años que te roba pondrá en ella.
Y Lálage la frente
Antes erguida doblará sintiendo

*El ansia irresistible de marido,
Y será más que Cloris
Amada, y más que la fugaz Pholoe.
Sus blancos hombros brillarán entonces
Como brilla la luna blanca, blanca,
En las aguas del mar. Será cual Gyges
Que mezclado en el coro de muchachas,
Suelte el cabello, y con dudoso rostro,
La vista de un extraño
Por experta que fuese engañaría.*

A MELPOMENE

Lib. IV Oda III

*Basta, basta, tu plácida mirada
Al que nace, Melpómene.
Ya no querrá triunfar en Istmia lucha
Ni en carro Arcaico, y su veloz corcel;
Ni vencedor de reyes infatuados
Subir al Capitolio
Ostentando en la frente la de Delos
Corona de laurel.
Mas la fresca espesura de la selva
Querrá, y el fértil prado
Que el Tiber riega, y hacen al poeta
Ilustre en su célico cantar.
Reina de las ciudades, en su coro
De poetas me acoge y nombra Roma,
Y el diente de la envidia
Me muerde menos y respeta más.
Oh Piéride que sabes
Los sonos de mi lira gobernar
Dulcemente, a los peces, si lo quieres,
La garganta de un cisne puedes dar.
Debo a tí que por lírico de Roma,*

*Al paso, con el dedo me señalen
Y el que viva y agrade es cosa tuya.
Oh Musa, si es que agrado.*

A TORCUATO

Lib. IV Oda VII

*Pasaron las nieves. Ya vuelve a los campos la grana.
Ya vuelve a los árboles
La verde cabellera de sus hojas.
Mudó la tierra de estación. Los ríos
Decrecido el caudal de sus aguas,
A sus cauces retornan.
Con sus hermanas una de las Gracias
Se atreve, y con las Ninfas,
Las danzas a guisar toda desnuda.
Así el año, y las horas
Que el almo día roban,
Te dicen que no esperes
Nada inmortal, eterno.
Templan los céltros
El frío invierno;
Pasa el estío,
Pasa sobre la muerta primavera;
El otoño fructífero pasa,
Pasa con sus frutos,
Y vuelve, vuelve luego,
La bruma helada, inerte.
Las rápidas lunas
Reparan el daño que hicieron los cielos.
Mas llegados nosotros
A donde habita Eneas con Anco y Tulo,
Seremos polvo y sombra.
Quien sabe si los dioses*

*Al tiempo que vivimos añadirnos quisieran
El día de mañana.
Cuando tu vida acabe
Y Minos pronunciare su fallo inapelable,
No esperes que tu estirpe
Tu piedad, tu elocuencia,
Al mundo te devuelvan.
No pudo Diana librar a Hipólito,
Al casto Hipólito,
De las negras tinieblas infernales,
Ni pudo Tesec romper la cadena
Que ataba en el hondo y temido Loteo
A su amado, su tiel Piritóo.*

A LICE

Lib. IV. Oda XIII

*Oh Lice me oyeron, me oyeron los dioses,
Al fin estás vieja, y entre vieja y loca
Parecer hermosa quieres todavía.
Bebes sin pudor y luego de bebida,
A Cupido invocas, a Cupido sordo
Que está en las mejillas del ardiente Chias
Un joven y hermoso tañador de lira.
El amor desdeña la agostada encina,
El amor te huye, huye de tus dientes,
El amor te huye, tus arrugas huye,
Y huye de tus canas, nieve de tu frente.
Ni de Cos la púrpura, ni la pedrería
Que muestras ufana, te habrán de valer.
Ni en piedras ni en púrpuras, hallarás los días
Que rápido el tiempo, te ha robado Lice.
¿A dónde huyó Venus? ¿Tus frescos colores,
Tu paso arrogante, a dónde se fueron?
¿Qué tienes, qué tienes, de aquello que antaño*

*Inspiraba amores, y a mi me sedujo,
Después de Cinara, por su dulce gracia,
Y su bello rostro? Más breve destino,
Más corta carrera, fué la de Cinara.
Tus días oh Lice, son largos y largos,
Lo menos cien años como una corneja.
Para risa y burla de jóvenes quedas,
Llama de amor viva, hecha ya ceniza.*

A LOS ROMANOS

Epode VII

*¿A dónde corréis, a dónde?
¿A dónde os precipitáis?
¿A dónde? ¿Por qué las manos
A nuevas armas se van?
¿Fué poca toda la sangre
Derramada en tierra y mar?
¿De la envidiosa Cartago
Incendió el muro quizá?
¿Acaso en cadenas vimos
Bajar al fiero Bretón
La vía sacra, sumiso
Al querer del vencedor?
No. Pero escucháis los votos
Del Parto, que suelen ser,
Que por obra de sus manos
Perezca Roma. No fué
Ni de lobos ni leones
El devorarse entre sí;
Riñen, mas riñen con fieras
De otra laya, en brava lid.
¿Qué culpa, decid, qué fuerza
Os arrastra, o qué furor?
Responded..... Callan, se callan,*

*Y una blanca lividez
Les cubre el rostro, y la mente
Les queda inmóvil. Lo sé:
Negros hados los de Roma,
Sangre de Roma manchó
Este suelo. Y esa sangre
Hasta en los nietos cayó.*

A LOS ROMANOS

Lib. III. Oda VI

*Sin merecerlo pagarás, Romano,
El crimen de tus padres,
En tanto que el santuario
Y el templo de los dioses,
Sus estatuas con humo mancilladas
No repares; pues Roma por sumisa
Al querer de los dioses, es que impera.
Ese el principio y de la hazaña el éxito,
Mas depravada luego,
Cayeron sobre Italia
Los infinitos males que lamenta.
A los auspicios sorda
Manases y Pacaro por dos veces
Nos detienen, y adornan sus collares
Con la presa que hicieron.
Roma ocupada en luchas intestinas
Sucumbe a poco más, queda en escómbros,
A los golpes de Dacios y de Etiopes.
Terrible el uno con su armada, el otro
Con sus veloces disparadas flechas.
Nuestra edad en crímenes fecunda,
Primeramente corrompió las nupcias,
Linajes y familias;
Y tan impura fuente desbordada,
Derramó la impureza de sus aguas
En la Patria y el pueblo.*

Virgen adolescente se deleita
En aprender las danzas de los jonios,
Y en mover las flexibles coyunturas.
Desde la tierna infancia
Tuvo sueños de amor, de amor culpable.
Y ya esposa, a la mesa del marido
Santada, el adulterio busca. Rápida
Ni elige para el gozo
Al que en lo oscuro se lo da furtivo.
Delante del esposo
Que lo sabe y consiente,
Va con el dueño de algún barco hispano,
O el mercader que entrega
En oro el precio de tan triste infamia.
No fue de tales padres que nacieron
Aquellos que con sangre de Cartago
El mar enrojecieron;
Los que a Pirro domaron,
Y al grande Antioco y al feroz Aníbal.
Nacieron de esos rústicos varones
Versados en romper el duro suelo
Con azadón sabino;
Que a la voz de la madre,
Casta y austera,
Sobre el hombre ponían
La leña que cortaban
De vuelta a casa, cuando el sol mudaba
La sombra de los montes, desuncidos
Los fatigados bueyes,
Y huyendo en su aureo carro
Dejaba al mundo en plácido reposo.
El tiempo por dañino ¿qué no altera?
Nacimos por fortuna
De padres menos malos que nosotros,
Aunque sí menos buenos que los suyos;
Pero ¡oh desgracia! engendraremos pronto
Hijos más depravados todavía.

ESTAMPA DE WALT WHITMAN

Bajo el mediodía estival cargado de fragancias marinas, que apenas logran desvanecer los aletazos de un viento agreste, va ascendiendo, sin prisa, la empinada cuesta que lleva hacia Orient Point, en el flanco noreste de Long Island. Ensimismado, no mira, como otras veces, los planos del paisaje, abriéndose, a la hora de su caminata, en nuevas perspectivas, ni escucha, atento sólo al bullente rumor interno, el canto de las olas, medio sordo ya, surgiendo de las rompientes.

Cuando llega al promontorio, cuya arquitectura de paredes basálticas le han formado, como para él sólo, una arcada ideal, se detiene, mira el mar, lanza un sonoro resoplido de cansancio, y se deja caer sobre las blandas arenas complacientes. Allí extrae de su bolsillo el primer manuscrito de "Briznas de Hierba". Apegado a su espaldar de roca, principia, lápiz en mano, a releerlo y anotarlo.

Cuando esto ocurre, quedan atrás años, muchos años de esfuerzo intelectual y de vida, que principiaron para Whitman tempranamente, quizás desde cuando, un niño, entra a los talleres del "Long Island Patriotic", como aprendiz de cajista, o, más bien, desde el "Long Island Star", en cuyo ambiente se revelan, para él mismo, sus aptitudes de escritor.

Quedan muchos recuerdos, que son obra, vida, emoción, y lucha siempre. Sus balbucesos literarios. Sus días de maestro de escuela en Babylon, Jamaica, Flushing, Woodberry, Whitestone. Sobresaliendo entre ellos, sobre todo, está esa corta época de un

año, en la que, fundador y propietario de su propio periódico, el "Long Islander", recorre en su modesto *buggy*, que él mismo conduce, día y noche, por los polvorientos caminos de Long Island, vendiendo su periódico, con la alegría de quien sabe que va repartiendo, en generosa dádiva, el oro de su espíritu.

Más adelante están sus días de New York y su colaboración en la "Democratic Review", al lado de los más brillantes y calificados valores de ese tiempo: Hawthorne, Bryant, Longfellow, sobre cuya poesía ha de ironizar más tarde, Thoreau, el apóstol vivo del trascendentalismo, crédulo oficinista del idealismo emersóniano, y, de mister Poe, a quien admira, intenta imitar, pero a cuya inspiración renuncia también, forzado por la corriente impetuosa de su propia originalidad.

Queda toda una sucesión de periódicos: el "Daily Aurora", evocando su pasajero dandysmo newyorkino; el "New World" para el cual y en el viejo Tammany Hall, escribe su única novela, de fondo moralizante contra la intemperancia: "Franklyn Evans o el Borracho"; el "Daily Eagle", el "Crestant" de New Orleans, unido, como el perfume a la flor, a su más bella y romántica aventura amorosa; el "Freeman", arrojado en el incendio de Orange, que no logra, sin embargo, quemar la fe en sí mismo y en su consubstancial ideal democrático. Que no puede expresarlo ni en sus conferencias, ni en su obra periodística, ni en la lucha de los partidos políticos, porque ese ideal, sencillamente, necesitaba otro cauce de expresión, que era el de su poesía.

Había, recientemente, abandonado su trabajo de carpintero, en el que ayudaba al viejo Whitman, y se había dedicado, de espaldas a toda influencia literaria, a forjar su palabra, a encerrar en ella un mundo nuevo, del cual se sabía su heraldo y su intérprete: Homero, Esquilo, Sófocles, Dante, los Vedas, si le ilustran, nada han podido enseñarle. Los mismos Longfellow, Lowell, Holmes, Thoreau, Poe, le parecen, a pesar de su americanidad, desarraigados, europeizantes. Busca en su alrededor, y no encuentra quien exprese el espíritu y la vitalidad nativos. El solo tiene conciencia de ser ese hombre. En su alma de titán siente latir toda el alma de su América, todo el emocionante drama telúrico, toda la pujante vida humana. Y siente también el espoleo de la sentencia

que Emerson, el sabio y Patriarca de Concord, lanzara en su credo de americanidad: *We will walk on our own feet; we will work with our own hands; we will speak our own minds*".

El manuscrito de "Briznas de Hierba", que él corrige ahora, al parecer definitivamente, en el promontorio de Orient Point, logrado en una decantación y forja de largos años, atesora lo que él ha querido: la expresión de la tierra y el hombre americanos. Su esencia, su drama y su destino. Para expresarlos, se ha "desembarrizado, con mucho esfuerzo de la poética tradicional". En el más libérrimo y puro verso blanco, amétrico y aritmico, ha vaciado, a través del filtro de su espíritu, un mundo original y nuevo, al menos no revelado en poesía.

Cuando, esa tarde, tras un batallar interno, en el que su cerebro y su alma, conjuntamente, se concentran en la fragua artística, y termina su trabajo, el sol pone rojizos fulgores en las nubes y las olas atlánticas. El mar canta su canción crepuscular. De las campiñas circundantes suben rumores de esquilas y olores vegetales, mezclado al pungente perfume de las marismas. Whitman se ha erguido en la postura majestuosa de un joven dios. El viento alborota su blanca melena bíblica. De pronto, en un gesto de discóbolo soberbio, va arrojando al espacio las páginas de Briznas de Hierba. El viento empuja a las hojas aleteantes hacia el mar. El las mira, con sus estupefactos ojos lacustres, huir como una bandada de gaviotas pavoridas, bajo el cielo lleno de extraños estremecimientos.

P A B L O P A L A C I O

Especial para la Revista "América"

Es bastante difícil recoger las impresiones, las intuiciones y las ideas que se tuvieron de alguna persona, en especial cuando por mucho tiempo ha dejado de actuar activamente en la procelosa comparsa de la vida. Es el caso de Pablo Palacio que por un aterrador período de siete años vivió, sin vivir, en un turbio mundo sin ideas ni conciencia. Es decir en una revuelta atmósfera sin luz y cruzada por señales extrañas. Son las crueles paradojas del destino que se complace, a veces muy frecuentemente, en herir lo más alto del talento o la sensibilidad del que ha elegido por víctima. O tal vez, es el terrible precio que siempre paga la grandeza un mundo agobiado de mediocridad. Basta sería recordar los tres ejemplos más célebres y patéticos de la Historia: la sordera de Beethoven, la ceguera de Gauguin, la locura de Nietzsche.

Entre nosotros tenía que ser Pablo Palacio el elegido por la fatalidad para que naufragara entre las sombras, cuando precisamente tenía uno de los cerebros más agudamente ordenados y lúcidos. Cuando era como un terrible picapedrero en las canteras de la vida. Destrozó implacablemente los monumentos del convencionalismo humano quedando de ello nada más que piedras negras. Ninguna disciplina mental le fué desconocida. Desde el Arte hasta la Filosofía se entregó por turno con devoción completa, con un encarnecimiento que delataba una auténtica y firme vocación de intelectual, pero desgraciadamente también y ahora lo hemos comprendido claramente una suerte de obsesión y lunatismo que acabaría por absorberlo en forma total.

Siempre admiramos en él, nosotros los más jóvenes, su pulcritud vital. Esa su vida personal ordenada, sistemática, sobria y esforzada hasta el sacrificio. Cuando fué nombrado profesor de Filosofía de la Universidad Central, realizó posiblemente el más intenso esfuerzo que haya logrado un joven de su edad en nuestro medio, para adquirir en muy pocos meses una amplia cultura filosófica. Por mucho tiempo dejó de verse su ágil figura mortal en las tortuosas calles de esta ciudad de San Francisco de Quito. Prácticamente y sin exageración alguna pasaba las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio sobre difíciles tomos de Filosofía. Nadie pudo imaginar, ni existía ningún síntoma visible que revelara, que tal hombre estuviera condenado a vivir entre las sombras y el olvido de sí mismo por largos años sin ventura.

Sólo una cosa había que causaba una especie de impresión desarmónica en la faz de Palacio y que era menester descubrirla a base de larga observación. Eran sus labios demasiado rectos, demasiado finos para un hombre. Daban la sensación de dureza y ligero retorcimiento; por eso su boca tenía un rictus de sinuosidad elevada, de amargura contenida dignamente, amargura de la soledad o del tremendo espectáculo del mundo lleno de injusticias, de gravedades, de dolor. Su risa también era desconcertante. Parecía que salía con extrema dificultad de las profundidades de su ser. Era indudable que este hombre no nació para la risa amplia y absuelta. Al reír se arqueaban sus hombros, se contraía su cara y todo su ser palpitaba. Su risa aguda reflejaba tremendas desarmonías interiores. Por lo demás, su fisonomía era expresiva y agradable, su mirada penetrante pero franca, disponía a la cordialidad. Creo que Palacio nunca suscitó antipatías o las envidias a las que generalmente están expuestos los hombres que como él son galardonados por el éxito o triunfan demasiado temprano.

Aún no muy lejos sus veinte años, Palacio ya tenía renombre literario. En su moleta de provinciano trajo a Quito unos pocos cuentos desconcertantes y una reputación que se lo debía en este caso a su talento y en parte a su coterráneo Benjamín Carrión, dispensador de la fama por esos tiempos.

Este joven de risa difícil y que tenía, sin ser hosco, marcada propensión a la soledad, era realmente un escritor original. Sus

libros son una extraña mezcla de lo real y de lo imaginado, de la vigilia y el sueño. Lo patético y lo cómico se combinan admirablemente pero todo envuelto en una atmósfera de ocaso final y de suprema repugnancia por el mundo.

Palacio es el único auténtico humorista que ha existido en nuestro país. Se ha reído con desfachatez de todo lo serio y engolado que tiene la existencia. Ha ridiculizado todos los sagrados convencionalismos sociales. El honor, el amor, la muerte, la política, la patria, el hombre, la mujer, la madre, el hijo, etc., han sido examinados y convertidos en hilachas lastimosas ante la lente de este tremendo y "sui-géneris" observador. Su visión del mundo era incisiva, sombría, abracadabrante. Sin embargo no reaccionaba con agresividad ni con tonantes palabras de admonición. Operaba diabólicamente con el ex-abrupto, sutilmente con la ironía, violentamente con el sarcasmo. Así destempló la aparente armonía del mundo y la simulada dignidad de su más orgulloso habitante. Palacio desnudó al hombre y le vió implacablemente en su misera condición visceral. En este sentido no tuvo compasión alguna. Tizó con sus hollines tristes todo lo que había imaginado el hombre de más puro y noble en la vida.

Palacio tenía razón en lo esencial. Ante tanta reciprocidad convencional, tanto bordado sobranter, tanta injusticia, tanta estupidez, la actitud más conveniente y esclarecedora es aquella que la vitupera y ridiculiza. Es decir la que busca el sitio neurálgico, no del dolor que agrava aún más la vida y la vuelve insoportable, sino de la risa que ilumina con sus espadas la máscara de clown, que se la ve alegre pero se la sabe irremediabilmente triste. Para Palacio la existencia es sólo un payaso que procura a todo trance y por todos los medios esconder su situación de tal. Por eso toma actitudes solemnes, circunspectas, serias. Por eso se coloca la amplia túnica del honor para disimular sus vestidos abolsados y multicolores de doble fondo. Palacio con paciencia diabólica poco a poco, con certeza, va descubriendo todas las trampas, las ruindades y sobre todo esa tremenda condición de pelele trágico que aún caracteriza al hombre.

Todos sus libros se dedican a esa vivisección expectral. Son las lentes trágicas donde el hombre baila su fandango instintivo y

lastimero. Las tres obras suyas tienen una unidad de contenido sorprendente y una única finalidad: el descrédito del hombre hasta extremos insospechables de arbitrariedad. Pero lo extraordinario es que Palacio realizó seca y friamente esa labor. Labor de cirujano en la mesa de operaciones sólo con la indispensable emoción para hacerla bien. O simplemente como si esa hubiera sido la principal tarea que debía cumplir en este mundo. Sin embargo su conducta humana fué lo más honorable y respetuosa con la sociedad y sus exigencias. Pero, en cambio, en su producción intelectual la destrozó y desacreditó como nadie lo ha hecho entre nosotros y en ello fué hondamente sincero porque era reflejo de su peculiar sentido y concepto del mundo.

Es indudable que Palacio tenía una especial visión para examinar e interpretar el fenómeno humano. Visión posiblemente que lo heredó de sus antepasados que según parece eran orfebres, es decir minuciosos detallistas, o que la adquirió por alguna razón que aún no está revelada todavía. Pero es la verdad que nadie que no estuviere conformado nativamente para el efecto habría podido escribir lo que él escribió, sin duda sin el afán de epatar, pero sí con el desgarramiento del que cumple una fatal misión. Por eso están equivocados aquellos críticos que al estudiar su obra creen que trató de mejorar la vida por medio del ridículo, o que pretendió favorecer a determinadas ideas políticas. Nada de eso es cierto. Palacio se burla de todo y de todos hasta tal punto, que la única conclusión que se puede sacar de su obra, es que el hombre pertenece a una fauna intestinal risible y repugnante al mismo tiempo.

Como es natural, este ente de Pablo Palacio muy poco sirve para encender los lirismos del corazón. Pero sirve admirablemente para dar la impresión de lo abrupto de la vida, de su trágica realidad, de la verdad amarga y cotidiana, en la que tan lamentables maromas realizamos con el objeto de cumplir las leyes fundamentales de subsistir y perpetuarnos.

Creo que alguna vez me será dado estudiar con mayor detenimiento los personajes de las obras de Pablo Palacio. Ellos no tienen ubicación espacial ni temporal alguna. Son seres que pueden encontrarse y reconocerse en todas las latitudes y en todo tiempo. Sea en el Polo Norte y bajo la Línea del Ecuador, pero en todos

ellos late un hondo corazón con todos los defectos humanos.

Su primera obra "Un Hombre Muerto a Puntapiés", es una colección de cuentos desconcertantes en los que las situaciones humanas se presentan con desnudez crudelísima y terrible sencillez. ¿Para qué vestir con túnicas doradas al hombre corruptible y carnal que lleva en sí mismo, en su interior, lo único incorruptible que es su espectro? Parece que este razonamiento se hizo muy de continuo Pablo Palacio. Sobre todo en sus dos obras posteriores, en "Débora" y la "Vida del Ahorcado", esta actitud vital la lleva a los extremos. Estrictamente no son novelas, son trágicos monólogos interiores que horadan implacablemente, sin dejar posible resquicio de bonanza, nuestra triste condición humana.

Recuerdo perfectamente hace cerca de tres lustros como me conturbaron la lectura de esas novelas. Como pensé en la terribilidad del hombre que veía tan hondo y con tanto pesimismo. El Teniente de "Débora" y Andrés Farinango de la "Vida del Ahorcado" son los mismos y a la vez tan diferentes. Así como un hombre es tan semejante a todos los demás y a la vez tan diverso en lo íntimo, entre sus murallas de soledad. Esos muros ha minado Pablo Palacio, los ha derribado, los ha pisoteado y ha proclamado onrdamente: "he ahí el hombre metido en su cubo —que es la vida— de grandes muros lisos y desnudos, en donde todo lo que entra se alarga o se achica, se hincha o se estrecha, para adaptarse y colocarse en su justo sitio como obra de goma."

He ahí la niveladora fórmula a la que redujo la completa existencia humana este extraño escritor. La vida parece que tomó su revancha terrible del hombre que tanto la desacreditó sumiéndolo en largos años de impenetrable soledad. Felizmente hace poco se liberó de su obscura cárcel mortal. Ahora sólo ha quedado su imperecedero recuerdo en quienes tanto lo admiramos y también sus ideas que brillan con fulgor duro, acerado y sus pensamientos originales sobre el mundo y el hombre que aún constituye el más grande de los enigmas.

Quito.

H U M B E R T O V A C A S G O M E Z

ALEJANDRO CARDENAS

*Me es familiar su nombre, por boca de mi abuelo.....
Me place la figura de Cárdenas..... Su gloria
habita un gran palacio, muy raro en nuestro suelo:
el palacio marmóreo de un dios de la Oratoria.....*

*Le conocí cuando era sol humano en ocaso.....
Parecia un patricio de la Roma gigante,
vivos los ojos negros y señoril el paso,
cerebro en su vigor y vejez elegante.....*

*Le vi, la última vez, bajo el sol de su tierra.....
Conservaba robusto su caballo de guerra,
la ironía inmortal..... Un dolor exquisito,*

*viendo pasar a Cárdenas, me hirió de llano en plano;
pues pasaba, en verdad, el último romano,
por una de las calles coloniales de Quito.....*

Quito, a 24 de octubre de 1945.

REMIGIO ROMERO Y CORDERO

HUMO DE PERENNIDAD

*¡Qué tortura sin tregua la del hombre en su ruta!
Ambular por el mundo llagado de océanos,
de heridas agrietadas, de laderas inhóspitas,
de llanuras que tienen ardores de mujer.
Ambular por la tierra donde la vida es flor
de sonrisa y quejumbre.....
Sin ignorar que el hombre sólo conquista al hombre.
Que apenas somos sombra de nuestra misma sombra.*

*Tajar con las pupilas, espadas de dos filos,
la uva del espacio. Y al absorber su hálito,
llenarse como el ponto de azul inmensidad.
Desnudar los luceros que embriagan con sus jugos.
Enterrarse en la noche cual cocuyo sonámbulo.
Y pensar que al retorno de los ojos se encuentra
sangrando, igual que otro lucero,
el propio corazón.*

*Abrir un surco nuevo, mojado de esperanzas.
Sembrar el grano vivo. Y esperar que la luna,
abeja del ensueño, derrame leche fértil.
Un día, bañado de rocío, de sonido de ramas,
comer su fruto ubérrimo.....
Sin ignorar que somos para el hambre del barro
semillas que agiganta el dolor de ser nada
cuando nos nutre el cosmos.*

*Ennoblecen las cosas con la pintura diáfana
del ideal, la ilusión.*

*Creer que los planetas siguen la ruta clara
que deja en el vacío la voz grandilocuente
del humano saber.*

*Encender las antorchas de anhelos sempiternos.....
Sin ignorar que somos átomos encendidos
en música fugaz.*

*En el ala condórica de la idea escalar
la más ignota cumbre.*

*Romper enloquecidos velos de luz insólitos
por el áureo deseo de que crezca su forma
y perdure la alondra rebelde de la voz.....*

*Sin ignorar que todo es sueño vagabundo,
mariposa que cae en gota de ceniza
si la muerte la toca con su aliento fatídico.*

¡Qué tortura sin tregua la del hombre en su ruta!

Renacer en el alba. Morir en cada noche.

*Vivir tañendo el arpa del alma que se estufa
en nota de tiniebla o en grito de relámpago.*

Por algo hemos de ser espíritu del cosmos.....

*Envueltos en arcilla y en el humo invisible
de la perennidad!*

Quito, Mayo de 1944.

D O S P O E M A S

TRABAJA, TU

*Trabajar, es hallarse cada día a si mismo;
es salir de la inercia, como de un hondo abismo
y entregarse, confiado, a la diaria labor.*

*Trabajar,
es llevar
a la práctica santa esa excelsa aptitud
que al hombre le mantiene en la doble actitud
de sembrador perenne y de cosechador.*

*Trabajar,
es crear;
es sacar de la nada, a la luz del vivir,
y, en cierto modo, darles un hablar y un latir
a la forma en la piedra, en la tierra a la flor,
al poema en el libro y en el lienzo al color.*

*Todos llevamos dentro un cuantioso tesoro.
Sentirse capaz de algo es ya un descubrimiento.
Son la idea y la fuerza la propia mina de oro
y explotarla es preciso con máximo ardimiento.*

*A través de la vida,
todo es surco y simiente;
mas, la opima y madura cosecha apetecida,
es fruto del heroico trabajo solamente,
que une simiente y surco y del sembrado cuida
con mano diligente.*

*Trabaja, tú; y tu obra, al claror de los astros,
será huella indeleble entre perdidos rastros.
¡Obra que signifique consciente esfuerzo de hombre
que ha de poner a salvo del olvido tu nombre!*

POR HUMILDE Y POR BUENO

*Asno, amigo; ¿qué haremos para que el hombre ingrato
el abuso no extreme con tu santa paciencia,
ni se traduzca en golpes y en blasfemias su trato
para ti que sólo eres trabajo y obediencia?*

*Si a paso lento marchas, porque tu paso es ese,
pronto está la cruel mano para hincarte la espina,
por más que ya la carga sobre tu cuerpo pese
desde que el sol fulgura hasta que el sol declina.*

*Los chiquillos te buscan para aprender el modo
de montar a horcajadas, y te llueven azotes
si saltas mal la acequia y te hundes en el lodo,
mientras te llaman todos con ofensivos motes.*

*Tus dos grandes orejas, que te sirven de antenas,
de tu andar a igual ritmo se mueven, desgarbadas,
y no hay nada que exprese mejor tus hondas penas
como ellas cuando caen, sin tuerzas, agobiadas.*

*Eres sobrio. Te bastan, para aplacar el hambre,
unos pocos yerbajos. Nadie aseá el pesebre
en que duermes. Las moscas, en zumbador enjambre,
te acosan. Y en tu estiércol ya fermenta la fiebre.*

*Me duele el ver tu lomo hecho una llaga viva,
y medito, indignado, en tu infame suplicio.....
Se te cree insensible por tu actitud pasiva
y de torpe te acusa el que es torpe en su juicio.*

*No obstante, por humilde, por paciente y por bueno,
en un bello pasaje de la Biblia encontramos
que fué elegido un asno para que el Nazareno
a Jerusalem entre el Domingo de Ramos.....!*

TRADUCCIONES

LA BULLE

De Alberto Samain

*Bathylo, en el corral donde la clueca vuela,
montado en una escala sopla en una pajuela
el agua jabonosa que hace espuma y se niega
en complacerle. El niño que se agota, reniega.
Mas percibe en su boca una acritud salina
y es que, con más fortuna, una pompa se afina
y llevada con arte se alarga y se destaca
y se trueca en un globo reluciente de laca.
El niño sopla siempre; ya se engrandece ahora
con los colores múltiples del prisma y de la aurora
y retrata en su espejo, transparente y sin par,
los árboles, la ruta, el caballo, el hogar.
Lista ya a desprenderse, prodigiosa, rutila.
El niño no respira, mas la pompa que oscila
sube rosada y verde, con alado donaire,
como un frágil prodigio, relumbrante en el aire.
Ya se pierde..... Y Bathylo, con el alma extasiada,
aun persigue su débil gloria evaporada.*

DAMOETAS ET METHYMNE

*Dametas, el poeta, y Methimo, el sabio,
en plena paz agreste truecan a flor de labio
sus diálogos, en tanto que pacen los rebaños
y corre el agua clara a través de los caños.
Methimo, grave, dice la esencia de las cosas:
la tierra, el aire, el fuego, la luz, las nebulosas.
Qué inmensa alma única, en un modo diverso,
transforma sin cesar el eterno Universo
y se revela igual, con sentido profundo,
si es que gira un insecto o da vueltas el mundo?
Dametas, a su vez.— ¿Y qué necesidad
nos hace amar la vida, la belleza y bondad,
qué acorde ley, cual arte de unos orfebres sabios,
ha recortado lises y cincelado labios,
y qué soplo celeste anima en toda hora
el bosque y mar a un tiempo, con su onda sonora
y llega hasta nosotros de los astros lejanos
a través de los piélagos y remotos arcanos,
con el ritmo armonioso del éter musical
donde giran celestes esteras de cristal?.....
Así van enlazando sus mágicas quimeras,
Las vacas, aquí y allá, mugen en las praderas.*

(Aux Flancs du Vase).

LA GRENOUILLE

*Cloris buscando un fruto en la tierra se afana,
mas descubre, de pronto, una pequeña rana
que medrosa, y, temblando por su suerte final,
en la sombra se encoje, cual cimbra de metal,
y agitando sus miembros y moviendo sus patas
salta sobre las fresas y sobre los tomates*

en busca del estanque, en donde sus hermanas
huyeron de peligros y asechanzas malsanas.
Por dos veces ya Cloris, a quien la caza excita,
ha tenido en sus manos a la pobre ranita,
pero, más ágil que ella y más pronta, otras tantas
la rana se ha escapado, resbalando a sus plantas.
Cloris al fin la tiene. Cloris canta victoria.
Cloris, de ojos azules, de su madre es la gloria.
Su belleza celeste sonríe al claro cielo
y sus rubias guedejas son un doble arroyuelo
que cubren con un velo de oro a sus mejillas
rosadas, y, si ríe, descubriré maravillas.
Curiosa se apodera de ella un instinto pío
al sentir el contacto de un cuerpo vivo y frío.
La pobre bestezuela que teme por su suerte
al sentirse cautiva, indefensa e inerte
le lanza una mirada que es casi una demanda.
Y Cloris, cuya mano lentamente se ablanda,
muestra piedad al sentir, por el miedo alocado,
latir un diminuto corazón torturado.

LE BONHEUR

Para calmar al niño que llora y se arrebata,
Eglé, cediendo al fin, su corpiño desata
y pone libre un globo de nieve, primoroso,
que ha de aplacar al niño que de leche está ansioso.
Con sus pequeños dedos la nivea poma estruja
y pega su boca ávida al pecho que burbuja.
Eglé sonríe casta y feliz en su gozo
al sentir del infante el colmado alborozo.
El fuego en el hogar alumbra, y su semblante
cobra reflejos rosas con la llama espejeante.
A pesar que en la calle silva el viento y hay ruido
el niño se ha quedado dulcemente dormido.

*Y sueña con arrobos; sin humanos resabios,
mientras tiembla una gota de leche entre sus labios.
Al mismo ritmo tierno la madre, en sus rodillas,
lo mece, y lo contempla desnudo entre mantillas.
Aquel ambiente grato al sueño, al fin, la toma
y hace doblar flexible su cuello de paloma.
Frente a ella, al amparo de la lámpara, serio
el padre de frente amplia, que descifra el misterio
de los dioses antiguos, ve la escena ejemplar:
el niño con la madre en la paz del hogar.
Y en la cámara, donde bate un triple latido,
adora la existencia de su hogar bendecido.*

(Aux Flancs du Vase).

CETTE FILLE, ELLE EST MORTE.....

De Paul Fort

*Esta muchacha ha muerto, ha muerto enamorada
a enterrar la llevaron al nacer la alborada
y la han dejado sola, sola en su nicho helado
y la han dejado sola, sin un alma a su lado.
Luego, alegres tornaron cantando melodías,
cantando alegremente a seguir su jornada,
esta muchacha ha muerto, ha muerto enamorada,
y se fueron al campo, como todos los días.*

De "Ballades au Hameau".

VOYELLES

De Arthur Rimbaud

*A negra, E blanca, I roja, U verde, O azul, vocales.
Yo diré alguna vez vuestras genealogías.
A, negro corset velludo de las moscas letales
que brillan y pululan en las carroñas frías.*

*Golfos de sombra. E, candor de flotantes cendales,
lunas blancas, armiños y crispas de peonías.
I, púrpura, sangre de esputos, risa de labios carnales
en la cólera o en embriagueces impías.*

*U, círculos. Rumor del mar divino. Olas y fugas.
Paz de praderas animales. Paz de arrugas
que alquimia en frentes sabias deja como despojos.*

*O supremo clarín de extridencias extrañas,
silencio a través de ángeles, mundos y montañas.
O, el omega, rayo violeta de sus ojos.*

(Poesías Completas)

Guayaquil.

CUSINGA, CAPULI EN LYS

(Fragmento)

RESURRECCION DE MANUELA

*Manuela, mi Manuelita,
¿de qué se olvidó tu taita
al asentarse en el crisma
esta palabra Manuela?
Que me resisto a pensar
sea nombre de criatura,
y más de cristiana linda!*

*Manuela, mi Manuelita,
se me hace duro nombrarte,
pero hay nada más que obrar
de las tripas corazón,
y que me llueva a la boca
la emoción con que te evoco.....
Velay.....? vesla palpitando?*

*Que unos otros le describan
a tu "belleza de diosa",
Manuelita, mi Manueíta,
que yo solo me contento
poniéndote el posesivo
en el cual te mando envuelta
toda mi ansia defraudada.....*

Debió haber un temblor-luna
en sonámbula crismera
al ungirte con el óleo,
de olivares españoles,
que supo, por ser de tierra,
que tu nombre, con lo feo,
debía tener tocayos
magníficos en la Historia;
para señal: doña Sáenz,
Manuela, la de Bolívar.

Pleito de amores hiciste,
Manuela, mi Manuelita,
pero tras ellos habían
los instintos de tu sangre
que al par que tu "traicionabas"
a tu sangre de cuencana,
tu despertabas orgullos,
dignidad y más conciencia
en el retazo de tierra
colonial del Rey de España.....

Bueno , pues, resignación,
me convengo con tu nombre
por ser tú quien lo padeces.

Manuela, mi Manuelita,
por tí el sol se vuelve cuerno
de abundancia a derrochar
fragancia, polen, colores,
altitud de esencia libre,
vena mayor de la sangre
varona para desearte.

Manuela, mi Manuelita:
por tí amanece más antes

y los pájaros se aduermen
al fondo de tus pestañas.

Manuela, mi Manuelita,
morena de tez de rosa
madurada a la intemperie,
eres como pequenito
de perfumes capitales
agitados en tu carne
crisol de la tentación.
.....morena leche canela,
hoguera ardiendo sin llama.....

Banderas manan tus pechos
de pezones respingados
y de tumpos altaneros,
por los que no hay discusiones
si son chatos o alargados
en sus polos de deleite.
La noche y tiniebla son
nada más que bocanadas
de sus axilas de psalmo
del Cantar de los Canticos.

Castañuelas en tus muslos
crepitan cuando tu pasas
deteniendo el pulso al viento,
robándole ritmo al agua.

A dedo y lengua yo pruebo
tus cielos y tus infiernos!

Tu ombligo..... tu vientre..... tu.....
es por ellos que concedo
que Dios se haya demorado
siete días en hacernos
la terrestre Creación.....

Manuela, mi Manuelita,
canela fina de aroma
del condumio del pecado
para ti se hizo esta copla:

"El zoquete que se muere
sin gozar de una morena,
pasa de esta vida a la otra
sin saber lo que es canela".

Manuela, por ti no vale
el chapetón ponderar
la excelencia de algo bueno
diciendo: "Castilla cosa".....
Fuiste Cuenca y eres Cuenca,
serás Cuenca porque a ti
no te hecen mella los tiempos
de verbo ni de los siglos.

Manuelita, que me prendo
la lengua con tu recuerdo,
por eso me vas naciendo
tan afilada en mi lápiz.
Atados mis pulsos tengo
en ríos reverenciando
tu lecho de carne y hueso
para mi tiempo y mi sed.

Manuela, mi Manuelita,
estribillo así tu nombre
para ver si a su conjuro
vienes a honrarte en mi lecho.....

Manuela..... qué no daría,
para arreglarte las ligas!
Pero en tu saya yo horneo,
a carbonizar, templanzas.....

*Manuela..... muy gran calor
se me apechuga en las venas.....
A lengua devano besos
donde se aroman tus muslos!*

*Con los jugos de tus senos
dínamos prenden mis dedos.
Auroras a tumbos graman
en un motin de latidos.*

*Manuela, mi Manuelita,
por vos no hubieron relojes
en las torres de los templos:
tú dabas la hora en tus ojos.*

*Manuela, mi Manuelita,
a los más blancos maizales
los cosecharon tus labios
para en coral injertarlos.*

*Canela criolla tostada
con claveles y amapolas,
canela espuma esparcida
para amasijo en tu vientre.*

*Oh! tu bandera del pubis
para asta de mi deseo!*

*Azul de medias y enaguas,
te enrosco todo mi anhelo
al Ecuador de tus montes.....
y aún me sobran deseos!.....*

*Manuelita, mi Quezada,
de medio pelo tu sangre,
no tenías latifundios,
ni pergaminos de noble,*

no condados, no ducados,
no castillos ni azafatas,
sin embargo..... tú reinabas
con sólo plantar tu pie.
Manuelita, la Quezada,
la de oyuelos en los codos,
envolúntate a asistirme
para enjorar mi romance.

Llave para tu huerto.....
lumbre para tu hogar.....
poro para tu carne.....
me signo la vida en tí!

Manuelita de León.....
Manuelita de Seniergues.....
Manuelita, mi Quezada.

.....Tu Patria te traicionaste.....
que no, que naciste Patria
en tu carne que clamaba
por audiencia o virreynato.

Manuela..... fuiste Manuela.....

Cuenca.

CONSIDERACIONES ACERCA DE LA POESIA ECUATORIANA

A PRETEXTO DE UN CUADERNO DE POEMAS DE
HUMBERTO VACAS GOMEZ:

"CANCION DE TU SOLEDAD Y LA MIA Y OTROS POEMAS"

Se ha dado a la estampa un cuaderno de poesías de Humberto Vacas Gómez, editado por la Casa de la Cultura Ecuatoriana en un papel ciertamente vistoso, que ha entrado en circulación bajo el título: "Canción de tu Soledad y la mía y Otros Poemas".

El poeta Humberto Vacas Gómez, militó en el grupo literario de "Últimas Noticias", que actualmente se ha replegado en torno a la página literaria de "El Comercio". Por eso, antes de referirnos a la obra poética de Humberto Vacas Gómez, no estamos excusados de aludir al significado del Grupo de "Últimas Noticias" en el desenvolvimiento de la poesía ecuatoriana contemporánea.

En los días anteriores a la segunda guerra mundial una racha de desfallecimiento cruzó por la literatura nacional. El snobismo sociológico en la poesía y en el relato había agotado sus últimas reservas. *El arte social*, como se designaba a esta tendencia, se había refugiado, más por instinto conservador que por convicción estética, en las artes plásticas. Dejaron de aparecer libros. La literatura de consumo cotidiano era la información cablegráfica de los diarios. Una que otra revista sería, como "América", del Gru-

po intelectual más respetable del País, hacía sus entregas clandestinas, con menos circulación que los magazines extranjeros. Porque con esta revista acontece un fenómeno singular: es menos desconocida en Buenos Aires o México D. F., que en Quito o Guayaquil. Todos los hombres del mundo dedicaron sus afanes a vivir, aunque fuera de segunda mano, como nosotros, la hecatombe.

Y precisamente en este clima nada propicio, indiferente, aflora a la literatura ecuatoriana la primera página literaria de "Ultimas Noticias", en diciembre de 1943, en plena conflagración. La novedad de esta página no residía en la aparición. Se podía pensar en su destino efímero como otra cualquiera página de periódico. Mas no fué así: no se trataba de un campo de experimento para noveles escritores, ni de un escaparate de exhibición para literatos consagrados. En esta página los jóvenes escritores exponían una teoría estética, no muy nueva en el mundo de las letras, tanto que data del invierno de 1925-1926, cuando una polémica sobre poesía pura sacudió a París; pero sí algo extraña en el panorama de la literatura ecuatoriana. Fueron los primeros que comenzaron a hablar de "arte puro" y "poesía pura". De aquí que todos sus poemas, relatos, ensayos literarios y estéticos, reportajes, críticas, iban adquiriendo categoría de manifiesto.

Ellos, al igual que Jean Corteau, sabían que hablar de "poesía pura" es un pleonasma, pues no hay poesía que no sea pura; pero se acogieron a este lema para combatir el dogmatismo socialista en la literatura. Los escritores puros, los temas eternos estaban en derrota. Los políticos entraron a saco en la literatura y sustituyeron la técnica literaria por la *dialéctica marxista*. No importaba la poesía sino el cartel, no las artes plásticas sino el afiche, no la novela sino el documento humano. Los jóvenes desorientados se burlaban de Homero, Virgilio, Goethe, Baudelaire, Mallarmé, Valéry, Cocteau eran poetas burgueses. Proust no era escritor revolucionario, ni Husley, ni Gide, ni Joice. Solamente se leía literatura rusa de segundo orden. En este estado de cosas, al hablar de poesía pura, se abogaba por poner fin a la bancarrota literaria. Se luchaba por reanudar el imperio de la técnica, había que purificar la atmósfera literaria ecuatoriana. Mientras en el Ecuador los políticos embro-

Haban los conceptos estéticos, afuera soplaban los últimos vientos puros del cubismo. El término "puro" para los escritores jóvenes de "Últimas Noticias" tenía una acepción reivindicadora: retorno a los rigores de la técnica.

Los poetas de "Últimas Noticias" recogieron la verdadera tradición poética ecuatoriana, la que procede contemporáneamente del Grupo de Modernistas Humberto Fierro, Ernesto Noboa Camaño y Arturo Borja; del Grupo "Elan", grupo de grandes esperanzas que sucumbió en la marea política. Sus componentes principiaron como snobs y acabaron como militantes de los partidos de izquierda, o se aislaron como Ignacio Lasso, José Alfredo Llerena y Humberto Vacas Gómez, o emigraron como el exquisito y sensible Francisco Borja. Con esta genealogía, los poetas de "Últimas Noticias" procurarían en adelante imprimir a la poesía ecuatoriana una tercera dimensión: darle "la presencia del pensamiento abstracto". El propósito no dejaba de ser bastante arduo: nada menos que se intentaba superar el ciclo sentimental, aunque uno de los más técnicos de la poesía del Ecuador, de los Modernistas; el bazar de tazares que es la poética de Gonzalo Escudero; los acertijos de cristal de Jorge Carrera Andrade, el más fino prestidigitador, con Vicente Huidobro, de la poesía americana; el musicalismo conceptista de Ignacio Lasso, poeta espontáneo, que se deja arrastrar, reiteradamente, por el ritmo hacia la conversación; pero no desmayaron. En la lucha sin enemigo cumplían su misión un tanto mesiánica de salvar a la Poesía. Fueron los poetas que se hicieron eco del grito desesperado de Carrera Andrade: "¡Salvemos a la Poesía!".

José Alfredo Llerena y Humberto Vacas Gómez se situaron en el "realismo mágico", al tiempo que solicitaban para la obra poética una lógica de formas estéticas, como la poesía de Mallarmé y Valéry. En esta etapa crítica, la resaca de la guerra arrojó a nuestras playas a esa "isla de refinamiento francés" que fue entre nosotros Alfredo Gangotena, un poeta desconocido en Quito, pero no en París. El se incorporó al Grupo de "Últimas Noticias" y, con su obra, aclaró las ideas de sus compañeros. Entonces la concepción de los poetas de "Últimas Noticias" llegó a su punto culminante.

Como puede apreciarse, el esfuerzo de estos poetas es más im-

portante de lo que aparece a simple vista. Representan el punto más alto de la evolución poética nacional: el punto de partida para el ingreso de la poesía ecuatoriana en la mayoría de edad. A partir de hoy, la poesía ecuatoriana ostentará "fuerza de universalidad", y los juglares ocuparán el sitio que les corresponde en los cancioneros. Se podrá ser poeta puro o trovador. Una prueba de que los poetas de "Últimas Noticias" no han sido defraudados en sus propósitos, es la de que una obra prestigiosa como la de Raúl Andrade, de repente, ha sido considerada como un otoño de adjetivos. Ya el lector ecuatoriano contemporáneo está en aptitud de exigir literatura de ideas: prosa rigurosa de ideas lógicas o una poesía de ideas poéticas, de formas poéticas.

José Alfredo Llerena y Humberto Vacas Gómez, colocados ante la misma perspectiva poética: el realismo mágico: el uno mira hacia el mundo exterior con ojos de pintor impresionista y el otro mira hacia las sensaciones. Humberto Vacas Gómez es un plástico sensorial. Quizá no llegue a ser muy profundo, menos aún místico. Así nos lo demuestra en su cuaderno de poesía que ha motivado las consideraciones precedentes, "Canción de tu Soledad y la mía y Otros Poemas". Con ojo exquisito selecciona los materiales del mundo exterior, para narrar una peripecia de los sentidos. La retina del poeta Humberto Vacas Gómez tiene el sentido visual en dirección opuesta: en su interior observa las imágenes que se ha formado del mundo objetivo y escribe su poesía anecdótica. Ni siquiera en el poema "Muerte", uno de sus más celebrados poemas, ahonda en la filosofía de la muerte. No es sino una narración de un estado físico de asfixia ante la idea de la muerte. La realidad se distingue en la poesía de Vacas debajo de varias capas de lenguaje figurado, como el fondo de un estanque. No se le podría negar una substancia tenebrosa de gran poeta, a cuya inmensidad teme entregarse completamente y se aferra al mundo de los objetos, ya en forma de versos explicativos o sacando conclusiones racionales de sus poemas oscuros. En la forma, es uno de los poetas que más encantadoramente deforma la Sintaxis, porque así lo exige su temperamento.

En cambio, José Alfredo Llerena sobre la anécdota organiza plásticamente sus elementos pictóricos. Llerena es poeta estático

en su progresión poemática, Vacas es dinámico. Llerena es más pintor. Vacas más realista. Pero ya ambos poetas han decidido cortar las amarras que les ataba al mundo real. Enfilan la proa hacia la deslumbrante región de la poesía pura. José Alfredo Llerena acaba de publicar su poema "Los Niños del Valle", en el que se atisba el elemento constructivo y el dibujo del pensamiento, y el poema "Holocausto", del poeta Humberto Vacas Gómez, uno de los últimos, se aproxima a la definición que da Paul Valery del poema: "una duración de crecimiento y una figura en el tiempo". José Alfredo Llerena y Humberto Vacas Gómez, sobre todo Llerena, que cuenta con un don inteligente del ritmo prosódico del poema, están llevando a la práctica como divisa de su poesía la definición de Weidle acerca de la poesía pura: "La música de las significaciones apoyadas en las sonoridades".

En manos de estos poetas está el porvenir de la poesía ecuatoriana: Alfredo Gangotena, José Alfredo Llerena, Humberto Vacas Gómez y algunos otros, muy pocos, de aquel grupo de escritores y poetas muy jóvenes denominado "Madrugada", que —justo es admitirlo— no ha pasado aún de la media noche. Alfredo Gangotena camina a la vanguardia iluminando la ruta. El que, después de una centuria, supervivirá a Rubén Darío y Herrera y Reissig.

Concluyendo: podría afirmarse que el movimiento literario contemporáneo del Ecuador, en su gestación, coincide con los puntos de vista fundamentales mantenidos en la página literaria de "El Comercio".

BIBLIOGRAFIA

CUSINGA, CAPULI EN LIS

Un romance histórico

Para la historia ecuatoriana, capítulo de honda significación fué la presencia de la Misión Geodésica francesa de principios del Siglo XVIII. Al margen de sus trascendentales realizaciones científicas, los geodestas abren para la natural curiosidad criolla, los horizontes de la civilización europea. Con sus bagajes de material para los trabajos geodésicos —y un contrabando de "encantadoras cosas de París" que inteligentemente introduce el simpático monsieur La Condamine, vienen las ideas culturales del viejo Mundo, capitaneadas quizás por la cínica risa de Voltaire, para servir de fermento a la revolución americana, cuyo primer estampido, definitivo y de repercusión ecunémica resonará un siglo más tarde, precisamente, en esta gloriosa Capital de la Real Audiencia de Quito.

Pero, si los criollos se encandilan con la sabiduría de los franceses, no menor es el asombro de estos, que, fuera de encontrar una sociedad civilizada, hallan, como para prueba de preocupación por la ciencia y la cultura, por ejemplo, una familia Dávalos, riobambeña, en cuya casa "están domiciliadas las artes"; un eclesiástico que en su humilde Curato del Quinche, el Presbítero José Maldonado, lee y traduce a Malebranche; y, sobre todo, en Esmeraldas, dan, para colmo de sorpresas, con un sabio que se halla estudiando la manera de abrir —desde entonces!— un camino de Quito a Esmeraldas, que no es otro, sino don Pedro Vicente Maldonado, —hermano del Cura— con quien ha de fraternizar, especialmente,

La Condamine, y ha de llevarle más tarde, por las rutas que abriera Orellana, a presentarle en las Academias Científicas de Europa, en una de cuyas Capitales, Londres, cerrará sus ojos, prematuramente, para siempre.

En la aproximada década que dura en tierras de la Audiencia la estadía de la Misión Geodésica, la vida de algunos de sus miembros tiene incidencias que van de la comicidad a la tragedia. Así el bizarro don Antonio de Ulloa, intenta probar su gallarda cepa andaluza, bien erguida en el rango oficial que ostenta, mesándole las barbas al mismísimo Presidente de la Audiencia, don José de Araujo y Río. Monsieur Couplet, ayudante de la Misión, hallándose en lo arduo del trabajo en los eriales de Cayambe, muere de repente, frente al nevado que parece rezarle su profundidad con la blanca majestad de sus nieves. También el querido La Condamine tiene que librar, a fuerza de talento y simpatía, brava lucha con la justicia que le acosa como a contrabandista.

Por su parte, monsieur Paul Godin des Odonnais, que se casa con quiteña de ascendencia francesa, la dama que nació en la Villa del Villar don Pardo, Isabel Grandmaison, promueve una auténtica odisea, que, por desgracia, hasta hoy no ha habido quien la recree en forma literaria. Por supuesto, el Ulyses de esta Odisea, no es Godin; sino su mujer. Raro prototipo femenino de energía y fidelidad, quien por seguir las huellas de su esposo que se adelantó, de regreso a Francia, por el Amazonas, tiene que vivir durante veinte largos años, —justamente el tiempo que dura la odisea ulyseana— las más fantásticas aventuras, luchando contra la naturaleza y el infortunio bravíos, hasta dar con la Itaca, o el París de sus ensueños.

Más, la vida de uno de los geodestas que alcanzará la verdadera tragedia, es la del médico Joan Seniergues. Para concluir sus trabajos científicos, la Misión tuvo que trasladarse a Cuenca, la bella ciudad de Santa Ana de los Ríos, que en 1557 fundara el Capitán Gil Ramírez Dávalos. En ella Seniergues encuentra su gloria, su amor y su muerte.

Es este episodio trágico lo que, uno de nuestros auténticos poetas, G. Humberto Mata, ha traído a nuestra literatura, en uno de los

romances históricos de patético contenido dramático y de colorida brillantez literaria.

En su título: "Cusinga, Capuli en Lis", está encerrado el simbolismo de uno de sus personajes: la encantadora criolla Manuela Quesada, Cusinga, "flor de alegría", que por su gracia femenil, en la que se funden oros espirituales hispanos e indígenas, da en el capuli autóctono, incrustado, en virtud del amor, en la cortesana flor de lis de la Francia de Luis XV.

El romance abarca la trayectoria histórica que va desde la pintura de la Corte de Luis XV, en los momentos en que la Academia de Ciencias de París resuelve la medición de los arcos de meridiano terrestre en la Laponia y en el Ecuador, hasta la muerte de Seniergues, en un festival de toros, que ampara, celestialmente, la Virgen de las Nieves, en la plaza de San Sebastián de Cuenca.

Esperando había estado este acontecimiento histórico, que manos de poeta le dieran vida, y al modo y en la forma en que G. Humberto Mata lo ha eternizado en nuestras letras. Al narrador, en cuanto historia los hechos, nada hay que pedirle. Los detalles fundamentales, precisos están en su cronológico devenir. Lo que se sabe de los franceses, allí se ha consignado. Y, nada hubiera sido que un poeta, en forma romanceada o en cualquiera otra forma, lo hubiera relatado. Es que G. Humberto Mata ha sentido, o mejor ha vivido —porque el creador de belleza vive y revive— la emoción dramática y romántica de unos amores que dieron su flor de tragedia. Tanto es así, que sólo en su romance ha de encontrarse, con vida ya perdurable, la figura de una mujer que, por sólo serlo, hermosa, sensual y sensitiva, se incrusta en la historia colonial ecuatoriana. Pero aún la misma recreación poética no tuviera el encanto que tiene, si no estuviera engastada en los áureos metales de un romance que, elaborado con el más añejo mosto clásico, adquiere por su brio, por su viril gallardía, por su rico y sencillo modo expresivo, el más exquisito y refinado sabor americano. Apostura en la que hay mucho del gracejo galantemente amoroso del Arcipreste de Hita, —"a dedo y lengua yo pruebo tus cielos y tus infiernos"— de la picante ironía de Quevedo, y sobre esto, de la actitud arrochante de Martín Fierro, pero subida a un plano de espontáneo señorío, esta de G. Humberto Mata en su

romance admirable. Se le podrá acusar, con balbuenesco modo, que, métricamente, peca de cojeaduras. Pero es que esto se justifica, porque están sus versos salpicados del quichua y del francés, de ecuatorianismos y de galicismos. Y la imperfección retórica, frente a la total perfección estética, en suma, queda insospechada, ante el emotivo e interesante correr de la narración, ante la resurrección de personajes y drama, ante el sentimiento y la vida que van cobrando, sobre todo, la hedonista y arrobadora gracia de Manuela Quesada, —“muchacha no muy honesta, hermosa de rostro, comedida e insinuante”, al decir de Monseñor González Suárez,— y sus amores, que troncha y epiloga la muerte mosqueteril y caballeresca del médico Seniergues.

Abunda, en el remozamiento lírico de este romance, la elegancia de las imágenes, surgidas al discurrir narrativo, espontáneas, pero brotadas de la íntima esencia del espíritu y la naturaleza americanos. Es como si el verso, otra vez, en este poema, adquiriese una nueva armonía, alcanzara una plasticidad recién descubierta, una capacidad expresiva y una tonalidad que antes no los hubiera tenido.

Poema de nervio, de reciedumbre y agilidad, este romance, que brillanta y afirma la valiosa y seria tradición poética ecuatoriana. Quedará como una de las bellas piezas de nuestra producción literaria. Por sus puros valores esenciales, que destilan zumos para el regusto y la embriaguez artísticos. Pues este encantador romance de G. Humberto Mata es de esas raras obras a cuya lectura hay que volver frecuentemente, como a un elixir de eufóricos júbilos espirituales.

IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

Exegeta de Arciniegas

En Enero de 1941, al cumplirse el tercer aniversario de la muerte de Ismael Enrique Arciniegas, salía de la Imprenta del Departamento de Pasto, el primer tomo de una obra que, completada en 1945, con la edición del tomo segundo, ha venido a constituir, a la

vez que uno de los mejores monumentos literarios que se hayan levantado para honrar a un poeta americano, como Arciniegas, una de las más serias, fecundas y jugosas obras de la literatura moderna, cuyo autor es el escritor colombiano doctor Ignacio Rodríguez Guerrero.

Cuando en los *Antes* de la Universidad de Nariño se dieron a conocer anticipadamente, algunos capítulos del primer tomo, en el que se estudia a Arciniegas como poeta, la docta Academia colombiana de la Lengua, no tuvo por menos que, en justo reconocimiento de un auténtico representante de las letras colombianas, llamar a su seno, como Individuo de Número, al doctor Rodríguez Guerrero.

Ante todo, esta obra sobre Arciniegas, es, fundamentalmente, el trabajo de un humanista y de un crítico. De un humanista que ha bebido su sapiencia y su erudición, directamente. Empleando la lengua del Lacio, para gustar, en el propio azafate de arcilla latina, las geórgicas virgilianas; la de la Hélade, para el sorbo épico de la Iliada o la Odisea homéricas; aquella en que Goethe sublimiza la angustia faústica; aquella en que Heredia diamantiza sus trofeos; aquella otra en que Shakespeare eterniza los caracteres humanos y Whitman, heraldo telúrico, vierte el canto jocundo de América, para penetrar en la historia y la vida de las literaturas clásicas y modernas. Es, asimismo, trabajo de crítico. No del crítico —como muchos abundan— que por parecerlo, se sitúa en los extremos antipodas de la negación o la alabanza, del vituperio o el reconocimiento doctoralizantes. Sino del crítico de altura y de fondo, con amplia capacidad de conocimiento y de interpretación de la belleza y de la verdad. Del crítico con harto lastre humanístico y madurada finura espiritual y mucha claridad mental, como para dar al juicio certeza y serenidad.

Ignacio Rodríguez Guerrero, no se propuso, en el primer tomo de esta obra, hacer la acabada biografía de Arciniegas, que, por lo demás, hombre éste de actividades múltiples, de vida con dramatismo, proyectados en la política, en el periodismo, en la cultura de la fraterna Colombia, se la merece. Se propuso hacer la biografía del poeta. Intento original y arduo. Que en sus manos, de humanista y crítico, tuvo, felizmente, la más completa realización.

Por qué? Porque al trazar la biografía de Arciniegas, como poeta, no es que Rodríguez Guerrero se haya contentado con sólo seguirlo, más o menos cronológicamente, más o menos históricamente, en su trayectoria poética, en su camino de "fabricante" —como pudo haberlo dicho Paul Valéry— de poesía; sino que, alrededor de este poeta, movió todo un ciclo de expresión literaria, en el más interesante juego de estudio comparado, de alcances universales, para destacar, precisamente, justamente, los valores esenciales de un poeta y de una poesía que quedarán, perdurando y viviendo, en la cultura continental.

Y no es que desechemos la "síntesis biográfica" que inicia el contenido del primer volumen, y en el que, como "síntesis" están los datos importantes de la vida de Arciniegas, contada, además, en un encantador estilo narrativo, en el que se destaca, merced a un lírico pulso pictoricista, el cuadro vivo y colorido de la tierra santandereana en que vió la luz el poeta y traductor colombiano. Es que, más que el mismo poeta, es su poesía la que ha servido de centro motriz para que Rodríguez Guerrero, levantara, sin atiendo, tal vez sin proponérselo muy deliberadamente, mas bien para dar cauce fluente a su saber, influido por su misión catedrática, y, quizás también, en fuerza de su espíritu crítico, una cátedra en la que de leídas, se deleita, se aprende, y, sobre todo, se gusta de un jugoso discriminar, de un metódico, oportuno juego de las referencias, de una acertada concitación de la historia, de un maestro manejar de la crítica, y de un claro ver y comprender la belleza, así surgida, de las comparaciones, de los paralelos, de las semejanzas y de las diferencias.

Aún cuando Arciniegas hace su presencia en las letras colombianas, cuando el romanticismo empieza a declinar, y aún cuando su obra poética conserve algunos de los más puros matices románticos, siendo esencialmente la de un parnasianismo, Ignacio Rodríguez Guerrero la estudia con sentido ecuménico, relacionándola con el clasicismo, de cuyas fuentes nutricias nace, y con aquellas que erigieron verdaderas escuelas literarias, como el parnasianismo y el simbolismo de extracción francesa, y el modernismo, que nace en legítima tierra americana. No es de extrañarse, pues, que la crítica, al parecer sencilla, de una sola obra poética, suscite, al po-

der de la voluntad de quien la realiza, la presencia de la historia de la literatura universal, hasta dar la cabal impresión, o certidumbre, de que su autor ha exprimido los temas hasta agotarlos. Mas, es necesario comprender que Arciniegas es figura de contorno continental, y que también, su biógrafo, o más precisamente su exégeta, es un crítico de mirada honda y larga que no pudo escapar de ninguna manera, a la tentación innata de trazar alrededor de un nombre ilustre, uno de los más medulares y sápidos ensayos literarios de estas horas.

Si al estudiar a Arciniegas como a poeta, Ignacio Rodríguez Guerrero sorprende por sus dotes intelectuales admirables, en el segundo tomo, dedicado al traductor, se confirma rotundamente. El humanista, el crítico, el historiador y el esteta aparecen en forma definitiva. En verdad, en Arciniegas no se sabe qué admirar más: si al poeta o al traductor. Claro está que una sola de estas facetas bastaría para afirmar su personalidad. Pero ambas hacen de él una figura ambivalente. Ambas se complementan para hacer de él un hombre de excepción. Buzo explorador en las aguas de las lenguas clásicas y civilizadas, dueño de un raro y fecundo don de asimilación, pudo interpretar, no digamos con el máximo de fidelidad, ya que ésta no constituye, como puede creerse, el triunfo de un traductor, sino con el máximo poder estético, producciones poéticas del latín, francés, italiano, inglés, portugués. Pues, Rodríguez Guerrero, al analizarlo en esta modalidad, llega al dominio completo de su maestría literaria, tanto como para desvanecer cualquier prejuicio dubitante. Ensayos como aquel sobre Horacio y los horacistas, como el de Heredia, bastan y sobran para llenar la curiosidad más exigente, para deleitar largamente a quien guste beber el copitoso vino de la literatura.

Ignacio Rodríguez Guerrero afirma la presencia de una auténtica figura de las letras americanas contemporáneas. Prueba patética es su obra sobre Arciniegas. Otras tiene, que se hallan en prensa en estos momentos: una de estudios históricos, y, otra de literarios. Otras también que irán publicándose poco a poco: *Estampas de Pasto Antiguo*; *Ideas Políticas del General Santander*; *Las Mujeres del Quijote*; *La Poesía Moderna en Colombia*.

Pero, pocas veces se darán, en que se levante una estatua lite-

raria de la esbeltez y solidez con que Ignacio Rodríguez Guerrero ha levantado para Arciniegas. La más perfecta biografía no lo hubiera logrado. Obra en la que, si se admira los valores intrínsecos del poeta en vuelo ya de eternidad, se admira también las raras cualidades del artífice. Dudamos que otras manos que no hubieran sido las de Rodríguez Guerrero hubieran podido levantar semejante monumento. Comprimir la historia literaria universal, en bloques exactos para un basamento perdurable, para un ensamble preciso, que no salga del lugar y del tiempo en que cada motivo lo requiere. Exaltar, por la comparación múltiple, la creación estética, al tiempo que, en gracia de la misma señera actitud crítica, se señala lo que no tuvo lograda perfección. Utilizar, asimismo, el instrumento de una prosa que alcanza, por su sencillez y elegancia, la majestad de lo clásico, es bastante dar y bastante pedir. Además, en el fondo del sér espiritual de Rodríguez Guerrero está, como en el nacarado escondite de su concha la perla, el poeta. El poeta de hondas auscultaciones, de refinada y recia sensibilidad.

Alfonso Méndez Plancarte, escritor mexicano, tuvo, en mala hora, la mala tentación de hacer ciertas glosas infundadas a la primera parte de la obra de Rodríguez Guerrero, y sobre aquello en que éste demostraba absoluto dominio. Fué ocasión para que el exégeta de Arciniegas, luciera su vigoroso temperamento de polemista. Y si en esta polémica —puesta como áureo colofón del tomo segundo— y en la que, por cierto, Méndez Plancarte queda, según lo anota Remigio Tamariz Crespo: "conjugado en todos los tiempos de los verbos habidos y por haber", Rodríguez Guerrero vuelve a mostrarse, de nuevo, el crítico y erudito de perfecta conformación, su polémica adquiere, al calor de la refutación y la prueba, fieros relampagueos montalvinos, que quedarán fulgurando en las páginas epilogales de su obra, doble honra para Colombia y mérito grande de las letras americanas.

EL PREMIO TOBAR DE LITERATURA DE 1946

Quito, diciembre.—El Premio Tobar de Literatura por el año de 1946, la más valiosa distinción que se confiera en la República de las Letras, ha sido otorgada al libro de Augusto Arias "Panorama de la Literatura Ecuatoriana".

El poeta Augusto Arias ha hecho una carrera literaria segura y valiosa. Es uno de los pocos escritores ecuatorianos que ha hecho carrera literaria. Pacientemente: como hombre de estudio ha allegado en su cerebro la sabiduría del mundo y como poeta ha ido descubriendo en sí mismo el secreto del Universo. Porque, ¿qué otra cosa es un poeta que un volcán por donde se vierte la lava cósmica? Paso a paso, el poeta Augusto Arias ha escrito, desde los días de su primera juventud, poesía, ensayos literarios y estéticos, biografía, ensayos sociológicos, y, ya en la madurez, ha comenzado a escribir libros que resumen su vasta cultura de intelectual: Antología de Poetas Ecuatorianos y el Panorama de la Literatura del Ecuador. A través de su ingente labor literaria que ha dejado sus huellas en más de veinte volúmenes, Augusto Arias ha ejercitado la pluma hasta crearse un estilo nada difícil de reconocer en la literatura nacional. Es el límite, la arista donde se reúnen la antigua y nueva literatura del Ecuador. La novedad de la literatura de Augusto Arias tiene siempre cierta resonancia antigua. Siguiendo la enseñanza del mejor poeta de la segunda mitad del Siglo XIX, Carlos Baudelaire: "la inspiración es el trabajo", Augusto Arias ha laborado sin tregua, hasta constituir un punto de vista singular en la literatura del Ecuador. Por otra parte, su vida de poeta debe sernos ejemplar: en este país en donde no es nada raro encontrar innumerables "poetas frustrados", Augusto Arias va a morir como poeta, escribiendo poesía. El ha comprendido que no se nace poeta, se muere poeta.

Con el "Panorama de la Literatura Ecuatoriana", Augusto Arias da a la publicidad el resumen de su vida de estudioso de la literatura. Esto es precisamente lo que ha constituido la columna vertebral técnica de su producción literaria. Como artista moderno,

Arias, ante todo, ha tratado de ser hombre civilizado, con dominio científico de las modalidades y de los géneros literarios. Porque en este siglo no se puede concebir un artista empírico o inspirado. El artista contemporáneo está obligado, como lo estuvieron los Maestros de todos los tiempos, a dominar los procedimientos y las ideas fundamentales que los sustentan. El artista es un teorizante y realizador de su teoría artística. El siglo XX ha desechado completamente de la inteligencia el azar.

Lo más certero en el libro de Augusto Arias es el esquema. No deja lugar a dudas de que sea la forma de tratar la historia de nuestra complicada literatura nacional. A veces por etapas cronológicas; por generaciones en otras; o ya tomando en cuenta figuras representativas de una época, Augusto Arias ha utilizado un método flexible, adaptándose a las circunstancias de los sucesos literarios. Si ha incurrido en arbitrariedades, no se le podría acusar de ellas, porque son inherentes al desarrollo de nuestra literatura, algo complicada por su falta de claridad en las corrientes estéticas. No se habría podido clasificar nuestra literatura por movimientos literarios, por cuanto no hubo en ella tendencia definida. No se podía tampoco hablar de generaciones ni de grupos literarios, puesto que ha sido frecuente el caso de escritores aislacionistas, y más que grupos literarios se han reunido grupos de amigos literatos. A excepción del grupo modernista de Arturo Borja, Ernesto Noboa Caamaño y Humberto Fierro, poetas con concepción definida, aunque no muy original.

Hay algo en el libro de Augusto Arias de que tampoco se le puede acusar: de que sea incompleto. Casi es demasiado completo. Da una visión minuciosa del devenir literario a lo largo de más de cuatrocientos años. Esto, desde luego, no es para preocupar, ya que el tiempo se encargará de eliminar de la Historia de la Literatura, lo menos consistente, lo deleznable. La crítica literaria no consagra, no brinda la gloria, esa gloria que "es cosa escondida y no irradiante; que es celosa, personal", en expresión de Paul Valéry, sino el tiempo. El tiempo no es el enemigo menos mortal del artista. De aquí a muchos años sabremos si los mejores escritores del Ecuador fueron aquellos que presumían de haber escrito más libros.

Y como Augusto Arias, escritor moderno, ha dedicado sus afanes al periodismo, se ha expresado en esta obra en lenguaje accesible a un mayor número de lectores. En un estilo fácil, que sin embargo de ser periodístico, no desciende a lo pedestre. Siempre lleno de observaciones sagaces y de enjuiciamientos equitativos. Pero el mérito del libro de Augusto Arias no se limita a lo expuesto. Hay algo más: en él se ha formado una antología de todos los géneros con un criterio maduro, exquisito. Este rasgo hará de la obra de Augusto Arias algo perdurable. De todos modos, el "Panorama de la Literatura" por su forma expresiva y el esquema de su contenido será un libro de lectura obligatoria durante mucho tiempo.

C R O N I C A

DIRECTORIO DEL GRUPO AMERICA PARA EL AÑO DE 1947

En Asamblea del 23 de Diciembre de 1946, el Grupo América eligió el siguiente Directorio que debe regir los destinos de la Entidad en el transcurso del año de 1947:

Sr. Dn. Gustavo Vásconez Hurtado, Secretario General;

Sr. Dn. Carlos Tobar Zaldumbide, Director del Instituto de Cultura Americana;

Sr. Dn. Antonio Montalvo,

Sr. Dn. Augusto Arias y

Sr. Dn. José Alfredo Llerena, Directores de la revista "América";

Sra. Dña. Hipatia Cárdenas de Bustamante y

Sr. Don. Isaac J. Barrera, Directores de la Biblioteca de Autores Americanos;

Sr. Dr. Dn. Wilson Córdova Moscoso, Procurador;

Sr. Dr. Dn. Antonio Santiana, Director de la Editorial "América";

Sr. Dn. Gerardo Chiriboga, Tesorero y

Sr. Dn. Alfredo Martínez, Secretario de Actas y Comunicaciones.

NUEVOS SOCIOS DEL GRUPO AMERICA

En sesión especial que tuvo lugar el 16 de Noviembre de 1946, fueron acogidos en el seno de nuestra Institución, en calidad de socios activos, los señores don Humberto Vacas Gómez, doctor Wilson Córdova Moscoso y el Prof. guayaquileño don Francisco Huerta Rendón.

PREMIO TOBAR DE LITERATURA DE 1946

Motivo de la más íntima congratulación para los miembros de nuestra Entidad fué la adjudicación que la muy Ilustre Municipalidad de Quito hiciera del Premio Tobar de Literatura correspondiente a 1946, al distinguido consocio señor don Augusto Arias por sus importantísimas obras publicadas en dicho año: "Biografía de Pedro Fermín Cevallos" y "Panorama de la Literatura Ecuatoriana", con las cuales ha confirmado en forma rotunda su bien adquirido prestigio y maestría literarios, enriqueciendo nuestra literatura con dos libros fundamentales, sobre todo el segundo, al cual tendrán que recurrir necesariamente quienes se interesen por conocer, en una fuente fiel y segura de información, el desarrollo y evolución de las letras ecuatorianas, desde las remotas épocas del coloniaje hispano hasta nuestros días.

MIEMBRO INTEGRANTE DEL JURADO
CALIFICADOR DEL TEATRO INFANTIL

El consocio señor doctor Emilio Uzcátegui fué designado, a petición del Ministerio de Educación Pública, para integrar el Jurado Calificador del Concurso de Teatro Infantil que anualmente viene realizando ese Departamento de Estado.

COMUNICACIONES CRUZADAS ENTRE EL
GRUPO Y SU CONSOCIO EL POETA
DON ANDRES ELOY BLANCO

Quito, 26 de Diciembre de 1946.

Señor Don

ANDRES ELOY BLANCO

Presidente de la H. Asamblea Constituyente,

Caracas, Venezuela.

El Grupo América de esta Capital, en sesión del día 23 de los

corrientes, acordó presentar a Ud. su más cálida y sincera felicitación por haber sido designado Presidente de la H. Asamblea Constituyente de la hermana República de Venezuela. Nuestra Entidad que le cuenta a Ud. como a uno de sus mejores amigos y consocios, y que sigue con la mayor atención el desenvolvimiento político de nuestros países hermanos, ha estimado que su presencia en el seno de la H. Asamblea, constituye una afirmación de los principios democráticos proclamados por el pueblo de Venezuela, que han de permitir el triunfo de nuestras mutuas relaciones internacionales.

Sírvase, pues, con esta oportunidad, aceptar la reiterada expresión de nuestra amistad y los votos fervorosos que formulamos por el éxito de su ardua y delicada labor frente a los destinos de nuestra hermana República de Venezuela.

Gustavo Vásconez H.,
Secretario General.

Alfredo Martínez,
Secretario de Comunicaciones.

ANDRES ELOY BLANCO

Saluda cordialmente a los señores Gustavo Vásconez H. y Alfredo Martínez, Secretario General y de Comunicaciones, respectivamente, del Grupo América, en Quito, República del Ecuador, con ocasión de avisarles recibo de su atenta carta, de fecha 26 de Diciembre del año pasado, la cual ha leído con suma complacencia, agradeciéndoles sus felicitaciones y los buenos conceptos que le hacen honor.

Blanco aprovecha la oportunidad para reiterar a los señores Vásconez y Martínez la seguridad de su aprecio y amistad personal, al mismo tiempo que les expresa sus mejores votos por la prosperidad de ese querido Grupo América.

Caracas, 4 de Febrero de 1947.

FELICITACION A LA UNION NACIONAL DE PERIODISTAS DEL ECUADOR

Con motivo de la entrega de su propio edificio a la Unión

Nacional de Periodistas, el Grupo dirigió a esta Corporación la siguiente nota:

Quito, 30 de Diciembre de 1946.

Señor

Presidente de la Unión Nacional de Periodistas

Ciudad

Motivo de la más sincera y profunda congratulación para el Grupo América ha sido la entrega de su edificio a la Unión Nacional de Periodistas, obra con la cual esta Institución ha alcanzado el coronamiento de un triunfo que significa un brillante jalón en el camino de su actividad, y con el cual, a la vez que se honra y afirma la tradición cultural del País, se inicia, patéticamente el comienzo de una nueva era en las lides intelectuales de la Patria.

Quiere, pues, nuestra Entidad con este motivo, llevar por su digno intermedio a la Unión Nacional de Periodistas su más sincera voz de aplauso y de felicitación por su triunfo, que constituye, además, una prueba paradigmática de lo que pueden el esfuerzo y la iniciativa en bien de la cultura nacional.

Muy atentamente,

Gustavo Vasconez H.,
Secretario General.

Alfredo Martínez,
Secretario de Comunicaciones.

NOTA DE CONDOLENCIA POR EL SENSIBLE
FALLECIMIENTO DEL SR. LEO S. ROWE,
PRESIDENTE DE LA UNION PANAMERICANA

Ante el inesperado fallecimiento del Director de la Unión Panamericana, señor Leo S. Rowe, cuya inmensa labor en pro del acercamiento continental, hizo de él uno de los auténticos baluartes de los ideales de la confraternidad americana, nuestra Entidad hizo inmediatamente ostensible su pesar, por medio de la siguiente nota, enviada al señor Embajador de Norte América ante el Gobierno del Ecuador:

Excmo. señor
Embajador de los Estados Unidos de Norte América
Ciudad.

En sesión especial de esta fecha, el Grupo América de esta Capital acordó, ante el inesperado y sensible fallecimiento del señor Leo S. Rowe, Presidente de la Unión Panamericana, presentar por su digno intermedio al Gobierno de los Estados Unidos y a la Unión Panamericana, su más sincera condolencia por la desaparición de uno de los hombres que por espacio de un cuarto de siglo consagrara su noble existencia al gran ideal de la mejor comprensión y estrechamiento de relaciones amistosas entre los pueblos del Continente.

Particular que llevamos a conocimiento de Vuestra Excelencia, con el ruego de que se digne hacerlo trascendental al Gobierno de Estados Unidos y a la Unión Panamericana.

Muy atentamente,

Pío Jaramillo Alvarado,
Secretario General.

Antonio Montalvo,
Secretario de Comunicaciones.

PRACTICA LABOR DE ACERCAMIENTO INTELECTUAL
REALIZA LA OFICINA DE RELACIONES CULTURALES
DE LA EMBAJADA NORTEAMERICANA

Una vez más nos es placentero consignar en estas páginas, nuestro reconocimiento por la eficiente labor de intercambio cultural, que, desde hace algún tiempo viene realizando la Oficina de Relaciones Culturales de la Embajada Norteamericana, a través de sus frecuentes y generosos aportes bibliográficos, destinados a la Sección Norteamericana de nuestra Biblioteca. Dado el incremento que día a día va tomando entre nosotros el estudio del Inglés y la preocupación por el conocimiento de la cultura norteamericana en sus diversas facetas, la Sección Norteamericana de la Biblioteca del Grupo América se ha convertido en una de las más frecuentadas por los lectores.

Cumplimos, pues, con el deber de dejar constancia en estas páginas de nuestro agradecimiento a la Oficina de Relaciones Culturales, y de modo especial a la señora Lottie R. de Páez, cuya eficaz y gentil colaboración con los afanes de intercambio cultural que realiza nuestra Institución, están propiciando efectivamente el resurgimiento de una nueva era de relaciones amistosas entre Norte América y nuestro país.

APORTES BIBLIOGRAFICOS PARA LA BIBLIOTECA DE AUTORES AMERICANOS

Asimismo nos es grato dejar constancia de nuestro reconocimiento al señor Embajador de la República de los Estados Unidos de México, Excmo. Licdo. don Tomás Garza Felán, por sus importantes envíos bibliográficos que se ha servido hacer para la Sección de México, como al señor Director de la Biblioteca Nacional de Chile, por sus frecuentes remisiones de bibliografía chilena, para el fomento de la sección respectiva.

CONFERENCIA DE DON GUILLERMO BUSTAMANTE

El nuevo ciclo de conferencias del Grupo América abrió nuestro consocio señor Guillermo Bustamante con una disertación de tema de la mayor actualidad acerca de la post-guerra, de la paz internacional y de la educación de los sentimientos para sentar las bases de la concordia. En la próxima entrega daremos a publicidad este meditado ensayo, de experiencia y suscitaciones importantes para el porvenir de nuestros países.

EXPOSICION DEL LIBRO ARGENTINO

La Oficina de Cooperación Intelectual de la República Argentina ha continuado enviándonos libros de autores de la República del Plata, con destino al enriquecimiento de la correspondiente sección en la Biblioteca de Autores Americanos. Subrayamos con gra-

titud el nombre del Director de la Oficina, don Antonio Aita, espíritu fervoroso que aprecia, en su justo valor, la trascendencia de la obra americanista. Con tales aportes nos ha sido dado incrementar la sección de autores argentinos y al propio tiempo, robustecer el lote bibliográfico para la Exposición del Libro Argentino que el Grupo América inaugurará en el mes de Octubre de 1947.

EL MINISTRO DE EDUCACION PUBLICA

El Ministro de Educación Pública, Ingeniero Pedro Pinto Guzmán, tomando en consideración la labor continuada del Grupo América en orden a la difusión de la cultura patria y al mantenimiento de relaciones cordiales con los países de América, nos ha ofrecido generoso apoyo así para la edición de la Revista como para el inicio de una empresa editorial, señalada en el programa de actividades del Grupo para el año de 1947.

GUSTAVO ADOLFO OTERO

El Ministro Plenipotenciario de Bolivia, Sr. Dn. Gustavo Adolfo Otero, figura muy conocida y apreciada en las letras de América, está desarrollando en nuestro país una obra notable de acercamiento entre los dos países. Ha sustentado conferencias en centros literarios y sociales de esta localidad y con motivo de su residencia en Quito, con la honrosa representación de su patria, se han revisado, renovadamente, sus libros de novelística, de sociología de ensayos. Es, desde luego, nuestro miembro correspondiente y desde este número colabora en "América". Próximamente llegarán a Quito los primeros ejemplares de su importante libro acerca del Periodismo en la América Hispana.

SILVIO JULIO

Debemos registrar la visita que hiciera a nuestro país el escritor brasileño señor Silvio Julio, autor de varios libros de importancia para las letras del Continente. Julio se interesó vivamente por los

aspectos de la cultura ecuatoriana y sustentó una conferencia de novedosos puntos de vista acerca de don Juan Montalvo, algunas de cuyas páginas damos a conocer en la presente entrega. Queda su nombre entre los de nuestros numerosos amigos del exterior que van engrosando filas en los propósitos que mantiene el Grupo en pro de la solidaridad americana.

JUEGOS FLORALES EN GUAYAQUIL

En otra sección damos a conocer el discurso pronunciado por nuestro consocio señor Augusto Arias, en su calidad de Mantenedor de los Juegos Florales Octubrinos que se desarrollaron en la ciudad de Guayaquil y para los cuales fué especialmente invitado. La Re-



Una parte del Palco Escénico del Teatro 9 de Octubre de Guayaquil en los Juegos Florales Octubrinos.—El Mantenedor, señor don Augusto Arias lee su discurso.—Aparece el Jurado Calificador del torneo, integrado por los señores doctor Modesto Chaves Franco, señora Zaida Letty Castillo, Aurelio Falconi y doctor Telmo N. Vaca.

vista VIDA PORTENA, auspiciadora de este certamen de poesía, comentando con singular elogio por la prensa de Guayaquil, editará en breve un libro contentivo de todos los documentos relativos a los Juegos Florales y de las composiciones laureadas que corresponden a poetas ecuatorianos de todas las ciudades y de todas las generaciones.

VEREDICTO DEL JURADO CALIFICADOR PARA LA ADJUDICACION DEL PREMIO TOBAR

En cumplimiento del encargo que nos fuera encomendado por el Ilustre Concejo Municipal, estudiamos detenidamente las veintitrés obras de autores nacionales publicadas en Quito durante el año de 1946, y presentadas para la adjudicación del Premio Tobar. Conferidos pareceres, hemos convenido en emitir el siguiente dictamen.

Dejando constancia de la verdadera valía de las obras presentadas, juzgamos que se debe adjudicar el Premio Tobar para el año 1946 al señor don Augusto Arias, por sus dos obras:

Vida de Pedro Fermín Cevallos y Panorama de la Literatura Ecuatoriana.

En la primera, continuando su trayectoria de clásico biógrafo, a los estudios consagrados previamente a Mariana de Jesús, Espejo y Luis A. Martínez, añade ahora esta biografía del más antiguo de los historiadores ecuatorianos en los años de la República, don Pedro Fermín Cevallos. Esta biografía, respaldada en la compulsación minuciosa de las fuentes, une la seguridad del dato que se exige al historiador, al atractivo de la presentación que se espera del literato: biografía modelo, digna de todo encomio.

El "Panorama de la Literatura Ecuatoriana" que, en esta segunda edición, amplía hasta la competente proporción de cuatrocientas páginas el primitivo opúsculo de hace diez años, es un trabajo de cuyos eminentes méritos sólo podrán juzgar quienes hayan probado las dificultades, a veces insuperables, que presentan las investigaciones acerca de la literatura nacional. Este libro de lectura tan fácil y amena que a primera vista pudiera parecer mera

recopilación de datos ya averiguados y divulgados, es en realidad obra de penosa rebusca personal, que ha requerido años de dedicación y estudio vigilante. El "Panorama de la Literatura Ecuatoriana" de Arias es en la actualidad el manual más completo que se pueda consultar acerca del desarrollo de la cultura y de las letras, desde las primicias coloniales hasta las últimas producciones contemporáneas, manual que se recomienda no sólo por la abundancia sorprendente de datos que en vano se buscarían en ninguna otra parte, sino también por la ecuanimidad y amplitud de criterio que toma en cuenta a todos los valores con plausible imparcialidad y reparte generoso la alabanza a todos cuantos han aportado algo para el progreso de las letras ecuatorianas.

En una palabra, la obra del señor don Augusto Arias cumple con todas las condiciones requeridas para una justa premiación:



El Presidente de la República entrega al señor don AUGUSTO ARIAS el Premio Tobar por el año de 1946, en la sesión solemne del Ayuntamiento Quiteño, realizada en el Salón de la Ciudad, el 6 de Diciembre día de Quito.

mérito científico, por la amplitud y seguridad de la compleja investigación histórica; mérito literario, por la pulcritud y amenidad de la presentación; mérito patriótico, por el servicio eminente que ha prestado al país, dándole un espejo en que pueda contemplar su fisonomía literaria y conocer su propia valía.

Así juzgamos, y para los efectos correspondientes, suscribimos este unánime parecer los Miembros del Jurado Calificador del Premio Tobar para el año de 1946.

Quito, a 26 de noviembre de 1946.

AURELIO ESPINOSA POLIT, S. J.—J. ROBERTO PAEZ.—BENJAMIN CARRION.

BIBLIOTECA DE AUTORES AMERICANOS

Iniciamos en este número la publicación de la bibliografía correspondiente a las obras enviadas por amigos del Continente a la Biblioteca de Autores Americanos que sostiene nuestra Entidad. En la presente entrega damos cuenta de los envíos por concepto de canje y donaciones de autores o entidades de Argentina y Bolivia. De las demás naciones americanas iremos publicando, en orden alfabético, en los próximos números de esta Revista.

ARGENTINA

- Academia Nacional de la Historia:** Actas Capitulares de Mendoza. Advertencia de Ricardo Levene, Presidente de la Academia. Introducción de Juan Draghi Lucero. Tomo I. Años: 1566 a 1609. Buenos Aires. 1945.
- Academia Nacional de la Historia:** Actas Capitulares de Corrientes. Advertencia de Ricardo Levene, Presidente de la Academia. Introducción de Hernán F. Gómez. Tomo IV. Años 1667 a 1676. Buenos Aires. 1946. Existen los tomos anteriores de esta obra, enviados por la Academia.
- Academia Nacional de la Historia:** Cincuentenario de la Academia Nacional de la Historia. II. Guillermo Furlong Cardiff S. J. Biografía de Andrés Lamás. Buenos Aires. 1944.
- Arenas Lague, Fermín V.:** Enrique B. Moreno, un Gran Diplomático Argentino. 1846-1923, en el centenario de su nacimiento. Primera parte.—Editorial la Facultad, Buenos Aires. 1945.—Envío de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual de la República Argentina.

- Banco de la Nación Argentina:** El Crédito Agrario en el Banco de la Nación Argentina.—Talleres Gráficos de Guillermo Kraft Ltda. S. A. Buenos Aires. 1945.
- Blasetti, Alberto Claudio:** 7 Azules para una Sonrisa. Prólogo de Carlos Gutiérrez Larreta.—Imprenta Ferrari Hnos. Buenos Aires. 1945.
- Besouchet, Lidia:** José María Paranhos, Vizconde Do Rio Branco. Ensayo histórico-biográfico. Traducción de Luis M. Baudizzone.—Artes Gráficas Bartolomé U. Chiesino, Buenos Aires. 1944.
- Carrilla, Emilio:** Un Olvidado Poeta Colonial.—Publicación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Instituto de Cultura Latino-América. Director: Arturo Giménez Pastor.— Imprenta de la Universidad, Buenos Aires. 1943.
- Cancela, Arturo:** Historia Funambulesca del Profesor Landormy. Segunda edición. Al Dr. Pedro Priani, amistoso homenaje del autor, Espasa Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires-México. 1944.
- Comité Nacional de Geografía:** Anuario Geográfico Argentino. Buenos Aires, 1941.— Envío de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual de la República Argentina.
- Comité Nacional de Geografía:** Anuario Geográfico Argentino. Suplemento 1942. Buenos Aires, 1943.— Envío de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual de la República Argentina.
- Comisión Argentina de Fomento Interamericano:** El Trabajo Argentino al Servicio de las Américas.— Talleres Gráficos Peuser S. A. Buenos Aires, 1945.
- Danieri, Erly:** Esta Tierra de América. Siete ensayos americanos.— Publicación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Instituto de Cultura Latino-Americana. Director: Arturo Giménez Pastor. Buenos Aires. 1943.
- Echague, Juan Pablo:** Manuel Lainez, Su generación y el periodismo de su tiempo.— Buenos Aires, 1945.— Envío de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual de la República Argentina.
- Farrel, Edelmiro J.:** Discurso del Excmo. Sr. Presidente de la Nación, General Edelmiro J. Farrel. Al Pueblo de la República. Buenos Aires. 1944.
- Gori, Gastón:** Intermezzo de las Rosas. Carátula de Raúl Schurjin.— Librería y Editorial Colmegna, Santa Fe, Argentina. 1946.
- Gollán (h), José, Sebastián Soler, Germán M. Fernández:** Cielo de Conferencias en Homenaje a Franklin Delano Roosevelt, el Buen Vecino.— Asociación Rosarina de Intercambio Cultural Argentino-Norteamericano.
- Instituto Nacional de Estudios de Teatro:** Cuaderno de Cultura Teatral, contiene: Itinerario de Roberto Casaux, por José A. Saldías. Florencio Parravicini, por Carlos Schaefer Gallo. Orfilia Rico, por Federico Mertens. Guillermo Battaglia, por Alberto P. Cortazzo.— Presidente del Instituto: Gonzalo Bosch, Director:

- José Antonio Saldías. —Buenos Aires, 1945.
- Larreta, Enrique:** Santa María del Buen Aire.— Emecé Editores, S. A. Buenos Aires. Homenaje de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual de la República Argentina, 1944.
- Laferrère, Gregorio de:** Locos de Verano. Comedia en tres actos.— Amecé Editores, S. A. Buenos Aires, 1944.—Homenaje de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual de la República Argentina.
- Larco Hoyle, Rafael:** La Escritura Peruana Sobre Pallares. Extracto de la "Revista Geográfica Americana". Buenos Aires, 1943.
- Liliencron, Dette von:** Poesías. Traducidas y seleccionadas por Alfred Dornheim y José Santiago Arango.— Universidad Nacional de Cuyo. Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Estudios Germánicos.— Homenaje de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual de la República Argentina. Mendoza, 1945.
- Lugones, Leopoldo:** Historia de Sarmiento.— Publicaciones de la Comisión Argentina de Fomento Interamericano. Buenos Aires, 1945. Editorial Bajel S. A.— Homenaje de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual de la República Argentina.
- Lugones, Leopoldo:** Diccionario Etimológico del Castellano Usual.— Academia Argentina de Letras. Buenos Aires, 1944.— Homenaje de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual de la República Argentina.
- Leuman, Carlos Alberto:** José Hernández, Martín Fierro. Edición crítica. Estrada Editores. Buenos Aires.
- Lusarreta, Pilar de:** La Gesta de Roger de Flor. Romanceada. Publicaciones de Estudios Hispánicos. Buenos Aires, 1945. Imprenta Patagonia.
- Martínez, Elsa:** Juan Aurelio Casacuberta. Portada de Andrés Calabrese (h). Asociación Argentina de Actores.— Talleres Gráficos "Optimus". 1945. Buenos Aires.
- Marquez, Narciso:** El Advenimiento de Occidente. Con una Carta de Américo Ghioldi.— Editorial Nuestra América.— Dirección del autor: Olajabal 4365, Buenos Aires.
- Merlino, Salvador:** Copla. Xilografías por A. Bellocq.— Librería y Editorial el Ateneo. Buenos Aires, 1945.
- Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto:** La República Argentina ante el "Libro Azul". Dirección de Información al Exterior. Buenos Aires.— Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1946.
- Mitre, Bartolomé:** Historia de San Martín. Compendio escrito en Inglés en 1892, por William Pilling. Traducción de Julio Pairó. Adaptado y puesto al día por Ismsel Bucich Escobar. Estudios de Joaquín V. González. Prólogo de Ricardo Levene, Presidente de la Academia Nacional de la Historia. Academia Nacional de la Historia.— Espasa Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires

- México, 1943.
- Mujica Lainez, Manuel:** Canto a Buenos Aires. Ilustraciones de Héctor Basaldua.—Editorial Guillermo Kraft Ltda. Buenos Aires, 1943. Envío de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual de la República Argentina.
- Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto:** Junta de Vigilancia y Disposición Final de la Propiedad Enemiga. Síntesis de la Labor realizada desde su creación hasta el 15 de Enero de 1946. Conferencia pronunciada por su Presidente Coronel D. José Manuel de Olano, en el Salón Dorado de la Cancillería, el 22 de Enero de 1946. Buenos Aires.
- Pettoruti, Emitio:** 11 Pintores Cubanos.— Museo de Bellas Artes. Dirección General de Cultura. Ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires. La Plata, 1946.
- Quintana, Manuel José:** Vasco Núñez de Balboa. Prólogo de Leandro Pita Romero.— Impreso por Platt S. A. Buenos Aires.— Envío de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual de la República Argentina.
- Sagarna, Antonio:** El Colegio del Uruguay. Trabajos de Investigación y de tesis. N° VIII.— Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Didáctica.— Director del Instituto: Dr. Juan E. Cassani.— Imprenta López, Buenos Aires, 1943.
- Ricardo, Rojas:** El Profeta de la Pampa, Vida de Sarmiento.— Editorial Losada. Buenos Aires.— Envío de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual de la República Argentina, 1945.
- Romero Sosa, Carlos Gregorio y José Andrés Villegas:** Misal Poético. Antología Poética y "Voz de Estimulo", auspiciada por la revista "Sendas" con referencias biográficas y bibliográficas.— Taller Gráfico de D. Luis Naya, Buenos Aires, 1945.
- Storni, Alfonsina:** Obra Poética. Ilustró Arturo Gerardo Guastavino.— Ejemplar N° 775. Editó Ramón J. Roggero y Cia. Buenos Aires. Envío de la Comisión de Homenaje a Alfonsina Storni.
- Speroni, David:** La Confraternidad Argentina Brasileña es Inviolable.— Imprenta del Congreso Nacional, Buenos Aires, 1945.— Dirección del autor: Calle Esmeralda 1319, Buenos Aires.
- Villegas Basavilbaso, Benjamín y Alfredo D. Calcagno:** Discursos pronunciados en la Sala de Sesiones del H. Consejo Superior de la Universidad Nacional de la Plata.— Talleres Gráficos El Sol, La Plata, 1945.
- Vallejos, M. A. Raúl:** Zenón de Elea como Precursor de la Ciencia Moderna.— Imprenta de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Argentina, 1944.
- Ygobone, Aquiles D.:** La Patagonia en la Realidad Argentina. Estudio de los Problemas Sociales, Económicos e Institucionales de

las Gobernaciones del Sur.— Editorial "El Ateneo". Librería, Buenos Aires. 1945.— Homenaje de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual de la República Argentina.

Universidad Nacional de la Plata: Humanidades. Tomos XXIX y XXX. Director: Fernando Márquez Miranda. Secretario de Redacción: Andrés R. Allende. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.— Donación de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual de la República Argentina.

Universidad Nacional de Cuyo: Lecturas Griegas. I. Curso. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Lenguas y Literaturas Clásicas. Ediciones internas, fascículo 2.— Mendoza, 1945.

Universidad Nacional de Cuyo: M. Tulli Ciceronis. Oratio, Pro A. Licinio Archia.— Publicación del Instituto de Lenguas y Literaturas Clásicas. Fascículo II.— Mendoza, 1945.

BOLIVIA

Ayala Mercado, Germán: La Verminosis Intestinal y la Descalcificación Osea en General y Dentaria en particular. Memoria de prueba para optar el Título de Cirujano Dentista de la Universidad de Cochabamba.— Publicación de la Universidad Autónoma Simón Bolívar.— Cochabamba, Bolivia, 1942.

Ayala Mercado, Germán: La "Realidad Boliviana". Tres ensayos sociodialécticos.— Cuadernos sobre Derecho y Ciencias Sociales, Nº 27.— Publicación de la Facultad de Derecho. Universidad Autónoma de Cochabamba.— Bolivia, 1944.

Antezana Paz, Franklin: El Problema del Oro. Algunos aspectos de la Cooperación Económica de EE. UU.— Cuadernos sobre Derecho y Ciencias Sociales, Nº 20.— Publicación de la Facultad de Derecho de la Universidad de Cochabamba, Bolivia, 1943.

Cornejo S., Alberto: Ley Fundamental del Trabajo. Comentarios, crítica, concordancias.— Cuadernos sobre Derecho y Ciencias Sociales, Nº 26.— Publicaciones de la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Cochabamba. Bolivia, 1944.

Cárdenas, Martín: Discurso del Rector de la Universidad de Cochabamba. Memorias de labores de los años 1937-1942.— Publicaciones de la Universidad Autónoma de Cochabamba. Bolivia 1943.

Cevallos Tovar, Ing. Agr. Wálter: La Quinoa. El Centeno. 2ª edición.— Cuadernos sobre Agricultura, Nos. 6-7.— Publicaciones de la Universidad Autónoma de Cochabamba. Cochabamba, 1945.

Cárdenas, Martín: Notas Preliminares Sobre la Materia Médica Boliviana. Sinopsis de la Flora Médica de Bolivia. Trabajo presentado al Primer Congreso Nacional de Farmacia y Química.— Cochabamba 1943.

AMERICA

- Díaz de Guisjarro, Enrique:** Problemas de Eugenesia. Publicaciones de la Facultad de Derecho. Universidad Autónoma de Cochabamba.— Imprenta Universitaria. 1943.
- D'avis Julio Alberto:** El Estado Boliviano y la Unidad Peruana. Tesis presentada para optar el grado de Licenciado en Derecho, Ciencias Sociales Políticas y Económicas.—Publicaciones de la Facultad de Derecho. Universidad Autónoma de Cochabamba. 1944.
- Guzmán Soriano, Raúl:** Eristrosedimentación. Valor pronóstico y diagnóstico del "Índice de Katz". Tesis para optar el título de Médico Cirujano.— Universidad Autónoma de Cochabamba. 1944.
- Hurtado, Alberto Montezuma:** Ha Muerto el Partido Liberal y Otros Cuentos. Prólogo de Juan Francisco Bebredal.— Imp. Artística. La Paz. 1942.
- Jiménez de Asua, Luis:** Cuestiones Penales de Eugenesia, Filosofía y Política.—Publicaciones de la Facultad de Derecho.— En la visita que hiciera este autor español a Bolivia, fué nombrado por las universidades bolivianas Doctor Honoris Causa o Miembro de Honor.
- Jaimes Freyre, Raúl:** El Instante que Pasa (Versos). Prólogo de Guillermo Francovich.— Envío de la Oficina de Canjes de la Universidad de San Francisco Xavier. Sucre. 1945.
- Landa Lyon, Luis:** Primer Congreso Médico Nacional. (Trabajos presentados). Convocado por el Sindicato Médico de La Paz, y bajo los auspicios de S. E. el Sr. Presidente de la República y el Sr. Ministro de Estado en el Despacho de Higiene y Salubridad. Diciembre de 1939.
- López Rey y Naranjo, Manuel:** El Dictamen Criminológico. Publicación de la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Cochabamba. Cuaderno N° 32. Bolivia. 1945.
- Macedonio Urquidí, José:** Los Derechos del Patrimonio o de la Propiedad Intelectual. Publicación de la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Cochabamba. Cuaderno N° 33. Cochabamba. 1945.
- Nealla Caso, Luis:** Consideraciones sobre la Vida de los Obreros Mineros en Bolivia y Casos de Neumoconiosis Registrados en el Dispensario Antituberculoso de la ciudad de Oruro.— Publicación de la Universidad "Simón Bolívar".— Cochabamba, Bolivia. 1945.
- Oguín, José Antonio:** Programa Analítico de Filosofía del Derecho.— Publicación de la Universidad Autónoma "Simón Bolívar". Cochabamba, Bolivia. 1943.
- Rocamora Cuatrecasas, Juan:** Contribución al Estudio del Coeficiente de Aclaramiento de Van Slyke.— Publicación de la Universidad de Cochabamba. Imprenta Universitaria. Cochabamba. 1945.

- Ruiz González, Raúl:** El Salario.— Publicación de la Universidad Autónoma de Cochabamba. Cuaderno N° 34. —Cochabamba. 1946.
- Universidad Autónoma de Cochabamba:** Primer Congreso Argentino Sobre Oralidad en los Juicios.— Publicación de la Facultad de Derecho. Cuaderno N° 22. Cochabamba. 1943.
- Universidad Autónoma de Cochabamba:** Encuesta Sobre la Ley del Divorcio Absoluto, Auspicada por la Facultad de Derecho de la Universidad "Simón Bolívar" de Cochabamba, Contestaciones recibidas. Publicación de la Facultad de Derecho. Cuaderno N° 31. Cochabamba. 1944.
- Vargas Martínez, Germán:** Libertad de Pensamiento y Periodístico. El periodismo en Bolivia. Defectos de nuestra Ley de Imprenta. Tesis de Licenciatura, con un apéndice sobre la Prensa y la Revolución de 20 de Diciembre de 1943. Publicación de la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Cochabamba. N° 28. Cochabamba. 1944.
- Valdivieso, José:** Memoria del Decano de la Facultad de Derecho. Año académico de 1942. —Publicación de la Universidad Autónoma de Cochabamba. Cuaderno N° 23. Cochabamba. 1943.

I N D I C E

NUMEROS 83 — 84 Y 85 — 86

Editoriales:

- Por los ideales de América 9
Nuevos rumbos de la solidaridad continental 269

Arias, Augusto

- Cumple veinte años la Revista "América" 256
La mujer en la letra del hombre 328
La poesías guayaquileña 344

Baquerizo Moreno, Alfredo

- Con Horacio. Traducciones y divagaciones 378

Barrera, Jaime

- Los penalistas persiguen a Hamlet 120

Barrera, Inés

- Sendero de retorno 221

Bustamante, José Rafael

- Capítulo del libro "Filosofía de la Libertad" 11

Bustamante, Guillermo

- Al pie de la montaña.— Mi siembra y mi cosecha 164
Trabaja, tú...— Por humilde y por bueno 407

Cárdenas de Bustamante, Hipatia

- El Centenerio de Alejandro Cárdenas 187

Falconí Villagómez, J. A.

- Traducciones: Samain, Fort y Rimbaud 408

Gangotena, Alfredo	
Ausencia	118
García Ortiz, Humberto	
Los estudios sociológicos en el Ecuador	130
Grisantí, Angel	
Repercusión del 19 de Abril de 1810 en las provincias, ciudades, villas y aldeas venezolanas	201
Jaramillo Alvarado, Pío	
Iberoamérica y la Postguerra	79
Julio, Silvio	
Montalvo en América	362
Llerena, José Alfredo	
Perfil del ausente	157
El hombre de la armadura	371
Mata, G. Humberto	
Cusinga, Capulí en Lys	413
Martínez, Alfredo	
Después del alba.— La palabra	109
Humo de perennidad	409
Montalvo, Antonio	
Elegía a la muerte de los combatientes aliados	161
Veinte años de la Revista "América"	255
Tú y el mar	311
Estampa de Walt Whitman	395
Bibliografía	424
Navarro, Humberto	
Cita en el parque	154
Consideraciones acerca de la poesía ecuatoriana	419
El Premio Tobar de 1946	432
Otero, Gustavo Adolfo	
Los ideales de la mujer boliviana	314
Rodríguez Guerrero, Ignacio	
Montalvo en Colombia	207
El magisterio de las letras	356

AMERICA	455
Romero y Cordero, Remigio	
Alejandro Cárdenas	403
Santiana, Antonio	
Cómo debemos enseñar?	272
Tobar Z., Carlos	
Alfredo Gangotena	107
Vacas Gómez, Humberto	
Panorama y síntesis de la pintura	172
Pablo Palacio	398
Crónica	435
Biblioteca de Autores Americanos	446

Compañía Anónima

Agrícola, Industrial y Comercial
Ecuatoriana

C. A. I. C. E.

Quito — Ecuador.—Casilla 355

Dirección Cablegráfica: CAICE.—Telefónica 12 — 29

CASA MATRIZ: QUITO

SUCURSAL MAYOR: GUAYAQUIL

Sucursales Menores

MANTA, BAHIA DE CARAQUEZ, RIOBAMBA

CUENCA, ESMERALDAS, TULCAN.

Distribución Exclusiva de las
Fábricas Textiles

"LA INDUSTRIAL".—Quito.—Tejidos de Algodón.

"SAN JUAN".—Los Chillos.—Tejidos de Algodón y Lana.

"LA JOYA".—Otavalo.—Tejidos de Algodón.

IMPORTACION — EXPORTACION EN GENERAL

Alfredo Pérez Chiriboga
Agencias y Representaciones



Armor Productos
(CASAS PRECONSTRUIDAS Y
MATERIALES DE CONSTRUCCION)



Remington Arms
(ARMAS DEPORTIVAS)



Thise Wilbur & Williams
(Pinturas en Todas las Líneas)



CALLE VENEZUELA N° 666
(PASAJE DROUET)

TELEFONOS 17-22 — y
MARISCAL 70-33 dos llamadas

LUCINDO ALMEIDA & CIA. S. A.

BANQUEROS

ASOCIADOS AL BANCO
CENTRAL DEL ECUADOR

Dirección Telegráfica: ALGAS

Dirección Postal Casilla N° 186

Quito Ecuador, S. A.

TODA CLASE DE OPERACIONES
BANCARIAS

EL BANCO PRIVADO

MAS ANTIGUO

DE LA REPUBLICA

CADA CLIENTE UN AMIGO